

De la máscara al yugo



Félix O. Martín Sárraga

De la máscara al yugo nace de una pregunta diferente de la que dio origen a *El último manteísta*, primera novela de esta trilogía, aunque ambas pertenecen a un mismo universo: son novelas históricas construidas a partir de datos documentados sobre la vida y las tradiciones estudiantiles y, en particular, esta segunda novela aborda el proceso histórico por el que las comparsas y músicas estudiantinas del siglo XIX fueron dando paso a las tunas universitarias que conocieron los estudiantes españoles desde comienzos del siglo XX.

Responder a este reto obliga, antes que nada, a interpretar el pasado desde categorías construidas posteriormente. Por eso se recurre preferentemente a las informaciones publicadas por la prensa contemporánea. La tuna universitaria que hoy conocemos no puede proyectarse hacia el pasado suponiendo que siempre existió de la misma manera, con idéntica indumentaria, organización, finalidad o conciencia de sí misma. Tampoco se entiende como metodológicamente aceptable buscar en cualquier agrupación de estudiantes músicos medievales el antecedente de aquello que apareció siglos después sin que exista continuidad temporal ni constancia documental de tales agrupaciones en aquellas universidades. Como la primera, esta novela parte precisamente del principio contrario: cada agrupación debe ser observada en su propio tiempo y denominada, en la medida de lo posible, como la denominaron quienes la conocieron.

Por eso la historia comienza mucho antes de que la palabra tuna adquiriera el significado que terminaría teniendo en el siglo XX. Comienza con las máscaras, el carnaval y la posibilidad de adoptar durante unos días una identidad diferente de la propia. Comparsas, músicas estudiantinas, peregrinaciones de estudiantes, excursiones estudiantinas, estudiantinas y, finalmente, tunas aparecen en estas páginas conforme van apareciendo en la documentación, sin presuponer que unas sean necesariamente la continuación orgánica de las anteriores.

La investigación histórica sobre la que se construye esta novela procede de un trabajo documental desarrollado durante algo más de tres lustros que dio lugar, entre otros resultados, a una tesis doctoral en Historia calificada con la máxima puntuación posible. Todos los acontecimientos históricos utilizados en la narración se obtuvieron de fuentes documentales, con una presencia especialmente importante de fuentes primarias. Entre esas fuentes ocupa un lugar fundamental la prensa contemporánea (92,1% del total de fuentes), que permite seguir las denominaciones de las agrupaciones, su composición, indumentaria, instrumentos, recorridos, actuaciones, colectas, conflictos y relaciones con las autoridades académicas y civiles. En ellas ha predominado la prensa (88,1% del total), del que el 4,0 % de las fuentes primarias corresponde a normativa y disposiciones, documentación administrativa y universitaria, diccionarios históricos, fotografías, grabados y otros testimonios coetáneos.

Esta circunstancia explica la presencia constante del periódico dentro de la propia narración. El protagonista es periodista y reconstruye la historia a partir de aquello que encuentra. No conoce de antemano el resultado de su investigación. Lee, compara, separa contenidos

publicados, descubre contradicciones, formula hipótesis y, en ocasiones, debe renunciar a encontrar la respuesta que buscaba. Su investigación reproduce así, literariamente, una parte del procedimiento seguido por el autor.

Documento y recreación literaria

Conviene establecer una distinción fundamental entre documento y recreación literaria. Los personajes, sus conversaciones, pensamientos, recuerdos y relaciones pertenecen a la ficción. También son recursos literarios el arcón, los papeles familiares, la máscara y la vieja pandereta que permiten enlazar varias generaciones y convertir una investigación histórica extensa en una experiencia narrativa.

Distinto es el tratamiento de las fuentes. Cuando en estas páginas se presenta expresamente un recorte de prensa, o el contenido de una noticia de un periódico, se ha respetado escrupulosamente lo publicado en la fuente original. El lector puede considerar esos pasajes como la traslación fiel del contenido documental que el narrador tiene ante sí. Se ha procurado conservar su sentido, terminología y datos, sin atribuir a los periódicos afirmaciones que no contienen.

Que una estudiantina actuara en una ciudad, que estuviera integrada por cierto número de personas, que utilizara una indumentaria concreta, que recaudara dinero con una finalidad específica, que protagonizara una protesta o que fuera recibida de cierta manera procede directamente de una fuente primaria. Por el contrario, lo que pensaron sus integrantes, las palabras exactas que intercambiaron, sus dudas, temores, bromas o conversaciones pertenecen necesariamente al ámbito de la recreación literaria.

La ficción comienza, por tanto, donde termina la capacidad del documento para informarnos. Se ha procurado, sin embargo, que lo contradiga la realidad mostrada por las fuentes primarias. La libertad narrativa sirve para dar continuidad humana a los datos, no para sustituirlos ni modificarlos.

Este criterio prolonga uno de los principios fundamentales de *El último manteísta*. En aquella novela, la vida universitaria de 1846 fue reconstruida a partir de estatutos, legislación, documentos de época, prensa, literatura, diccionarios históricos y bibliografía especializada; los personajes y sus peripecias pertenecían a la literatura, mientras que el mundo en el que vivían permaneció dentro de lo históricamente documentable. En *De la máscara al yugo* el procedimiento se mantiene, y el archivo ocupa un lugar aún más visible porque el propio acto de investigar forma parte de la narración.

Una historia documentada de las estudiantinas

La estudiantina organizada en Murcia durante la epidemia de cólera de 1834; las comparsas carnavalescas posteriores; las agrupaciones de estudiantes que salieron a postular; la Estudiantina Española que viajó a París en 1878; la transformación comercial representada por la Estudiantina Española Fígaro; las controversias sobre quién podía presentarse como verdadero estudiante; las colectas benéficas; las estudiantinas escolares y universitarias de las primeras décadas del siglo XX y, finalmente, la aparición en 1939 de la Tuna del SEU de Murcia no han sido creadas para servir a la trama: la trama ha sido construida alrededor de su existencia documentada.

También proceden de la documentación muchos detalles que podrían parecer recursos novelescos precisamente porque resultan extraños desde nuestra perspectiva actual: el uso carnavalesco del traje de estudiante por personas que no lo eran, las cuestaciones públicas, las polémicas por los premios, la utilización de lazos con los colores de los estudios, las protestas contra quienes empleaban distintivos académicos sin ser considerados estudiantes, las discusiones sobre el derecho a utilizar determinadas denominaciones y la intervención de autoridades universitarias en el reconocimiento de algunas agrupaciones.

Uno de los problemas centrales que plantea la obra es precisamente la identidad. Durante el siglo XIX el traje podía permitir que una comparsa representase a estudiantes sin que quienes lo llevaban necesariamente estuvieran matriculados un dentro docente. Más tarde, cuando las agrupaciones formadas por escolares necesitaron distinguirse de quienes imitaban su apariencia, aparecieron nuevos signos de pertenencia. Los colores de los estudios, los estandartes, las banderas, determinados formatos de las denominaciones y la aquiescencia de las autoridades académicas fueron adquiriendo significados que solo pueden comprenderse dentro de las circunstancias de cada momento.

La novela no pretende convertir esos cambios en una sucesión lineal ni presentar cada novedad como un peldaño inevitable hacia la tuna posterior. Los documentos muestran desapariciones, imitaciones, recuperaciones y significados diferentes bajo palabras semejantes. Precisamente por ello el narrador aprende a desconfiar de las genealogías demasiado perfectas.

La novela no busca una primera tuna

Buscar la primera tuna puede resultar una pregunta tan atractiva como inútil, pero también puede convertirse en una trampa historiográfica. Una tradición no necesita necesariamente una organización fundadora de la que descendan todas las demás. En el caso de las estudiantinas y las tunas, los datos históricos muestran precisamente que no existió una única organización fundadora ni que la reiteración de determinadas denominaciones implicara necesariamente la continuidad de las agrupaciones que las utilizaron.

A lo largo de la investigación aparecen agrupaciones con denominaciones diversas y con finalidades igualmente distintas. Algunas fueron estrictamente carnalescas. Otras tuvieron propósitos benéficos. Hubo agrupaciones de estudiantes y otras que simplemente se vistieron como ellos. Algunas desaparecieron después de una salida; otras reaparecieron en cursos sucesivos. El interés histórico no consiste en obligarlas a formar una cadena, sino en comprender qué compartían y qué las diferenciaba.

La continuidad que acaba interesando al narrador es otra. Curso tras curso, generaciones de escolares organizaron agrupaciones, muchas veces cuando quienes las habían formado anteriormente ya habían abandonado las aulas. Algunas prácticas, valores y formas de representación pasaron así de unos estudiantes a otros sin necesidad de que existiera una estructura permanente que garantizara su transmisión.

En ese proceso puede reconocerse la formación de la tradición estudiantil que supone la tuna. No una genealogía ininterrumpida de asociaciones, sino una transmisión de usos que muchas veces quienes los practicaban no necesitaban explicar porque formaban parte de aquello que habían visto hacer a otros estudiantes.

De la máscara al yugo

El título de la novela resume también un recorrido histórico. La máscara representa su punto de partida: la libertad que reinaba durante los días de carnaval. Las fiestas de máscaras permitían el cambio de roles y adoptar temporalmente otra identidad, recorrer las calles y convertir el traje de estudiante en uno de los muchos disfraces posibles. En ese espacio aparecieron y se desarrollaron numerosas comparsas y músicas estudiantinas.

Con el tiempo, las agrupaciones formadas realmente por estudiantes comenzaron a reivindicar su propia identidad académica. La discusión ya no consistía únicamente en vestirse de estudiante, sino en determinar quién podía presentarse como tal, quién tenía derecho a utilizar los colores de una Facultad o quién podía atribuir a su agrupación la condición de universitaria.

La Guerra Civil interrumpe violentamente el mundo desde el que el protagonista había conocido aquellas agrupaciones. Cuando en junio de 1939 encuentra en la prensa la actuación de la Tuna Murciana anunciada por la Jefatura Provincial del Sindicato Español Universitario, las

mismas formas exteriores -estudiantes, instrumentos y música- aparecen ya dentro de un marco diferente. La novela se detiene deliberadamente en ese instante.

No desarrolla lo que sucederá después. Esa historia queda reservada para la novela que completará la trilogía. En esta interesa únicamente el umbral: el momento en que el protagonista percibe que algo ha cambiado y que la autonomía estudiantil que había conocido ya no puede darse por supuesta.

De ahí la oposición contenida en el título. *De la máscara*, entendida como el espacio de libertad carnavalesca, *al yugo*, presente tras la guerra como símbolo de un nuevo orden político y de una nueva relación entre el estudiante y las organizaciones que pretenden representarlo. La imagen que evocan no pretende reducir más de un siglo de historia a dos símbolos, sino señalar los extremos entre los que discurre la narración.

Historia, memoria y ficción

El protagonista investiga desde las circunstancias de su propio tiempo y solo puede conocer aquello que ha vivido, lo que le han contado o lo que encuentra en los documentos disponibles en 1939, poco después de finalizar la Guerra Civil española. Esta limitación ha sido utilizada conscientemente como parte de la estructura narrativa. No sabe más de lo que históricamente podría saber en 1939 y, cuando no encuentra una respuesta, no se le concede desde fuera. Cuando una fuente permite varias interpretaciones, la duda forma parte de su investigación.

Su historia familiar sirve, además, para enlazar esta novela con *El último manteísta*. Los relatos transmitidos por su padre y por generaciones anteriores permiten que determinados cambios históricos sean percibidos también como cambios familiares. El estudiante de mediados del siglo XIX, el escolar de comienzos del XX y el periodista que observa en 1939 la aparición de una Tuna del SEU pertenecen a mundos universitarios diferentes, aunque entre ellos sobrevivan objetos, relatos y prácticas.

La pandereta sintetiza esa continuidad sin convertirse en una prueba histórica de aquello que la novela estudia. Es un objeto familiar. Ha acompañado recuerdos, investigaciones y preguntas, pero no demuestra por sí sola ninguna genealogía. Al final vuelve al arcón porque su valor pertenece a otra dimensión: la de aquello que una familia decide conservar.

Las imágenes que acompañan este relato participan del mismo propósito de reconstrucción. Han sido creadas por el autor mediante inteligencia artificial utilizando ChatGPT, de OpenAI, siguiendo indicaciones destinadas a mantener su completa coherencia con la documentación histórica utilizada en la novela. Son recreaciones artísticas contemporáneas y, por tanto, no constituyen fuentes históricas ni deben interpretarse como tales. Cuando se ha dispuesto de una referencia documental sobre indumentaria, objetos o espacios, se ha procurado respetarla; la imagen resultante sigue siendo, sin embargo, una interpretación visual contemporánea.

De la máscara al yugo se sitúa así, como la novela que la precede, en un territorio deliberadamente fronterizo en el que la investigación proporciona los acontecimientos y la ficción intenta ponerles voces, afectos y memoria. Pero en esta ocasión el propio proceso de investigar forma parte de la historia: el protagonista busca en los periódicos una respuesta que el autor también buscó antes que él.

Ambos terminan descubriendo algo semejante. La historia de las estudiantinas no necesita una genealogía imaginada para resultar extraordinaria. Durante más de un siglo, estudiantes de generaciones diferentes salieron a las calles, formaron agrupaciones, tocaron, cantaron, postularon, viajaron, discutieron sobre su identidad y transmitieron prácticas que muchas veces recibieron sin preguntarse de dónde procedían. En esa reiteración se construyó una tradición sin que quienes participaban en ella fueran necesariamente conscientes de estar participando en ello.

La novela termina en 1939. No porque entonces termine la historia de la tuna, sino porque comienza otra. La aparición de la Tuna del SEU de Murcia anuncia un mundo diferente, y su desarrollo corresponde a otra historia.

Capítulo 1. La paz y su incertidumbre

Hacía poco que la guerra había terminado, pero aquella mañana de junio de 1939 una noticia me hizo preguntarme qué sería de las estudiantinas.

Había llegado temprano a la redacción. Mientras repasaba los periódicos, encontré una noticia sobre la *Tuna del SEU de Murcia*. Leí la noticia una segunda vez. Durante mis años de estudiante había formado parte de una estudiantina en la que decidíamos nuestras actuaciones y acordábamos a quién entregar el dinero que recogíamos. Ahora se hablaba de una tuna vinculada a una organización de los vencedores de la guerra, y eso me llenaba de incertidumbre.

No sabía qué significaría aquello para sus integrantes ni si seguirían saliendo a postular por iniciativa propia. La noticia no me daba respuestas; despertaba una inquietud que nunca creí que llegaría a sentir: ¿qué quedaría de las estudiantinas que yo había conocido?

Dejé el periódico sobre la mesa, aunque no conseguí apartar el pensamiento de él. Había reconocido en aquella noticia algo familiar y, al mismo tiempo, algo que me resultaba nuevo. La palabra *tuna* no me sorprendía porque se usó mucho durante el último tercio del siglo pasado en lugar de *estudiantina*. Tampoco que se tratara de una agrupación universitaria. Eran aquellas siglas las que me hacían volver una y otra vez al mismo párrafo.

Pensé en mis antiguos compañeros de la Escuela Normal de Murcia. No todos habíamos entendido del mismo modo nuestras salidas: a unos les entusiasmaba tocar, otros disfrutaban recorriendo las calles y había quienes se tomaban muy en serio la elección de las personas a las que ayudaríamos. Discutíamos, cambiábamos de parecer y, finalmente, llegábamos a un acuerdo. No siempre resultaba sencillo, pero aquellas decisiones eran nuestras.

No podía saber, por aquella noticia, cómo se organizaban aquellos muchachos de Murcia. Quizás continuaran haciendo muchas de las cosas que nosotros habíamos hecho. Quizás las nuevas circunstancias les exigieran otras. Lo que me inquietaba era no poder imaginar hasta dónde llegaría la influencia del Sindicato Español Universitario en la tuna.

La guerra había concluido el 1 de abril y era imposible saber qué cosas recobrarían su curso y cuáles comenzarían una vida distinta. Para mí, las estudiantinas pertenecían a un pasado que seguía sintiendo cercano. Mis años de estudiante quedaron bastante atrás, pero aún recordaba el entusiasmo con que preparábamos una salida y la satisfacción de regresar sabiendo que lo recaudado tendría un destino útil.

Sin embargo, aquellas agrupaciones no habían sido siempre como las que yo conocí. Por los periódicos sabía que, mucho antes de mis años universitarios, habían existido comparsas de carnaval y estudiantinas de muy diversa composición. Algunas ni siquiera estaban formadas por estudiantes. Durante mi vida había visto cambiar sus nombres, sus trajes y su manera de

presentarse ante el público. Ahora, aquella noticia de Murcia me hacía preguntarme hasta dónde llegaría su transformación.

¿Cuándo habían surgido las estudiantinas? ¿Cómo habían llegado a convertirse en las tunas universitarias de las que ahora hablaba el periódico?

Llevé la noticia al despacho del director. Le hablé de mis años en la Estudiantina Escolar Murciana mientras fui estudiante y de las diferencias que empezaba a advertir entre aquellas agrupaciones y las que aparecían en la prensa antigua.

—Ahí tiene usted una serie —me dijo—. *El carnaval y las estudiantinas en provincias*. No se quede solo en Murcia. Pongo a su disposición los archivos centrales del periódico.



Le advertí que necesitaría consultar periódicos de otras ciudades y que quizá tuviera que viajar a Madrid para encontrar los más antiguos.

—Empiece por lo que tenemos aquí. Después veremos.

Salí de su despacho pensando en los legajos que había encontrado años atrás, poco después de la muerte de mi abuelo, en el desván de la casa de La Alberca que había heredado de su padre, Ginés Nicolás.

Mis padres se habían mudado a Murcia, pero mi abuelo había permanecido en aquella casa. Tras su muerte, subí al desván para separar las cosas que todavía podían aprovecharse de las que llevaban demasiado tiempo arrinconadas. La estancia estaba llena de objetos que él había ido guardando sin que yo supiera muy bien por qué. Había muebles viejos, cajas y otros enseres que tuve que apartar para abrirme paso.

El arcón estaba al fondo, parcialmente oculto por cuanto se había acumulado a su alrededor. Lo conocía de vista, pero nunca había tenido motivo para interesarme por su contenido. Retiré lo que había encima y levanté la tapa.

Entre la ropa encontré su antiguo manto, una pandereta que tenía por parche un trozo de pergamino usado, algunos objetos que reconocí y varios legajos atados con cuerda. Pensé que serían documentos familiares. Tomé uno de ellos y, al deshacer el nudo, descubrí que contenía periódicos antiguos.

Había hojas sueltas, números incompletos y recortes de distintos tamaños. Algunos conservaban la fecha; en otros tuve que buscarla en los contenidos de sus páginas. Me sorprendió que hubiera guardado tantos, aunque entonces no me detuve a averiguar qué tenían de particular.

Estaba a punto de devolverlos al arcón cuando una palabra subrayada llamó mi atención: *estudiantina*.

Desplegué la hoja para leer la noticia completa. Hablaba de una agrupación que no conocía. Busqué entre los demás papeles y encontré otra referencia publicada años después. Aquello despertó mi curiosidad. ¿Por qué habría conservado aquellas noticias?

Me senté junto al arcón y seguí hojeando los periódicos. No todos trataban de estudiantinas, ni parecían haber sido reunidos con un mismo propósito. Entre ellos había noticias de sucesos, anuncios y páginas que quizás mi abuelo o su padre hubieran guardado por razones que ya no podría preguntarle. Sin embargo, las referencias a aquellas agrupaciones comenzaron a interesarme más que el resto.

Aquel día no intenté ordenar los legajos ni reconstruir ninguna historia. Tenía otras cosas que hacer en la casa y acabé por atarlos de nuevo. Pero, antes de bajar del desván, separé unas cuantas hojas para leerlas luego con más calma.

Las primeras me llevaron a buscar otras. Algunas noticias parecían hablar de agrupaciones muy distintas de las que yo había conocido; otras mencionaban actividades que me resultaban familiares. Cada vez que creía haber entendido algo, aparecía una fecha anterior, una denominación diferente o una actuación que despertaba nuevas preguntas.

Con el tiempo fui reuniendo mis propios recortes sobre el mismo asunto y añadiéndolos a los que había encontrado en el arcón. Había empezado a colaborar en la prensa en 1915, mientras estudiaba Magisterio, y desde entonces procuraba conservar las noticias que pudieran servirme para escribir. Nunca llegué a saber si había sido mi abuelo o mi bisabuelo quien reunió aquellos periódicos, ni por qué los había conservado. Habían llegado a mis manos por casualidad; mi interés por las estudiantinas me llevó a seguirles la pista.

De niño, mi abuelo me había contado algunas historias de su padre y de sus años de estudiante. Yo las había escuchado como si fueran parte de un cuento, sin pensar que algún día intentaría relacionarlas con las noticias de aquellos periódicos.

Ahora, en junio de 1939, la noticia de Murcia me había proporcionado un encargo. Hasta entonces había leído aquellos periódicos por interés propio y había aprovechado algunos datos en mis colaboraciones. La serie propuesta necesitaba reconstruir una historia que pudiera contar a los lectores, sin perder de vista la pregunta que me había despertado la noticia: ¿qué sería de las estudiantinas en los años venideros?

Pensé en el viaje a Madrid que había mencionado al director, quizás no fuera necesario emprenderlo todavía. Los legajos del arcón contenían periódicos de distintas procedencias que llevaba años reuniendo y apenas había examinado en conjunto.

Aparté el periódico de Murcia y busqué en otros legajos.

Desaté uno de ellos. Busqué las fechas. Entre los papeles más antiguos había noticias de tiempos de Fernando VII que mencionaban *comparsas de estudiantes*. Las leí con una curiosidad distinta de la que me había llevado a desatar el primer legajo en La Alberca. Ya no buscaba únicamente la palabra estudiantina: quería descubrir qué hacían aquellos jóvenes cuando se reunían y qué relación podían tener sus diversiones con las agrupaciones que aparecían en los periódicos posteriores.

Una noticia me llevó a otra. A veces encontraba una denominación familiar, pero la actividad descrita no se parecía a la que esperaba. Otras veces sucedía lo contrario: reconocía una forma de salir en grupo, tocar o pedir limosna, aunque el periódico no empleara el nombre que yo conocía.

Entre aquellos papeles encontré una disposición de 1834 que permitía los bailes y diversiones con máscaras sin solicitar autorización regia. Me detuve en ella. Hasta entonces había pensado en el carnaval como una fiesta que siempre había estado ahí, con sus disfraces, sus músicas y sus comparsas. Aquellos papeles me recordaban que incluso la posibilidad de salir a la calle con el rostro oculto había dependido de lo que las autoridades permitieran.

Volví a leer la disposición. No hablaba de estudiantinas, pero me sugería un escenario en el que debía comenzar mi búsqueda: las fiestas de máscaras.

Aparté esa y otras disposiciones para continuar examinando los periódicos. Quería encontrar una noticia que me permitiera conocer a las primeras agrupaciones en plena actividad, no solo saber que podían salir a la calle. Para escribir la serie necesitaba averiguar quiénes se reunían, qué hacían y por qué se presentaban ante los demás como estudiantinas. Los periódicos podían darme algunas respuestas; para otras tendría que acudir a los archivos.

Había comenzado por una palabra subrayada. Ahora tenía delante una pregunta mucho más amplia: ¿cómo fueron las primeras estudiantinas?

La pregunta quedó retumbando en mi cabeza mientras volvía a los periódicos. Había supuesto que encontraría una respuesta sencilla, quizá una noticia que señalara cuándo apareció la primera estudiantina. Sin embargo, cuanto más leía, más complicado me resultaba imaginar que todas hubieran nacido de una sola manera.

Las fiestas de máscaras permitían transgredir el orden habitual e irrumpir públicamente con una apariencia que desatara la hilaridad. El cambio de papeles era frecuente: el hombre se disfrazaba de mujer y viceversa; el humilde huertano buscaba prendas que lo hicieran parecer un opulento director de banco, y hasta había quienes se vestían de estudiantes sin serlo. Muchos aprovechaban el carnaval para pedir limosna; algunos formaban grupos que atraían a la gente tocando guitarras y panderetas. Pero ¿qué hacía que una comparsa fuese reconocida como estudiantina? ¿Bastaba el traje? ¿Era necesaria la música? ¿Importaba que sus integrantes cursaran estudios?

Me acordé de mis años de estudiante y de mis compañeros de la Estudiantina Escolar Murciana. Si alguien nos hubiera preguntado qué éramos, ninguno habría necesitado pensarlo demasiado. Teníamos un nombre, una manera de organizar nuestras actuaciones y de acordar a quién entregaríamos lo recaudado en nuestras cuestaciones. Ahora, las siglas del SEU me hacían preguntarme si las nuevas tunas conservarían aquella libertad y autonomía.

Separé las hojas que mencionaban comparsas de estudiantes de aquellas en las que aparecía expresamente la palabra estudiantina. Pronto tuve que detenerme. Una misma noticia podía hablar de estudiantes que se disfrazaban, de músicos que salían a pedir limosna o de una agrupación cuya composición no quedaba clara. Mis dos montones no servían para distinguirlos.

Deshice la separación.

Decidí que, por el momento, prestaría atención a lo que contaba cada noticia, aunque empleara una denominación distinta de la que yo esperaba encontrar. Anotaría la fecha, el lugar y cuanto pudiera averiguar sobre los participantes, su indumentaria y el destino de sus cuestaciones. También apuntaría de qué periódico procedía cada información: si encontraba versiones distintas de un mismo suceso, necesitaría saber dónde había leído cada una. Al director también le interesaría conocer la procedencia de las noticias.

Busqué una hoja en blanco y escribí la fecha de la disposición de 1834. Debajo dejé espacio para las noticias que encontrara a continuación. No sabía todavía cuánto tendría que retroceder ni cuántas veces me vería obligado a corregir el orden de mis apuntes.

Tomé el periódico más antiguo que tenía a mano y empecé a leer bajo la premisa de que la música y los disfraces podían atraer a los vecinos, pero me interesaba conocer si quienes realizaban la cuestión fueron estudiantes así como el destino de lo recaudado.

Tal vez aquellos papeles, que al principio me habían parecido ajenos a las estudiantinas, me ayudaran a comprender el contexto en que habían aparecido sus primeras manifestaciones.

Extendí de nuevo la prensa sobre la mesa. A un lado quedó el periódico de Murcia, con las siglas del SEU; al otro, las noticias más antiguas. Entre unas y otras se abría una historia que yo solo conocía por fragmentos y seguía sin tener claro cuándo había comenzado a llamarse estudiantina a una agrupación semejante.

Busqué más. Una noticia publicada en junio de 1834 llamó mi atención: hablaba de unos policías municipales de Murcia, los *urbanos*, que habían organizado una *música estudiantina* para alegrar a los vecinos y recoger limosnas destinadas a ayudar a los enfermos pobres durante la epidemia de cólera morbo que abatió la provincia. Para ello se disfrazaron de estudiantes y recorrieron las calles tocando su propia música y llegando a recaudar ochocientos cuarenta reales

para auxiliarlos. Esta noticia me sugirió que, por entonces, la expresión *música estudiantina* se pudo emplear para designar a las estudiantinas que yo había conocido.

Volví a leerla. Aquellos hombres no eran estudiantes, pero habían adoptado su apariencia y el periódico llamaba estudiantina a su agrupación. Además, habían salido en junio: la necesidad de ayudar a los enfermos no podía esperar a que llegaran los días de carnaval. Aquella noticia me hizo comprender que las estudiantinas también comenzaron a postular fuera de esas fiestas.

Pensé en las cuestaciones de la Estudiantina Escolar Murciana. Casi un siglo separaba nuestras salidas de la que acababa de descubrir, y no sabía aún qué había ocurrido entre unas y otras. Sin embargo, reconocía en ambas el propósito de reunir dinero para socorrer a quienes lo necesitaban.

La noticia no respondía a mi pregunta sobre el origen de las estudiantinas. Al contrario, añadía otras: ¿desde cuándo se utilizaba aquel nombre? ¿Por qué unos policías habían elegido precisamente el traje de estudiante? ¿Qué relación tenían aquellas salidas benéficas con las comparsas de carnaval?

Dejé la hoja junto a las disposiciones sobre las máscaras. Había empezado buscando los antecedentes de una diversión carnavalesca y acababa de encontrar una estudiantina que había salido a la calle por una epidemia. Tendría que seguir leyendo sin limitarme a las noticias publicadas durante el carnaval.

Todavía tenía por delante muchos periódicos. Al pasar a los siguientes recortes, advertí que no todas las agrupaciones recibían el mismo nombre. Unas noticias hablaban de *comparsas de estudiantes*; otras, de *músicas estudiantinas* o, sencillamente, de *estudiantinas*.

Separé los recortes que empleaban aquellas expresiones. Tendría que seguir leyendo para averiguar qué tenían en común y qué había cambiado de unas agrupaciones a otras.

Continué examinando los recortes. En algunos, la música acompañaba a las comparsas durante sus recorridos por las calles; en otros, la actuación de los músicos constituía el principal atractivo. Había noticias que describían sus disfraces y otras que apenas dedicaban unas líneas a informar sobre su actividad.



Extendí sobre la mesa los recortes que había separado. La noticia de los urbanos de Murcia seguía entre ellos. Sus integrantes habían elegido vestirse de estudiantes para recoger donativos destinados a los enfermos de cólera morbo. Me extrañó que no hubieran necesitado estudiar en una universidad para presentarse de aquella manera ante los vecinos.

Volví a fijarme en la indumentaria. El traje permitía reconocer a los personajes que aquellas agrupaciones querían representar, pero no acreditaba por sí solo la condición de quienes lo llevaban. Recordé entonces las fiestas de máscaras que había conocido de niño, cuando los vecinos se disfrazaban de personajes muy distintos de los que eran en su vida cotidiana.

Entre los papeles había descripciones de comparsas cuyos participantes adoptaban una apariencia común. La elección del traje formaba parte de la diversión y contribuía a que el público reconociera al grupo cuando aparecía por las calles.

Aparté la noticia de los urbanos y continué con los siguientes periódicos. Algunos recortes estaban tan deteriorados y manchados que apenas podía leer unas cuantas líneas. Los dejé a un lado y tomé otro que conservaba la fecha y buena parte de la noticia.

Mientras lo desplegaba, pensé en el viejo manteo que había encontrado en el arcón. Mi bisabuelo lo había llevado durante sus años de estudiante en Salamanca. Había visto aquella prenda muchas veces, pero nunca se me había ocurrido relacionarla con los disfraces que describían los periódicos.

Me levanté y fui a buscarlo.

Lo había conservado junto a otros recuerdos familiares. Al extenderlo sobre la mesa, comprobé que el paso de los años había dejado sus huellas en la tela. Lo examiné durante unos instantes y volví a doblarlo con cuidado.

Los urbanos de Murcia se habían disfrazado de estudiantes para salir a pedir limosnas. Si mi bisabuelo hubiera visto pasar por la calle a aquellos policías vestidos como él, seguramente habría tenido algo que decir.

Devolví el manteo a su sitio y regresé a los periódicos. Busqué entre los recortes que todavía no había examinado. Algunos mencionaban agrupaciones que recorrían las calles durante el carnaval; otros anunciaban actuaciones en teatros o excursiones postulantes. La música aparecía en unos y otros, aunque las circunstancias de cada salida eran diferentes.

Me detuve en una noticia que describía una cuestación. Había personas que entregaban unas monedas sin esperar a que termináramos de tocar y otras que continuaban con nosotros para escuchar todas las piezas musicales. Aquellas monedas caían sobre el parche con un tintineo que todavía me parecía escuchar. Al terminar, recogíamos lo recaudado y seguíamos nuestro recorrido. Las monedas iban formando pequeñas columnas sobre la mesa, mientras alguno hacía las cuentas y los demás esperábamos conocer el resultado. Siempre había quien calculaba cuánto habríamos reunido si hubiéramos prolongado la cuestación una hora más.

Pero no todo dependía de nuestra voluntad. Había días en que las calles estaban llenas y otros en que apenas conseguíamos atraer a unos cuantos curiosos. También influía el motivo de la cuestación. Me parecía que los vecinos se mostraban más generosos cuando conocían a las personas a quienes iba destinada la ayuda.

Regresé a la noticia que tenía delante. Aquellas personas habían recurrido inicialmente a una banda de música militar para acompañar sus cuestaciones, pero contratarla suponía un gasto que debían descontar de lo recaudado. Por eso comenzaron a tocar sus propios instrumentos: así podían destinar una cantidad mayor a quienes necesitaban la ayuda.

En mis años de estudiantina hubo ocasiones en las que regresábamos con menos dinero del que habíamos esperado, por lo que discutíamos si convenía organizar otra salida. No siempre estábamos de acuerdo, pero nadie proponía abandonar la cuestación porque la primera jornada hubiera resultado poco provechosa.

Continué buscando. El siguiente recorte se había publicado durante el carnaval. En aquellos días, las calles se llenaban de disfraces y la gente se detenía a contemplar las comparsas. Algunas despertaban carcajadas por sus ocurrencias; otras llamaban la atención por sus trajes o por la música que las acompañaba. También se organizaban cuestaciones para ayudar a quienes más lo necesitaban. No me extrañaba: había crecido escuchando a mi abuelo hablar de la solidaridad como uno de los valores más importantes de su tiempo.

A nosotros también nos gustaba divertarnos. Preparar una salida, ensayar las piezas y recorrer las calles con compañeros de la Escuela Normal constituía buena parte del atractivo de pertenecer a la estudiantina. Todo ello era compatible con organizar cuestaciones y sentir la satisfacción de entregar lo recaudado a quienes necesitaban ayuda.

Volví al periódico. Entre sus líneas buscaba ahora algo más que la descripción de una fiesta. Quería conocer lo que había ocurrido durante aquella salida.

Leí la noticia hasta el final. El redactor había dedicado buena parte de su espacio a describir la comparsa, pero no encontré ninguna referencia al destino de lo recaudado. Tampoco podía asegurar que sus integrantes hubieran salido a pedir limosna. Dejé el recorte junto a los demás y continué buscando.

Entre las siguientes hojas encontré noticias que describían los trajes de los participantes con bastante detalle. Algunas comparsas habían elegido una indumentaria común; otras reunían personajes muy diferentes. Entre los disfraces más comentados figuraban los de Pierrot, Colombina, diablos, payasos y dóminos. Me llamó la atención que estuviera expresamente prohibido disfrazarse con atuendos que imitaran las vestiduras eclesiásticas, las de los magistrados, los miembros de las órdenes militares, los militares y los empleados del Gobierno. En cualquier caso, me entretuve imaginando el aspecto que debían de ofrecer aquellas comparsas al recorrer las calles.

Entre los recortes posteriores encontré uno de 1850 que me hizo sonreír. El periódico se refería a una estudiantina como una «orquesta-guitarresco-violinista». ¡Menuda manera de llamarla!

Volví a leer aquella expresión. Si el redactor no hubiera empleado también la palabra estudiantina, difícilmente habría sabido que se refería a una de aquellas agrupaciones. Comprendí que limitar mi búsqueda a una denominación concreta podía hacer que pasara por alto noticias que me interesaban.

Entre los periódicos posteriores encontré algunas noticias que me sorprendieron. Aunque no abundaron, hubo estudiantinas que aprovechaban sus salidas para criticar a los políticos o burlarse de determinadas costumbres.

Una de ellas me hizo especial gracia. En 1863, la Estudiantina del Cuerpo Escolar de Santiago de Compostela salió acompañando un enorme miriñaque y cantando versos alusivos a dicha prenda con la intención de que las mujeres dejaran de utilizarla.

Me imaginé a los estudiantes recorriendo las calles alrededor de semejante armazón, cantando contra una moda que, por lo visto, no era de su agrado. ¡Había que tener ocurrencia para convertir un miriñaque en el protagonista de una estudiantina!

Aquella noticia me descubrió otra faceta de estas agrupaciones: también podían aprovechar la música y el carnaval para expresar públicamente su descontento, aunque fuera a costa de las faldas de las señoras.

Volví a los recortes.

Algunas noticias mencionaban los instrumentos que acompañaban a las comparsas. En otras, la música ocupaba un lugar tan destacado que apenas se decía nada de los participantes. Había descripciones extensas y simples anuncios que se limitaban a comunicar una próxima actuación.

Aquello me recordó nuestros ensayos.

Cuando llegábamos al lugar de reunión, cada uno comenzaba a probar su instrumento mientras esperaba a los demás. Unos afinaban, otros repetían un pasaje y siempre había alguien que aprovechaba para tocar una pieza que no figuraba en el repertorio. Al principio resultaba difícil distinguir una melodía entre aquel alboroto.

Cuando por fin comenzábamos todos a la vez, el ruido se convertía en música.

No siempre a la primera, desde luego.

En alguna ocasión tuvimos que interrumpir una pieza porque uno de nosotros había comenzado antes de tiempo. Surgían entonces las protestas, las bromas y las acusaciones, hasta que conseguíamos ponernos nuevamente de acuerdo.

Pero aquellos ensayos eran una de las cosas que más echaba de menos. No solo aprendíamos las piezas: también disfrutábamos de unas horas juntos, lejos de las obligaciones de la Escuela Normal.

Miré de nuevo el periódico.

Nada sabía de los ensayos de aquellos músicos ni de las dificultades que hubieran podido encontrar para preparar sus actuaciones. La noticia no hablaba de ello.

La dejé a un lado.

Continué leyendo durante un buen rato. Algunas hojas estaban tan deterioradas que apenas podía distinguir unas cuantas líneas. Otras conservaban únicamente una columna o el final de una noticia. Había recortes sin fecha y referencias a actuaciones anteriores que no conseguía localizar entre los demás papeles.



Los periódicos también me enseñaron que las diversiones de carnaval estaban sujetas a ordenanzas. Las disposiciones dictadas en Madrid solían servir de referencia para otras provincias, aunque cada localidad podía establecer sus propias condiciones.

Una noticia del carnaval madrileño de 1887 me hizo detenerme. Para salir de estudiantina se exigía acreditar previamente que se era estudiante y pagar, además, una tasa equivalente, como mínimo, al importe de una matrícula de segunda enseñanza. Leyendo la prensa de aquellos años, me pareció que con aquellas exigencias se pretendía poner freno a la vulgaridad de muchas estudiantinas, pues quienes no las cumplieran no obtendrían el preceptivo permiso para salir a la calle.

Las restricciones no terminaron ahí. En 1893 seguía siendo necesaria en Sevilla una licencia previa para postular por las calles. Aquel mismo año, en Madrid, cada estudiantina y comparsa debía satisfacer treinta pesetas para obtener el permiso de salida durante el carnaval. Las noticias me hicieron ver que organizar una estudiantina no consistía únicamente en reunir compañeros y ensayar unas piezas: también había que cumplir las condiciones impuestas por las autoridades.

Volví a mirar mis apuntes. Durante décadas había encontrado la palabra estudiantina aplicada a distintas formas de salir por las calles, hacer música y pedir dinero. Ahora una disposición pretendía reservar aquella actividad a quienes pudieran demostrar que estudiaban. Me pregunté qué habría sido de las agrupaciones formadas por personas que no podían presentar esa acreditación.

Recordé las primeras tardes que había dedicado a ordenar los legajos del arcón. Entonces me impacientaba encontrar periódicos incompletos. Con el tiempo había aprendido a conservar también aquellos fragmentos. Nunca sabía cuándo aparecería otra noticia que me permitiera comprenderlos.

Volví a colocar los recortes por orden de fecha.

Al levantar la vista, encontré el ejemplar de junio de 1939 que había apartado al comenzar la lectura.

Lo tomé nuevamente. La noticia de la Tuna del SEU de Murcia seguía allí. Durante varias horas había estado leyendo sobre agrupaciones de otros tiempos. Ya tenía material para empezar la serie, aunque todavía no sabía cómo ordenar el material ni qué respuesta encontraría a la pregunta que me había llevado al despacho del director. Aquellas siglas continuaban produciéndome la misma inquietud.

Recogí las hojas más antiguas y las até con su cuerda. Dejé aparte los recortes que aún no había leído y guardé mis anotaciones entre ellos.

Antes de abandonar la habitación, miré una vez más el periódico de Murcia.

No sabía qué sería de aquellos muchachos ni cómo recordarían sus años de tuna cuando llegaran a mi edad. Quizás conservaran sus instrumentos, sus fotografías o algún recuerdo de sus compañeros. Quizás, como me había sucedido a mí, un día encontraran entre sus cosas un periódico que les hiciera volver la mirada hacia el pasado.

Apagué la luz y cerré la puerta.

Mañana continuaría con los legajos. Antes de entregar el primer artículo, tenía mucho que averiguar.

Capítulo 2. Entre máscaras y limosnas

A la mañana siguiente encontré sobre la mesa los periódicos que había dejado separados. El director esperaba una serie sobre el carnaval y las estudiantinas en provincias, y yo todavía no sabía por dónde empezar a contarla. Aparté los ejemplares más recientes y busqué entre los antiguos. La disposición de 1834 seguía donde la había dejado. Por el momento, era mi punto de partida.

Abrí la ventana. Entraba aire fresco y, desde la calle, llegaba el ruido de alguien que descargaba los muebles de una mudanza. Acerqué una silla a la mesa y comencé a escudriñar aquellos periódicos.

Había pasado buena parte de la noche pensando en mis compañeros de la estudiantina. Conservaba fotografías de algunos, aunque apenas sabía qué había sido de ellos. Sus recuerdos me habían llevado hasta aquellos papeles; el encargo me obligaba ahora a mirar más allá de nuestra propia experiencia. Quería averiguar quiénes habían salido a las calles con músicas y disfraces mucho antes que nosotros y qué podía contar de ellos sin confundir épocas ni agrupaciones.

El periódico más antiguo me devolvió a Murcia. Era una noticia publicada en junio de 1834. Hablaba de unos jóvenes *urbanos* que, preocupados por la extensión de la epidemia de cólera morbo en la provincia, habían organizado una *música estudiantina* para auxiliar a los enfermos pobres con el dinero que recaudaran por las calles. Subrayé esta nueva manera de llamar a las estudiantinas para no olvidarla. El artículo decía que, para realizar esa colecta, se habían vestido de estudiantes, que la iniciativa tuvo el beneplácito de las autoridades y que habían recogido ochocientos cuarenta reales.

En pocas líneas encontré varias cosas que me hicieron detenerme. Aquellos jóvenes no eran estudiantes, aunque se habían vestido como tales. Habían salido fuera de los días de carnaval y habían contado con la aprobación de las autoridades. ¡Y todo aquello había sucedido el mismo año en que se liberalizaron las fiestas de máscaras!

Me pregunté si aquella libertad no había eliminado la necesidad de obtener permiso para salir a pedir por las calles. También parecía que la urgencia de auxiliar a los enfermos pobres había llevado a los jóvenes a organizar la colecta sin esperar a las Carnestolendas. No sabía si se trataba de una excepción o si otras agrupaciones habían hecho lo mismo.

Volví a leer la cantidad. No sabía cuánto habría supuesto aquel dinero para cada enfermo ni cuántas personas pudieron recibir ayuda, el artículo no lo aclaraba. Sí contaba que los jóvenes habían entregado la recaudación al presidente de la Junta Superior de Sanidad y esperaban poder «repetir sus músicas» los días festivos siguientes, con lo que abría la posibilidad de que continuaran recabando ayudas para ellos.

Conocía otras noticias en las que sí aparecían estudiantes, pero esta me obligó a prestar más atención a las palabras. Tomé una hoja en blanco y anoté la fecha, el periódico, la denominación empleada para la agrupación, cuanto se decía de sus integrantes y el destino de la recaudación. Si había de escribir sobre estudiantinas de distintas provincias, necesitaba poder volver a cada noticia sin confundirla con las demás.

Debajo escribí las preguntas que me había suscitado la lectura: ¿quiénes formaban aquellas estudiantinas?, ¿cómo la prensa llamó a la agrupación?, ¿se consolidó su salida fuera de las fechas del carnaval?, ¿se mantuvo la creación de estudiantinas por grupos sociales no académicos?, y ¿transmitieron otros valores además de esa cualidad filantrópica?

No esperaba encontrar una respuesta única. Si algo me estaban enseñando los periódicos era que una misma palabra podía referirse a agrupaciones diferentes y que se podía hablar de las estudiantinas con distintos nombres y expresiones.

Dejé la hoja junto a la noticia murciana y busqué entre los recortes siguientes.

Encontré referencias a músicas y comparsas que salían durante las fiestas. Algunas noticias apenas les dedicaban unas líneas. Otras se entretenían en describir sus disfraces o las ocurrencias con que divertían a los espectadores. Me habría gustado saber cómo sonaban aquellas agrupaciones, pero los periódicos rara vez daban detalles suficientes para imaginar su música.

En uno de los recortes aparecía una pandereta. En otro se hablaba de instrumentos sin nombrarlos. Había noticias que describían el paso de una comparsa como si bastara con decir que había alegrado las calles.

Me quedé mirando la pandereta que conservaba entre los objetos familiares.

La había tenido en las manos muchas veces. Su parche estaba envejecido y algunas de sus sonajas habían perdido el brillo. No podía saber qué relación guardaba con aquellas músicas de un siglo atrás, pero su presencia sobre la mesa hacía que las palabras de los periódicos me resultaran menos lejanas.

Entre las noticias de 1838 encontré una que me hizo sonreír antes incluso de terminarla. Una *comparsa de estudiantes* había recorrido las calles de Madrid llevando en lo alto de un palo una enorme rosca de pan, «como un triunfo».

Imaginé a los muchachos avanzando entre la gente con aquel extraño estandarte. ¿Era una simple ocurrencia carnavalesca o pretendían llamar la atención sobre el hambre? La noticia no me permitía asegurarlo, pero me costaba creer que hubieran elegido el pan al azar: el pan ocupaba el lugar de una insignia victoriosa, a la vista de todos. La comparsa podía haber aprovechado la libertad que permitía el carnaval para denunciar una miseria que no tenía nada de festiva. Aquel gesto podía arrancar risas por la forma en que se presentaba, pero también encerrar una crítica dolorosamente seria.

Hasta entonces había encontrado una *música estudiantina* que recogía limosnas para los enfermos pobres de Murcia. Ahora descubría otra manera de intervenir ante las necesidades de la gente: aquellos estudiantes no habían salido a recaudar dinero, sino a denunciar el hambre. Comprendí entonces que la *conciencia cívica* se añadía a la *filantropía* entre los valores que podían expresar las estudiantinas académicas.

Anoté la rosca de pan en mi hoja y, junto a ella, escribí: «Denuncia del hambre». Después subrayé las palabras «como un triunfo» y «comparsa de estudiantes». No quería olvidar que la ironía servía para decir algo importante. A diferencia de los urbanos de Murcia, aquellos muchachos no aparecían en la noticia recogiendo limosnas.

Me levanté para preparar café. Desde el otro extremo de la habitación vi mi mesa cubierta de periódicos, fotografías y notas. Los legajos del arcón me habían permitido comenzar el trabajo sin viajar a Madrid, pero también me estaban mostrando sus límites: tenía noticias sueltas, no una historia completa.

Regresé con la taza y dejé a mano la noticia de la rosca. Si encontraba otra referencia a aquella comparsa, podría volver sobre ella. Por ahora, seguí con los periódicos.

Entre los periódicos del año siguiente encontré una noticia de Valencia. Contaba que, en 1839, una estudiantina había participado en una cabalgata que salió de la Casa-Colegio del Arte Mayor de la Seda llevando su propia bandera y su música. El empleo de una bandera era novedoso. Hasta entonces había prestado atención a los disfraces y a los instrumentos, pero no

había encontrado un elemento que identificara a la agrupación. Me pregunté qué llevaría representado aquel paño, pero el periódico no lo decía.

Aquella noticia me permitió imaginar algo que conocía bien: el momento de incorporarse a una comitiva. En mis años de estudiante, cuando salíamos con otras agrupaciones, siempre había que esperar a que alguien indicara dónde debíamos colocarnos. Los primeros comenzaban a andar mientras los últimos todavía discutían si estaban listos. Una vez en marcha, procurábamos mantener el paso y no perder de vista a quienes iban delante. Si nos deteníamos demasiado, la distancia se abría y alguien tenía que correr para alcanzarlos.

Anoté lo que sí sabía: Valencia, cabalgata, estudiantina, bandera y música.

No sabía si los músicos valencianos habían pasado por dificultades semejantes. Lo que sí podía leer era que aquella estudiantina había formado parte de una celebración organizada y que portaba bandera y música. No se hablaba de una colecta, por lo que dejé otra vez sin completar el destino de la recaudación, pero aportaba un elemento que indicaba su identidad, la bandera.

Busqué la hoja en la que venía registrando las noticias. En ella había añadido una columna para anotar la fecha, otra para el motivo de cada salida, una tercera para la manera en que el periódico identificaba a la agrupación y una cuarta para el tipo de integrantes. La noticia de la *caravana estudiantina* no me permitía determinar quiénes la componían, pero sí registrar aquella expresión en la tercera columna.

Al contemplar mis apuntes, advertí que la hoja podía quedarse pequeña. Había trazado las columnas pensando que bastaría con registrar aquellos datos y ahora necesitaba espacio para las agrupaciones que no aparecían pidiendo limosna, sino participando en otro tipo de fiestas y celebraciones. Tomé otra hoja y añadí una columna para el motivo de cada salida.



Pasé un rato copiando las anotaciones anteriores. Murcia había ocupado la primera línea; después venían las dos noticias madrileñas y, por último, Valencia. Al escribirlas una debajo de otra, sus diferencias se hicieron más visibles que cuando las había leído por separado.

Dejé la pluma y miré por la ventana. La mudanza de la mañana había terminado. En la calle quedaban dos hombres conversando junto a un carro vacío. Uno se despidió y el otro comenzó a recoger las cuerdas con las que había sujetado los muebles. Cuando se marcharon, volví a los periódicos.

Continué buscando en la prensa y recortes de la década siguiente. Uno de 1843 me llevó a Calatayud. Hablaba de estudiantes que habían salido *vestidos a la tuna* y tocando su propia música para recoger limosnas destinadas a unas religiosas de la localidad.

Leí la expresión dos veces.

A la tuna.

No era el nombre de una agrupación, sino una manera de describir cómo habían vestido aquellos estudiantes. Lo anoté tal como aparecía, sin sustituirlo por estudiantina. Esta vez se trataba de estudiantes y hubo una cuestación. El dinero tenía un destino señalado: ayudar a las monjas. Me habría gustado saber qué necesidad las había llevado a recibir aquella ayuda y cómo se habían organizado los muchachos para reunirla, pero el artículo no me permitía responder a esas preguntas.

Pensé en los preparativos de nuestras propias cuestaciones. Antes de salir debíamos reunirnos para decidir el recorrido y comprobar que todos conociáramos las piezas que íbamos a tocar. A veces dedicábamos más tiempo a discutir por qué calle convenía empezar. Había quien prefería los lugares concurridos y quien defendía pasar primero por las casas de las personas que solían colaborar. Al final, alguien tenía que poner término a la discusión para que pudiéramos salir de una vez.

Los estudiantes de Calatayud habrían tenido que resolver sus propios preparativos, aunque yo ignoraba cuáles fueron. Aparté el recuerdo y regresé a la noticia: nuevamente los estudiantes salieron para pedir ayuda destinada a otras personas.

Anoté Calatayud en la hoja y, junto a la denominación, copié *vestidos a la tuna*. Después escribí el destino de las limosnas.

Volví a leer las líneas que había reunido desde 1834. Los urbanos murcianos habían recurrido a la apariencia de estudiantes para socorrer a enfermos pobres; en Madrid, una comparsa de estudiantes había levantado una rosca de pan durante el carnaval; otra música estudiantina había animado las fiestas de Chamberí; en Valencia, una estudiantina había desfilado con su bandera; y los estudiantes de Calatayud habían salido a pedir para unas religiosas.

El contenido de aquellas columnas de datos me evocó imágenes que plasmaban la multifacética realidad española del inicio del reinado de Isabel II: pobreza, hambre y epidemias.

También mis apuntes me permitían recordar cada noticia sin tener que buscarla de nuevo entre todos los legajos. Pero aún no podía dar respuesta a varias de las preguntas escritas al comienzo de la mañana.

Aparté las hojas de 1843 y continué buscando. Al año siguiente apareció una noticia de Valencia. El periódico hablaba de una *estudiantina universitaria*. Busqué la hoja en la que había anotado la salida valenciana de 1839 y coloqué ambas noticias una junto a otra.

Cinco años antes, la estudiantina había desfilado con su bandera y su música, pero aquella breve referencia no me había permitido averiguar quiénes la integraban. Ahora encontraba una agrupación vinculada expresamente a la universidad. Anoté la diferencia ante la posibilidad de que se tratara de una continuación de aquella primera estudiantina.

Me quedé un momento mirando la palabra *universitaria*. En mis años de la Escuela Normal, nadie necesitaba explicarnos por qué nos reuníamos con otros estudiantes para tocar. Compartíamos las clases, los exámenes y buena parte de nuestras preocupaciones. Era fácil proponer un ensayo al terminar la jornada o convencer a un compañero de que se uniera a nosotros. Lo difícil venía después, cuando había que conseguir que todos acudieran a la misma hora.

Recordé una tarde en que habíamos esperado tanto a dos compañeros que comenzamos a ensayar sin ellos. Llegaron cuando ya habíamos repetido varias veces la primera pieza y protestaron porque no queríamos empezar de nuevo. Al final la tocamos otra vez. No por darles la razón, sino porque uno de los que había llegado tarde era precisamente quien debía iniciar la melodía. Aquello me hizo reír. Después volví al artículo de Valencia.

La noticia de 1844 contrastaba con la de los urbanos murcianos y me permitió distinguir dos realidades de aquellos años: hubo estudiantinas postulantes cuyos integrantes se disfrazaban de estudiantes sin serlo, y también verdaderas estudiantinas universitarias. Unas y otras podían compartir el nombre y la apariencia, aunque no necesariamente sus integrantes ni sus propósitos.

Sólo podía inferir una cosa en común: ambas fueron fruto de la solidaridad decimonónica del pueblo español.



El mismo año se publicó otra noticia en Valencia. El artículo daba cuenta de la serenata ofrecida por la Estudiantina de la Universidad Literaria a la Reina Madre durante su paso por la ciudad, cuando regresaba a la Península. La cercanía temporal con la *estudiantina universitaria* mencionada en la noticia del año anterior me hizo pensar en la posibilidad de que se tratara de la misma agrupación.

Me detuve en el nombre de la destinataria. Hasta entonces había encontrado estudiantinas que recorrían las calles para pedir limosna, animaban fiestas o participaban en cabalgatas. Ahora, una agrupación de estudiantes había llevado su música ante una integrante de la Familia Real. Aquella serenata me mostraba que las estudiantinas también habían alcanzado espacios a los que no se accedía simplemente saliendo a tocar por las calles.

Anoté: «Valencia, 1844. Estudiantina de la Universidad Literaria. Serenata a la Reina Madre». No constaba una cuestión, de modo que dejé en blanco esa columna y, como entonces Valencia solo tenía una universidad, me permitía identificar la estudiantina citada en la noticia valenciana del año anterior. Escribí esa impresión en mis apuntes y seguí adelante.

Aquellas noticias me hicieron pensar en la imagen del estudiante que se había difundido por esos mismos años. En 1843 había comenzado a publicarse *Los españoles pintados por sí mismos*, una obra que conocía bien y que, como otras publicaciones costumbristas, retrataba personajes y usos de la sociedad española. El estudiante también tuvo su lugar en aquella obra.

Pero los periódicos me obligaban a mirar con más cuidado. En sus páginas, *excursión estudiantina*, *peregrinación de estudiantes* y *estudiantina* se habían usado como sinónimos en un mismo artículo. Algo semejante ocurría con las expresiones *cuestación música*, *ir de música estudiantina* y *música estudiantina*. Comprendí que no bastaba con buscar la palabra *estudiantina*, había que tener una mente abierta y buscar posibles equivalencias en los textos de antaño. Tampoco podía olvidar que algunas agrupaciones estaban integradas por universitarios, mientras que en otras sus participantes se disfrazaban de estudiantes sin serlo.

La indumentaria añadía otra dificultad. Los libros y grabados difundían como verídicas imágenes del estudiante de antaño, olvidando que las disposiciones sobre el traje escolar habían cambiado en 1845. Por ello mi bisabuelo y mi abuelo vistieron sotana y manto al estudiar antes de este año en Salamanca, mientras que mi padre, que estudió después Magisterio en la Escuela Normal de Murcia, llevó levita y pantalones oscuros, camisa blanca y corbata o lazo negro. Aquella diferencia me recordó que no podía reconocer a los estudiantes de todas las épocas por un mismo traje, ni dar por auténtica una indumentaria solo porque apareciera en un grabado.

Al llegar a los periódicos de 1846 encontré una noticia que me devolvió a Murcia, mi ciudad. Hablaba de una estudiantina que saldría a recoger donativos por sus calles. La leí con especial interés porque aquel fue el año en que mi bisabuelo comenzó sus estudios de Leyes en Salamanca. A partir de entonces podría poner las noticias de la prensa junto a los relatos familiares sobre sus peripecias.

Pensé en las historias que mi abuelo me había contado sobre la llegada de su padre a Salamanca y lo mucho que le costó acostumbrarse a las exigencias de las aulas. Las había escuchado muchas veces, pero nunca se me había ocurrido colocar junto a ellas los periódicos de la misma época.

Me habría gustado preguntarle sobre las estudiantinas de su tiempo. ¿Las había visto salir por Salamanca? ¿Había participado en alguna? Mi abuelo me había hablado de sus estudios y de sus compañeros, pero no recordaba que mencionara nada relacionado con las estudiantinas que seguramente conoció.

Al repasar las fechas, advertí que Murcia aparecía tanto al principio como al final de los doce años que había examinado. Las noticias no bastaban para reconstruir todo lo ocurrido en ese tiempo, pero mostraban que las agrupaciones salían a la calle con distintos propósitos: divertirse, reunir ayudas o llamar la atención sobre las necesidades de la población. A veces la música acompañaba una fiesta; otras, servía para atraer a quienes podían entregar unas monedas.

Miré la hoja en la que había escrito mis preguntas. Ya podía responder a algunas: no todas las estudiantinas estaban formadas por estudiantes, ni todas sus salidas tenían lugar durante el carnaval. También había encontrado distintas denominaciones para aquellas agrupaciones.

Me levanté para estirar las piernas. La mañana había avanzado sin que me diera cuenta. Pensé en las calles que habían recorrido los urbanos de Murcia y en las que, doce años después, otra estudiantina se disponía a pedir donativos. Eran calles de mi ciudad y los periódicos me estaban mostrando una Murcia que yo no había conocido.

Aquellas noticias me acercaban a los valores y las preocupaciones de una época en la que también se buscaba definir qué era *lo español*. Esa mañana había empezado interesado en las primeras estudiantinas y ahora quería seguir su evolución. Comprendí que la serie que me había encargado el director tendría que contar algo más que sus actuaciones.

Tomé el primer periódico del siguiente legajo y busqué la fecha.

Capítulo 3. Los que no eran estudiantes

Ya había encontrado agrupaciones formadas por estudiantes y otras cuyos integrantes se vestían como tales sin serlo. Lo difícil era saber a cuál de ellas se refería cada noticia cuando el periódico no lo aclaraba. Tampoco bastaba con atender al nombre que les daba.

En una referencia de 1846 encontré la expresión *caravana estudiantina*. La noticia decía que sus integrantes recorrían las calles pidiendo dinero, pero no aclaraba si eran estudiantes.

Busqué la hoja en la que venía registrando las noticias. En la columna dedicada a los integrantes había distinguido hasta entonces entre estudiantes y personas que se disfrazaban de ellos. La noticia de la caravana estudiantina no me permitía incluirla en ninguno de los dos grupos.

Volví a examinarla. Busqué el nombre de una universidad, de un colegio o de cualquier establecimiento de enseñanza. No encontré ninguno. Tampoco se afirmaba que los integrantes no fueran escolares.

Algunas agrupaciones acudían a las calles para divertirse; otras recaudaban fondos con un destino anunciado. En ocasiones, ambas actividades aparecían unidas. Nada de aquello exigía, por sí mismo, que los participantes pertenecieran a una universidad.

Me incliné sobre la mesa y añadí una tercera columna: «No consta».

Fue la que empezó a parecerme más necesaria.

Comprendí que tendría que resistir una tentación: convertir cada silencio del periódico en una respuesta. Si una noticia llamaba estudiantina a una comparsa, no podía dar por hecho que estuviera formada por estudiantes. Si no mencionaba un centro de enseñanza, tampoco podía asegurar lo contrario. Y si hablaba de una cuestación, aún quedaba por averiguar quién la había organizado y para qué se destinaba lo reunido.

De pronto, el trabajo que me había parecido una sencilla clasificación se convirtió en algo más interesante. Las noticias no solo hablaban de las agrupaciones. También mostraban lo que sus redactores habían considerado digno de contar y lo que habían dejado sin explicar.

Aparté la hoja y ordené los periódicos por fecha. Debía seguir adelante sin atribuir a cada agrupación una composición que la noticia no permitiera establecer. Las agrupaciones de estudiantes y las que adoptaban su apariencia habían compartido las calles. ¿Había transcurrido aquella convivencia sin dificultades? Y, si no fue así, ¿cuándo y por qué habían surgido los conflictos?

Busqué la fecha del siguiente periódico.

En una publicación de 1847 encontré el dibujo de un objeto que no conocía: el *scaletti*. El *Museo de las Familias* lo describía como unas «escalerillas ó tijeretas de resorte» semejantes a las que utilizaban los *estudiantes de la tuna* para subir hasta los pisos altos la alcancía o caldereta en la que recogían las limosnas.

Me detuve en el dibujo. Hasta entonces había leído noticias sobre cuestaciones, pero aquella imagen me permitía imaginar un gesto concreto: hacer llegar el recipiente hasta una ventana sin que sus ocupantes tuvieran que bajar a la calle. Anoté la referencia.

Al año siguiente encontré una descripción mucho más detallada de una estudiantina que había recorrido las calles de Madrid durante el carnaval. Sus integrantes vestían blusas rosas y sombreros blancos con pluma negra. El periódico, sin embargo, no aclaraba si eran estudiantes. Anoté la indumentaria sin tomarla como prueba de su condición escolar.

En 1850, una noticia del carnaval de Madrid anunciaba una comparsa como una «orquesta-guitarresco-violinista», acompañada de «pandereta y hierrecillos». De su vestimenta solo adelantaba que llevarían unos «enormes cucuruchos» sobre la cabeza. El redactor invitaba al público a preparar el bolsillo para entregar dinero a aquella estudiantina, dato que introducía al lector la posibilidad de que fuese una comparsa postulante.

El redactor no precisó quiénes la componían. Anoté la descripción y dejé constancia de que se trataba de una agrupación postulante pero los datos no bastaron para establecer la condición de sus integrantes.



Una noticia de Barcelona de 1852 fue más explícita: habían salido «40 jóvenes hijos de buenas familias de la ciudad disfrazados de estudiantes». Esta vez, el periódico distinguía entre la condición social de los participantes y la apariencia que habían elegido para salir a la calle. Registré la expresión tal como aparecía, sin dar por supuesto que aquellos jóvenes fueran universitarios.

Quizás las tensiones políticas determinaran que no halláramos datos hasta 1859, cuando se anunció que una estudiantina postulante saldría durante los días de carnaval. Su recaudación se destinaría a «beneficio de la guerra de África», pero solo «después de dar comida a los pobres». Anoté ambos destinos en el orden en que aparecían: aquella agrupación había anunciado una cuestación que atendería primero una necesidad asistencial y dedicaría después el dinero restante a otra finalidad.

Otra noticia del mismo año me llevó nuevamente a Murcia porque jóvenes de la ciudad formaron una estudiantina postulante que recorrió las calles durante el carnaval. Según el

periódico, la Casa de la Misericordia recibió 218 reales y 26 maravedís de las limosnas recogidas. Esta vez la noticia no precisaba si aquellos jóvenes cursaban estudios.

En 1860, una comparsa de estudiantes salió de Valladolid para ofrecer funciones teatrales en Nava del Rey y Medina del Campo. El periódico anunciaba que destinarían sus productos a la guerra de África. Ya no se trataba de una estudiantina que recorría las calles recogiendo donativos: aquellos estudiantes habían elegido el teatro para reunir fondos.

Luego encontré una iniciativa semejante en Alicante, donde varios jóvenes preparaban una estudiantina para el carnaval de 1861 y anunciaban que, con lo obtenido en la cuestación, darían primero una comida a los pobres y destinarían después el resto a la guerra de África.

Tras varias noticias que no aportaban nada nuevo a mi investigación, hallé una de 1863 que me llevó a otra faceta del carnaval estudiantil, esta vez en Santiago de Compostela. Allí, el cuerpo escolar organizó un séquito de comparsas. En torno a un gran miriñaque, una estudiantina numerosa cantaba versos contra aquella prenda. Anoté el carácter satírico de la actuación.

Al año siguiente encontré una noticia de Castellón que mostraba una iniciativa de mayor alcance. Los alumnos del Instituto habían organizado una estudiantina que recorrió las calles de la ciudad recogiendo limosnas para los necesitados de Alcira. No se detuvieron ahí. Otro día salieron por los pueblos de la provincia postulando al son de guitarras, flautas y violines.

En 1865, el cólera volvió a Murcia y causó 766 muertes. Entre las iniciativas de ayuda encontré la de la estudiantina del Colegio de San Fulgencio, que salió tocando música y pidiendo auxilio para los enfermos pobres. La noticia iba acompañada de un grabado. Por primera vez, además de leer cómo actuaba una de aquellas agrupaciones, podía verla representada en una imagen de su tiempo y comprobar que sus integrantes lucían el uniforme escolar vigente, al que habían añadido bicornio y manteo. En él apareció un elemento novedoso que identificaba a la estudiantina, el estandarte, y ahora la imagen me permitió conocer su diseño.

También en 1865 encontré en Santander el anuncio de una estudiantina compuesta por «jóvenes de la mejor sociedad». Se proponían recorrer las calles durante el carnaval y destinar lo recaudado a los establecimientos de beneficencia.

Una noticia madrileña de 1866 describía una ayuda destinada a una persona concreta. La Estudiantina Madrileña habría recorrido el Miércoles de Ceniza los puestos de las plazas del Carmen y de San Ildefonso, recogiendo lo que les daban para entregárselo a una viuda que estaba próxima a ingresar en el Hospital de Incurables. El redactor elogiaba el gesto, aunque reconocía que no había podido confirmar lo sucedido.

En Córdoba encontré una noticia de 1867 sobre una *comparsa de estudiantina* llamada *Las Coronas* que había recorrido las calles recogiendo donativos para los pobres. Se informó que una comisión comenzaría a distribuir doscientos panes entre quienes acudieran con las papeletas repartidas al efecto.



A medida que me acercaba a 1868 las noticias sobre estudiantinas fueron más escasas en los periódicos que había reunido. Pensé que, muy posiblemente, la tensión política fuera responsable de la disminución de las salidas de estudiantinas. Aquel año, la Revolución Gloriosa puso fin al reinado de Isabel II y la llevó al exilio en Francia. Ordené los últimos recortes y continué con los años siguientes.



Capítulo 4. Las estudiantinas tras La Gloriosa

Durante varios días continué ordenando los periódicos por fechas.

Había llegado a 1868.

Hasta entonces las estudiantinas habían aparecido ante mí de muchas maneras. Unas estaban formadas por estudiantes y otras sólo se vestían como ellos. Habían salido durante el carnaval, habían pedido para los pobres, para los enfermos o para quienes regresaban heridos de una guerra. Algunas apenas habían dejado unas líneas en un periódico.

Pero al llegar a aquel año el rastro se volvía menos claro.

En septiembre, la revolución que pronto todos llamarían *La Septembrina*, por motivos obvios, y *La Gloriosa*, porque quienes la habían promovido celebraban la expulsión de Isabel II y el fin de lo que consideraban un mal gobierno, había cambiado el país. A partir de entonces, las noticias políticas ocupaban páginas enteras de los periódicos.

Sin embargo, aquello no era lo que yo estaba buscando. Pasé varias noticias sin copiarlas.

Mi pregunta seguía siendo mucho más corta.

¿Qué había ocurrido con las estudiantinas?

Volví hacia atrás.

Encontré algunas noticias de 1868, pero fue al llegar al carnaval del año siguiente cuando el rastro comenzó a hacerse más claro.

En Madrid apareció una Estudiantina de Veterinaria.

Anoté el nombre.

Poco después encontré otro: Estudiantina La Simpática Esmeralda.

Dos agrupaciones distintas y, al menos en la primera, una indicación que ya no dejaba lugar a demasiadas dudas sobre quiénes podían integrarla: estudiantes de Veterinaria.

Después de tantos años encontrando músicos que se vestían de escolares sin haber pisado quizá una Universidad, aquella precisión me llamó la atención.

Seguí buscando.

En Bilbao encontré también el rastro de una Estudiantina Vasco-Navarra. Había dejado incluso un romance dedicado a la villa con motivo del carnaval.

Aquello bastaba para saber que las estudiantinas no habían desaparecido tras la revolución.

Pero algo estaba cambiando.

La respuesta empezó a aparecer entre los periódicos de 1870.

Una crónica del carnaval madrileño me hizo detenerme. El articulista comenzaba recordando un tiempo no demasiado lejano en que las estudiantinas estaban formadas por

estudiantes que recorrían las calles con su traje habitual, cantando coplas y acompañándose de panderetas, vihuelas y violines.

Hasta ahí no encontré nada que no hubiera visto antes.

Lo que seguía era distinto.

Aseguraba que todavía salían estudiantinas durante aquellos días de carnaval, pero que eran pocas las compuestas realmente por estudiantes y solo algunas conservaban el tricornio y el manteo. La mayoría, en cambio, estaba formada por personas que nada tenían que ver con la Universidad.

Volví a leer aquel párrafo.

No era yo, casi setenta años después, quien intentaba distinguir unas de otras. Ya en 1870 alguien había advertido la diferencia. *Personas que nada tenían que ver con la Universidad* retumbaba en mi cabeza.

Seguí leyendo.

También habían cambiado los instrumentos musicales. A las vihuelas, flautas, violines y panderetas se habían añadido instrumentos de viento.

Anoté los instrumentos al margen.

Vihuelas. Flautas. Violines. Panderetas. Instrumentos de viento.

Faltaban dos nombres que esperaba encontrar.

Guitarras y bandurrias.

No aparecían.

Aseguraba que todavía salían estudiantinas durante aquellos días de carnaval, pero que eran pocas las compuestas realmente por estudiantes y que solo algunas conservaban el tricornio y el manteo. La mayoría, en cambio, estaba formada por personas que nada tenían que ver con la Universidad.

Volví a leer aquel párrafo.

No era yo, casi setenta años después, quien intentaba distinguir unas de otras. Ya en 1870 alguien había advertido la diferencia. *Personas que nada tenían que ver con la Universidad* retumbaba en mi cabeza.

Seguí leyendo.

Había algo más importante.

También los instrumentos parecían haber cambiado. Junto a las vihuelas, flautas, violines y panderetas aparecían ahora instrumentos de viento. Algunas de aquellas estudiantinas, decía el articulista con cierta sorna, no llevaban otros.

Anoté la relación en mi cuaderno.

Vihuelas, flautas, violines, panderetas e instrumentos de viento.

La repasé.

Faltaban la guitarra y la bandurria.

No podía saber por qué el articulista no las había mencionado o si había confundido las guitarras con vihuelas, pero, en cualquier caso, me extrañó la ausencia de las bandurrias. Anoté aquella omisión y continué buscando.

Los periódicos de aquel mismo año comenzaron a poner nombres a aquella diversidad.

En Madrid encontré una Estudiantina La Borla Azul y la Tuna Médica, que había salido por las calles postulando para aliviar la pobreza.

En Barcelona apareció una estudiantina formada por universitarios.

En Gerona, otra infantil.

Y en Teruel encontré una cuyo nombre me obligó a detenerme: Estudiantina Carlista.

Hasta entonces había encontrado estudiantinas que se distinguían por la procedencia de sus integrantes, por sus estudios o por el nombre que habían elegido para la agrupación. También recordaba aquella música estudiantina valenciana que había dado una serenata a la Reina Madre, mostrando así su adhesión a la monarquía vigente.

Aquella agrupación turolense suponía algo distinto: evidenciaba claramente una filiación política antiliberal y carlista, un movimiento que había defendido los derechos al trono de Carlos María Isidro, hermano de Fernando VII, frente a los de Isabel II, y después los de sus

respectivos descendientes. Ello generó un conflicto dinástico y político que llevó al país a tres guerras civiles.

La anoté aparte.

No sabía todavía si era un caso aislado.

Seguí avanzando.

En 1871 encontré en Salamanca una estudiantina que recorría las calles postulando a favor de los pobres del hospital.

Aquello me resultaba mucho más familiar.

Habían cambiado los nombres, los disfraces y hasta los instrumentos que podían reunirse bajo la palabra *estudiantina*, pero seguía apareciendo una práctica que llevaba encontrando desde el comienzo de mi investigación: salir a la calle, tocar y pedir para otros.

Pensé en Murcia.

En aquellos urbanos de 1834 que se habían vestido de estudiantes durante la epidemia de cólera y habían entregado lo recaudado a la Junta de Sanidad.

Habían transcurrido casi cuarenta años.

Ahora eran los pobres de un hospital de Salamanca.

La cuestación seguía allí.

También los estudiantes.

Me detuve al hallar en Madrid la Sociedad Estudiantina La Perla Veneciana.

Ya no bastaba con buscar la palabra *estudiantina*. Tras legalizarse el asociacionismo, algunas aparecían en la prensa bajo el nombre de la asociación en cuyo seno se habían formado. Tendría que estar atento a nuevas formas de mencionarlas.

Dejé a un lado la relación de nombres.

Empezaba a comprender que, si continuaba acumulándolos, terminaría sabiendo cuántas agrupaciones habían existido, pero no qué les había ocurrido. Aun así, no podía dejar de sorprenderme el ingenio de los escolares al elegir el nombre de sus estudiantinas. Buenos ejemplos eran la gaditana Estudiantina Los Hijos de Hipócrates, que salió a la calle en 1872 a pesar de existir también una Estudiantina de Medicina, y la madrileña Estudiantina El Bisturí, activa en 1933.

Sonreí al copiarlos.

Volví a mirar *La Crisis*.

Empezaba a entender aquellos nombres de otra manera.

Entonces me formulé otra pregunta: ¿Qué estaban haciendo aquellas estudiantinas?

Cambié la forma de leer las noticias.

Dejé de fijarme primero en cómo se llamaban y comencé a buscar qué hacían cuando salían a la calle.

La respuesta apareció enseguida.

Seguían pidiendo.

Los Hijos de Hipócrates habían salido a postular en Cádiz. La Crisis hizo lo mismo en Córdoba al año siguiente. En Lorca encontré otra cuestación y en Madrid una función benéfica.

No anoté más nombres.

Ya conocía aquella historia.

Desde 1834 cambiaban las ciudades, los trajes, los instrumentos y quienes se ocultaban bajo la palabra *estudiantina*. Pero una costumbre parecía resistirse a desaparecer: tocar para conseguir dinero destinado a otros.

La cuestación seguía allí, pero no era lo único. Las giras peninsulares habían comenzado a llevar sus póstulas de unas ciudades a otras y, en algunos lugares, su llegada convocaba multitudes.

Así, una noticia de 1876 que hablaba de la estación de ferrocarril de Santander me hizo detenerme. Era época de carnaval. Varias estudiantinas llegaban de fuera y un ingente número de lugareños se había apiñado en los andenes para recibirlas. Después las acompañaron por las calles.

Intenté imaginar aquella llegada.

El tren entrando en la estación, los miembros de las estudiantinas descendiendo con sus instrumentos y, en los andenes, tanta gente esperando que la prensa había considerado necesario contarlos.

Aquello era diferente.

Durante años había encontrado estudiantinas que salían a buscar al público.



Ahora era el público quien acudía a esperarlas.

Volví sobre las noticias anteriores buscando otras llegadas semejantes. Ya no me interesaba solamente en saber de dónde procedían aquellas agrupaciones, sino hasta dónde eran capaces de llegar.

Las calles del carnaval empezaban a quedárseles pequeñas.

Antes de continuar, volví unas páginas atrás en mi cuaderno.

Había dejado una anotación junto a la Estudiantina Carlista de Teruel: ¿caso aislado?

Ya tenía la respuesta.

En Granada había encontrado otra estudiantina que se declaraba pro-República Federal.

Me quedé mirando ambos nombres.

Carlista.

Pro-República Federal.

No necesitaba encontrar muchas más para comprender que las *estudiantinas* también podían crearse para expresar públicamente una posición política.

Taché la interrogación que había dejado junto a la primera.

No fue un caso aislado.

Cerré el cuaderno por un momento.

Entre las noticias de ese año encontré también varias de Murcia.

Hasta entonces había recorrido ciudades lejanas en las páginas de los periódicos. Encontrar nuevamente el nombre de mi ciudad produjo en mí una sensación distinta.

Una de aquellas estudiantinas había salido a postular durante el carnaval. Meses después encontré otra cuestación destinada a los soldados heridos y a las familias de los fallecidos.

La noticia me hizo detenerme. No era la primera vez que la guerra aparecía entre los motivos de una cuestación. Ya había encontrado estudiantes que habían salido a pedir para quienes regresaban heridos de otros conflictos, cosa que no me extrañaba porque la filantropía de las estudiantinas parecía acudir allí donde aparecía una desgracia.

Esta vez estaba leyendo sobre Murcia.



Pensé en mis propios años de estudiante y en nuestra Estudiantina Escolar Murciana. Nosotros también decidíamos qué hacer con lo recaudado. Nadie desde fuera nos señalaba el destino de aquellas monedas.

Volví a la noticia de 1876.

Quería saber quién había decidido aquella cuestación y quiénes eran realmente los que habían salido a pedir, pero no encontré la respuesta.

Dejé la noticia con las demás y continué avanzando.

Al llegar a 1877 ocurrió algo distinto. No fue una cuestación ni un viaje lo que llamó mi atención, sino una palabra que conocía demasiado bien.

Tuna.

La encontré primero unida todavía a estudiantina. En Salamanca hubo una Tuna Estudiantina. En Madrid, en cambio, encontré la Estudiantina La Tuna de San Carlos y otra denominada sencillamente La Tuna.

En menos de diez años había encontrado estudiantinas de estudiantes y de otros que solo se vestían como ellos; agrupaciones que postulaban para los necesitados, otras que proclamaban desde su propio nombre una posición política y algunas que comenzaban a viajar de una ciudad a otra, recibidas por multitudes; junto a muchas de carácter lúdico que seguían luciendo infinidad de disfraces.

Sin embargo, algo permanecía.

La práctica de la filantropía había sobrevivido a todos los cambios que acababa de encontrar, mucho más presente entre las estudiantinas académicas que entre las populares.

Pero estaba a punto de descubrir que también eso comenzaría a cambiar.

Miré nuevamente las dos palabras que había escrito en el cuaderno.

Estudiantina. Tuna.

Después pasé a los periódicos del año siguiente.

1878.

Apenas había comenzado a revisarlos cuando comprendí que tendría que abrir una hoja nueva.

Esta vez, el rastro conducía fuera de España.

A París.

Capítulo 5. Un traje español de París

Ordené los últimos periódicos y continué buscando en los de los años siguientes.

En 1870 encontré una noticia que me hizo añadir un dato nuevo a mis anotaciones. Una estudiantina formada por universitarios barceloneses había salido a postular en Zaragoza.

Me detuve en los nombres de las dos ciudades.

Hasta entonces había encontrado agrupaciones por las calles de las poblaciones donde se habían formado. Ahora tenía delante a unos estudiantes que habían viajado para salir de estudiantina lejos de su ciudad. Viajaron de Barcelona a Zaragoza, dato que me obligó a documentarme. Hallé que, en aquellos años, la línea de *Diligencias de Oriente de España* comunicaba diariamente Zaragoza con Barcelona. También desde mediados de siglo existieron compañías de galeras y diligencias que transportaban viajeros y mercancías por rutas que enlazaban Madrid con numerosas poblaciones de Levante, Andalucía y el norte peninsular. Me acordé del viaje de mi bisabuelo con el arriero cuando fue a estudiar a Salamanca. Estos servicios eran más seguros ahora y estaban al alcance de las estudiantinas, por lo que entendí que -muy probablemente- la estudiantina del breve de prensa pudo desplazarse en ellos.

Añadí una nueva columna a mis notas: «Desplazamientos».

Seguí revisando los periódicos y durante los años siguientes esa columna permaneció casi vacía. Encontré estudiantinas en Salamanca, Córdoba, Granada, Cádiz, Lorca, Cartagena y otras ciudades, aunque las noticias no permitían afirmar que hubieran viajado fuera de ellas.

Entonces apareció otro elemento identitario: algunas comenzaron a tener nombre propio. Encontré la *Estudiantina Montañesa*, la *Estudiantina Cantabra*, la *Estudiantina Los Mosqueteros*, la *Estudiantina La Imperial*, la *Estudiantina Amor y Desinterés* y, cambiando el nombre desde 1877, la *Tuna de San Carlos*, la *Estudiantina La Tuna* y la *Tuna Estudiantina*.

Esta novedad me obligó a reconsiderar mis notas. El número de las estudiantinas no solo se multiplicaba, algunas empezaban a presentarse ante el público con una identidad propia.

Pero la falta de datos en mi columna de «Desplazamientos» comenzaba a hacerme dudar de su utilidad.

No por mucho tiempo.

En febrero de 1878 encontré una noticia mucho más cercana. Una estudiantina murciana había salido de la ciudad para postular en Orihuela. El periódico no daba su nombre ni explicaba el destino de lo recaudado, pero aseguraba que en menos de dos horas había obtenido ochenta duros y diecisiete reales.

Anoté «Murcia–Orihuela» en la nueva columna.

Ya tenía dos casos separados por ocho años. El primero había llevado a unos universitarios de Barcelona hasta Zaragoza; el segundo, a una estudiantina murciana hasta

Orihuela. No eran todavía suficientes para saber hasta qué punto aquellos viajes eran habituales, pero demostraban que algunas agrupaciones podían llevar sus músicas y sus cuestaciones más allá de la población donde se habían formado.

Seguí revisando las noticias de aquel año.

Entonces encontré un viaje que tuvo otra magnitud. Una estudiantina se estaba preparando en Madrid para ir a París. Dejé el lápiz sobre la mesa. ¡París! Ya no se trataba de alcanzar una población próxima ni de trasladarse de una ciudad española a otra. Aquellos hombres se proponían atravesar la frontera.

Busqué más noticias sobre ellos.

Cuanto más leía, más evidente resultaba que el viaje se había preparado con un cuidado distinto al de las salidas que había encontrado hasta entonces. No bastaba con organizar el desplazamiento y reunir estudiantes que supieran tocar un instrumento. Había que decidir también cuándo y cómo iban a presentarse.

Y fue entonces cuando mi investigación comenzó a apartarse de los caminos y a fijarse en la ropa.

Las noticias comenzaron a describir con bastante detalle la manera en que iban vestidos. Decían que llevaban bicornio con una cucharilla, ropilla y calzón corto de terciopelo negro, medias de seda, zapatos con hebillas, capa y guantes blancos. Incluso las guitarras aparecían adornadas con lazos de los colores nacionales.

Me llamó la atención la palabra *ropilla*, una antigua vestidura corta que se llevaba sobre el jubón. Su presencia, junto al bicornio y el calzón corto, reforzaba la apariencia antigua del conjunto. Aquello me hizo volver atrás.

Busqué entre mis notas las descripciones de las estudiantinas que había encontrado durante las décadas anteriores. Había visto escolares con sus propias ropas, jóvenes vestidos de estudiantes y comparsas que habían recurrido a disfraces muy distintos. Pero aquello era otra cosa.

Se trató de la Estudiantina Española y se presentaba con una indumentaria consistente en jubón y taleguilla confeccionados en terciopelo negro, camisa blanca con cuello de encajes, medias medias de seda negra y capa del mismo color, guantes blancos de cabritilla, zapatos de charol con hebilla de acero y bicornios con la cuchara alusiva a los sopistas medievales. Cuidada hasta en sus detalles, por lo que pareció lujosa. Y, además, aquel traje no se parecía en nada al que había llevado mi bisabuelo cuando estudiaba en Salamanca.

¿De dónde había salido entonces?

Volví a leer la descripción del traje y escribí un nombre junto a ella: *Lorenzo Paris*, que entonces era el responsable de la sastrería del Teatro Real de Madrid, muy familiarizado con la confección del vestuario de las compañías ópera y de zarzuela que allí se presentaban.

Aquello llamó mi atención. Algunas noticias contemporáneas que comentaron su traje hablaban de prendas ricas, de buen gusto, semejantes a las que podían verse en las modernas variaciones de zarzuela.

La coincidencia resultaba sugerente. Un traje confeccionado expresamente para una agrupación que iba a presentarse en París y, en Madrid, un hombre llamado Paris al frente de la sastrería del Teatro Real.

Aunque no encontré un figurín firmado por él ni una factura que permitiera asegurarlo, todo indicaba que Lorenzo Paris había intervenido en la creación y confección de aquella indumentaria.

La casualidad del apellido y el destino de su viaje me arrancaron una sonrisa. ¡Era un traje español de Paris! Sin acento.

Seguí el rastro de aquel traje en los años siguientes y pronto comprendí que su historia no había terminado con el regreso de París.

El enorme impacto de la visita de la Estudiantina Española al carnaval de París hizo que periódicos y semanarios españoles, franceses e ingleses informaran profusamente de lo que hacía cada día, algunos de ellos incluyendo grabados. La difusión generalizada de sus imágenes hizo que otras estudiantinas comenzaran a adoptar una indumentaria semejante. De esta manera, poco a poco, aquel traje confeccionado para una ocasión concreta empezó a identificarse con las estudiantinas, especialmente con las académicas.

Aún hubo algo que me sorprendió más.

Con el paso de los años llegó a presentarse como el verdadero traje de los antiguos estudiantes españoles. Volví a pensar en mi bisabuelo. Él había sido estudiante en Salamanca y jamás había vestido de aquella manera. Las imágenes y descripciones que había reunido sobre los estudiantes de su época contaban otra historia.

Dejé por un momento las notas sobre la indumentaria y volví a la columna que había titulado «Desplazamientos».

París había cambiado también aquello.

Al avanzar hasta 1879 encontré viajes que ya no podían considerarse excepcionales. La Estudiantina de la Universidad de Barcelona había salido a postular por Martorell, Lérida, Villafranca, Reus, Tárrega, Montblanch, Tarragona, Manresa, Sabadell, Tarrasa, Moncada, Vilanova y Geltrú y el Vendrell. La lista ocupó varias líneas en mi hoja.

Pero otra noticia me resultó mucho más cercana. La Estudiantina Escolar Murciana recorrió Madrid, Murcia, Cartagena, La Unión, Portman, El Algar y El Estrecho recaudando fondos para las víctimas de la riada de Santa Teresa.

Me detuve.

En menos de una década, mi columna había pasado de contener un viaje entre Barcelona y Zaragoza a registrar recorridos por numerosas poblaciones.

Las estudiantinas ya no aparecían únicamente vinculadas a las calles de la ciudad donde se organizaban ni se limitaban a salir durante el carnaval que las vio nacer. Ahora algunas



comenzaban a viajar, a recabar fondos con un propósito definido y a presentarse ante públicos distintos



Entonces encontré una frase publicada aquel mismo año que parecía resumir lo que estaba ocurriendo: las estudiantinas, decía el periódico, habían sido comparsas de España y ahora lo eran ya de Europa.

Esta afirmación me hizo detenerme en la palabra *Europa*. Hasta entonces había seguido los desplazamientos como un dato más: de dónde salían, adónde llegaban y, cuando la noticia lo decía, cuánto habían recaudado. Pero viajar empezaba a modificar también la propia naturaleza de algunas agrupaciones porque comenzaban a mostrarse en el extranjero.

Volví sobre mis notas. Unos estudiantes podían abandonar durante unos días su ciudad, recorrer otras poblaciones y continuar destinando lo obtenido a una causa benéfica. El viaje no cambiaba necesariamente la finalidad de la estudiantina. Lo había visto ya en varias ocasiones.

Otra cosa muy distinta sería que el viaje pudiera convertirse en su actividad habitual y que las actuaciones sirvieran para sostener económicamente a quienes las realizaban. ¿Podía una estudiantina convertirse en el *modus vivendi* de sus integrantes? ¿Podía dedicarse permanentemente a viajar y actuar? Aquello parecía difícilmente compatible con la condición estudiantil que caracterizó a la Estudiantina Española.



Busqué si había ocurrido.

No tardé en encontrar una agrupación que llevaba aquella transformación mucho más lejos: la Estudiantina Española Fígaro.

Sus integrantes habían adoptado la indumentaria que la Estudiantina Española había lucido en París, pero su actividad era muy distinta. No aparecía vinculada a un centro académico, a una cuestación ni al carnaval. Viajaba de una ciudad a otra ofreciendo conciertos en teatros y los periódicos permitían seguirla durante meses por distintos países europeos.

Junto a los nombres de los ejecutantes aparecieron además los de un director teatral y un representante. Aquello revelaba una organización diferente de la que había encontrado en las estudiantinas académicas. Había que conseguir actuaciones, preparar los desplazamientos y tratar con quienes contrataban al grupo.

Empecé a entender qué tipo de estudiantina era: una estudiantina comercial.

También había cambiado el lugar de la actuación. La calle dejaba paso al teatro. Allí el público ya no se detenía unos minutos para escuchar antes de continuar su camino: permanecía sentado frente a los músicos y esperaba un espectáculo.

Una crónica londinense me permitió verlo. Eran veinte ejecutantes, dispuestos en tres filas y vestidos con sus trajes negros y bicornios con cuchara. La actuación se intercalaba entre los actos de una zarzuela. Tocaban guitarras, bandurrias —que el cronista confundió con mandolinas— y un violonchelo. Entre las piezas tocadas figuraba la obertura de *Martha*.

La transformación era evidente. La agrupación conservaba el nombre de estudiantina y algunos de sus instrumentos, mientras su apariencia pretendía recordar al estudiante antiguo, ¡hasta se había difundido en 1878 una tarjeta postal con su alegada imagen! Pero su actividad se alejaba de las cuestaciones y del carnaval de los escolares para entrar en el mundo del espectáculo.

La Fígaro era solo una estudiantina comercial. Yo quería saber qué había ocurrido con las demás estudiantinas.

Regresé a los periódicos españoles.

Las estudiantinas seguían saliendo durante el carnaval, pero no todas gozaban de la misma consideración. A medida que avanzaban los años encontré noticias que comenzaban a mostrar preocupación por algunas de aquellas agrupaciones populares y por los problemas que ocasionaban en las calles.

En 1887 encontré una disposición madrileña que intentaba ponerles freno. Para obtener permiso para salir de estudiantina durante el carnaval había que acreditar la condición de estudiante y satisfacer, además, una tasa equivalente, como mínimo, al importe de una matrícula de segunda enseñanza.

En 1893 encontré que en Sevilla seguía siendo necesaria una licencia previa para postular por las calles. Ese mismo año, en Madrid, cada estudiantina y comparsa debía satisfacer treinta pesetas para obtener el permiso de salida durante el carnaval.

Me detuve en esas exigencias.

No se trataba solamente de pagar por ocupar las calles. Exigir una determinada cantidad, acreditar la condición de estudiante o ambas cosas permitía apartar de ellas a muchas de aquellas agrupaciones populares que habían adoptado su apariencia.

Durante décadas habían compartido las calles con las estudiantinas académicas. Ahora las autoridades trataban de establecer una frontera entre ellas.

Quise saber si aquellas restricciones habían conseguido hacerlo.

Seguí buscando.

Los periódicos demostraban que no había resultado tan sencillo. Las estudiantinas populares no desaparecieron. Continuaron saliendo durante el carnaval y adoptando una apariencia estudiantil, mientras las verdaderamente formadas por estudiantes seguían recorriendo las calles y organizando sus propias cuestaciones y, desde la década de 1870, comenzaban a crear su propia imagen y a hacer más evidente su identidad académica.

Comenzaba a importar quién vestía el traje, pero seis años después el problema seguía allí.

Aquellas medidas intentaban controlar la proliferación de agrupaciones que salían a las calles durante el carnaval y pedían dinero amparándose en una apariencia fácilmente reconocible, pero que también generaban problemas.

Miré de nuevo mis notas.

Durante buena parte del siglo, vestirse de estudiante había servido para salir a pedir por una causa benéfica, para participar en el carnaval o simplemente para divertirse. Ahora aquella misma posibilidad empezaba a ser objeto de vigilancia.

Y, sin embargo, las estudiantinas continuaban multiplicándose.

Me levanté y fui hasta el arcón.

Había empezado buscando en aquellos papeles una explicación para las noticias que tenía delante y, sin darme cuenta, llevaba horas siguiendo a hombres que habían recorrido las calles mucho antes de que yo naciera.

Busqué de nuevo entre los documentos de mi abuelo.

Cada vez entendía mejor la distancia que separaba a los estudiantes que él había conocido en Salamanca de aquellas estudiantinas de finales de siglo. No era solo el traje. También había cambiado la forma de mostrarse ante los demás.

Regresé a mis notas.

Los nombres propios que había empezado a encontrar en la década de 1870, los viajes, las referencias a universidades y centros de enseñanza y aquella nueva indumentaria parecían responder a una misma necesidad: hacerse reconocibles como estudiantes.

Y quizá no fuera casual que eso ocurriera precisamente cuando otros podían vestirse como ellos.

Subrayé las dos palabras que llevaba utilizando desde el comienzo:

Académicas. Populares.

Al principio me habían servido para ordenar los recortes. Ahora empezaban a contar una historia.

Volví a sentarme y continué revisando los periódicos.

Cuanto más avanzaba, más difícil resultaba confundir unas agrupaciones con otras. Las estudiantinas académicas aparecían vinculadas con mayor frecuencia a una universidad, un instituto o un centro de enseñanza. Algunas llevaban incluso su procedencia en el nombre.

Pensé en las primeras noticias que había encontrado. Entonces había tenido que preguntarme una y otra vez quiénes eran realmente aquellos hombres vestidos de estudiantes. Ahora los propios periódicos comenzaban a darme la respuesta.

Pero había otra diferencia.

Aquellos estudiantes viajaban.

Ya lo había visto antes. Los universitarios barceloneses habían llegado hasta Zaragoza en 1870; los murcianos habían salido hacia Orihuela en 1878; al año siguiente, la estudiantina de la Universidad de Barcelona había recorrido numerosas poblaciones catalanas y la Escolar Murciana había visitado distintas localidades recaudando fondos para los damnificados por la riada de Santa Teresa.

Hasta entonces había ido anotando cada desplazamiento como un dato más. Ahora comprendí que quizá estaba mirando el problema al revés.

No importaba solamente hasta dónde llegaban.

Importaba cómo eran recibidos cuando llegaban.

Busqué de nuevo entre los periódicos.

Hasta entonces había seguido aquellos viajes atendiendo sobre todo a los lugares por los que pasaban las estudiantinas. Empecé a leer las noticias de otra manera.

Una agrupación podía formarse en una ciudad y ser reconocida como tal a muchos kilómetros de distancia. Su nombre decía de dónde procedía; su indumentaria permitía identificarla y, cuando estaba formada por estudiantes, la referencia a la universidad o al centro de enseñanza reforzaba aquella identidad.

Pensé de nuevo en los primeros años de mi búsqueda. Entonces la palabra *estudiantina* podía obligarme a averiguar quiénes se escondían bajo un disfraz. Ahora encontraba agrupaciones que parecían empeñadas precisamente en lo contrario: en mostrar quiénes eran y de dónde venían.

Anoté la idea al margen.

Quizá los viajes hubieran contribuido a hacer necesaria aquella transformación.

Cerré uno de los periódicos y tomé el siguiente.

Quería saber si aquella manera de presentarse había continuado extendiéndose y, sobre todo, qué había ocurrido cuando el siglo llegaba a su fin.

Continué revisando los periódicos.

No tuve que esperar mucho.

En 1881 apareció la Tuna Farmacéutica en Madrid. Volví a encontrarla al año siguiente, y después en 1883 y 1884. Ese mismo 1881 encontré también la Estudiantina Ovetense y en 1884 reaparecía la Escolar Murciana.

Empecé a reconocer algunos nombres.

Hasta entonces había seguido a muchas estudiantinas durante unos cuantos días: aparecían con el carnaval, recorrían las calles y después desaparecían de los periódicos. Ahora algunas volvían a presentarse ante mí al año siguiente.

Retrocedí varias páginas de mis notas para comprobar las fechas.

Allí estaban.



No podía saber todavía si cada una de aquellas apariciones correspondía exactamente a los mismos jóvenes. Los estudiantes terminaban sus estudios, otros ocupaban su lugar y las agrupaciones podían cambiar, pero el nombre permanecía.

Aquello sí era nuevo para mi investigación.

Ya no seguía únicamente a estudiantes que se reunían para formar una estudiantina. Empezaba a encontrar estudiantinas que podían sobrevivir a quienes las habían formado.

Mis búsquedas fueron más cuidadosas desde entonces.

La Tuna Farmacéutica me sirvió de guía. Su nombre aparecía durante cuatro años consecutivos. No podía asegurar que fueran siempre los mismos estudiantes, pero tampoco parecía una de aquellas agrupaciones que nacían con el carnaval y desaparecían al terminar los festejos.

Marqué sus cuatro fechas: 1881, 1882, 1883 y 1884.

Después hice lo mismo con las demás.

Algunas aparecían una sola vez. Otras regresaban después de uno o varios años. La Estudiantina Ovetense, que había encontrado en 1881, volvía a aparecer en 1887 y 1888. La de Derecho de Valencia dejaba un rastro todavía más largo: 1875, 1878, 1885, 1887, 1888...

Dejé el lápiz.

Los nombres comenzaban a tener una historia propia.

No podía afirmar que aquellas agrupaciones hubieran funcionado ininterrumpidamente entre una fecha y otra. Los periódicos solo me permitían saber que el mismo nombre reaparecía.

Pero eso ya era suficiente para distinguirlas de muchas de las comparsas que había encontrado al comienzo de mi investigación, de las que no había vuelto a encontrar noticias.

Volví a pensar en mi abuelo.

Para él, ser estudiante había sido una condición que terminaba. Llegaba el último curso, se obtenía el grado y aquella vida quedaba atrás. Sin embargo, una estudiantina vinculada a una facultad o a una universidad podía continuar cuando algunos de sus integrantes ya no estuvieran allí. Otros estudiantes podían ocupar su lugar.

Quizá la verdadera novedad no fuera que aquellos jóvenes se reunieran cada carnaval, sino que empezaran a recibir algo de quienes los habían precedido y pudieran dejárselo a quienes vinieran después.

Subrayé la frase.

Si aquello era cierto, tenía que encontrar alguna prueba.

Volví a los periódicos.

Esta vez ya no buscaba estudiantinas. Buscaba algo más difícil de encontrar: una señal de que quienes llegaban sabían que otros habían estado allí antes que ellos.

Repasé las noticias que había reunido. Los mismos nombres aparecían separados por varios años, pero aquello no bastaba. Tampoco bastaba con que pertenecieran a la misma facultad o universidad. Una agrupación podía desaparecer y otra recuperar después su nombre sin que hubiera existido relación alguna entre ambas.

Necesitaba algo que hubiera pasado de unos estudiantes a otros.

Un objeto, una costumbre, unas canciones, unas normas... cualquier indicio de que los nuevos no empezaban siempre desde el principio.

La búsqueda se hizo más lenta.

Pasé varios periódicos sin encontrar nada que pudiera servirme. Había actuaciones, cuestaciones, viajes, nombres de integrantes y descripciones de trajes, pero ninguna de aquellas noticias respondía todavía a mi pregunta.

Empecé a pensar que quizá estaba buscando demasiado pronto.

Cerré el último periódico y miré las fechas que había escrito sobre la mesa.

1881. 1882. 1883. 1884.

Cuatro años podían demostrar que un nombre reaparecía, no que existiera una tradición.

Taché la palabra que había escrito al margen y continué buscando.

Si aquello era cierto, tenía que encontrar alguna prueba.

La busqué durante un buen rato.

No la encontré.

Tenía nombres que reaparecían, estudiantinas vinculadas a las mismas facultades, pero noticias separadas por varios años. Nada de aquello demostraba que unos estudiantes hubieran recibido la agrupación de quienes los precedieron o, dicho de otra manera, nada permitía pensar todavía que existiera la tradición de una institución —la estudiantina o tuna— que perviviera a sus integrantes.

Podía haber ocurrido. También podía suceder que, al llegar el carnaval, nuevos estudiantes recuperasen un nombre que ya conocían o formasen otra estudiantina semejante a las anteriores. Terminado el carnaval, la agrupación podía desaparecer hasta el carnaval siguiente.

Miré la frase que acababa de subrayar.

Me había adelantado.

Tracé una línea a su lado y escribí:

Por demostrar.

Aquello no invalidaba lo que había encontrado. La Estudiantina de San Carlos, por ejemplo, aparecía una y otra vez desde 1877 y seguía dejando noticias durante los años siguientes. Era un buen ejemplo de aquellas agrupaciones vinculadas a una misma casa de estudios que habían recibido diferentes nombres a lo largo del tiempo: Estudiantina del Colegio de Medicina de San Carlos, Estudiantina *Tuna de San Carlos*, Estudiantina *La Tuna de San Carlos* y *Tuna de San Carlos*, entre otros, hasta adoptar la denominación de Tuna de Medicina de la Universidad Complutense. Pero aquella sucesión de denominaciones solo demostraba que las agrupaciones vinculadas a San Carlos reaparecían en las fuentes. No demostraba todavía que una hubiera

recibido de la anterior algo que después transmitiera a la siguiente, ni que mantuviera una actividad continuada durante el resto del año.

Continué pasando hojas.

Quizá estaba buscando la prueba equivocada.

No necesitaba encontrar un objeto entregado de mano en mano para comprobar que algo estaba cambiando. Había otras cosas que sí podía seguir en los periódicos: la forma de vestir, los instrumentos, los nombres de las agrupaciones, sus viajes, las cuestaciones y la manera en que se presentaban ante el público.

Esas sí dejaban rastro.

Volví unas páginas atrás y empecé a compararlas.

Una fecha me obligó a detenerme.

Octubre de 1879, en las antípodas del carnaval.

Entre las estudiantinas que salieron entonces encontré precisamente a la del Colegio de Medicina de San Carlos. No era la única. También aparecían una estudiantina de la Facultad de Derecho de Madrid, otra escolar en Granada y una del Cuerpo Escolar Salmantino. En Valencia, otra había emprendido una gira por Alcoy, Cocentaina, Muro y Onteniente.

Repasé las fechas.

Octubre. Noviembre.

Hasta entonces había pensado en los días de las fiestas de máscaras como el momento que explicaba la aparición y desaparición de aquellas agrupaciones. Pero aquella estudiantina estaba saliendo varios meses antes de las Carnestolendas.

Volví a la frase que acababa de escribir:

Terminado el carnaval, la agrupación podía desaparecer hasta el carnaval siguiente.

Podía, pero no siempre ocurría.

Al menos algunas estudiantinas académicas tenían actividad fuera de aquellas fiestas. Eso cambiaba una parte del problema, aunque no resolvía la otra. Que la de San Carlos apareciera en febrero y volviera a hacerlo en octubre no demostraba que hubiese mantenido una actividad continua durante los meses intermedios. Mucho menos que los estudiantes de un año hubieran transmitido la agrupación a los del siguiente, lo que habría implicado una actividad continuada.

Pero el carnaval ya no bastaba para explicarlo todo.

Hice una nueva anotación junto a las anteriores:

Actividad fuera del carnaval.

Y continué buscando.

Hasta entonces había pensado en los días de las fiestas de máscaras como el momento que explicaba la aparición y desaparición de aquellas agrupaciones. Pero aquella estudiantina estaba saliendo cuando faltaban todavía varios meses para las Carnestolendas.

Busqué otras noticias de aquellas mismas fechas.

Aparecieron enseguida. En Madrid salía también la Estudiantina de la Facultad de Derecho; en Granada, la Estudiantina Escolar; y en Salamanca, otra del Cuerpo Escolar. Desde Valencia, una estudiantina había emprendido una gira que la llevaría por Alcoy, Cocentaina, Muro y Onteniente.

Ya no podía considerarlo una excepción.

Añadí las fechas junto a las anteriores. El carnaval seguía ocupando un lugar importante en la vida de aquellas agrupaciones, pero había dejado de ser su único escenario.

Eso explicaba algo que hasta entonces no había sabido ver.

Las estudiantinas comenzaban a salir del carnaval.

Escribí la frase y me quedé mirándola.

No significaba que hubieran abandonado las Carnestolendas. Mucho menos que los estudiantes de un año hubieran transmitido la agrupación a los del siguiente, lo que habría supuesto cierta continuidad entre un curso y otro. Los periódicos no me permitían llegar tan lejos pero algunas se pudieron reunir y actuar cuando no había máscaras en las calles. Y, si podían, la pregunta no era solamente cuánto duraban sino ¿qué las reunía cuando no era el carnaval quien las convocaba?

Sin embargo, una fecha me obligó a detenerme.

Octubre de 1879, en las antípodas del carnaval. Busqué otras noticias de aquellas mismas fechas y ví que no fue la única.

En Madrid salían también otras estudiantinas vinculadas a los estudiantes. Y lo mismo sucedía en otros lugares del país. La explicación apareció enseguida. Los días 14 y 15 de octubre una riada causó enormes daños en Murcia y otras zonas del Levante: aquellas estudiantinas salieron a pedir dinero para los damnificados.

Esto cambiaba algo, pero no resolvía todavía el problema, quizás estaba buscando la continuidad en el lugar equivocado.

Me quedé pensando en ello.

¿Qué significaba entonces que una estudiantina continuara existiendo?

Aquello demostraba que a finales del siglo XIX el carnaval no era imprescindible para reunir una estudiantina, pero seguía sin demostrar que permaneciera activa durante el resto del año.

Necesitaba buscar otro tipo de noticias.

Dejé a un lado, por el momento, las que hablaban de cuestaciones y viajes. Empecé a fijarme en aquellas que pudieran revelar lo que ocurría entre sus salidas: reuniones, ensayos, juntas, elección de cargos, preparación de repertorios o cualquier otra actividad que obligara a la agrupación a seguir existiendo cuando no estaba en la calle.

Y añadí una segunda búsqueda.

Si los estudiantes se renovaban con los años, algo tendría que permanecer para poder hablar de una misma agrupación. El nombre podía ser una pista, pero ya había comprobado que no bastaba. Busqué entonces otras: la facultad a la que pertenecían, la manera de organizarse y, sobre todo, cualquier indicio de que quienes llegaban recibieran algo de quienes se marchaban.

Que una estudiantina pudiera reunirse fuera del carnaval demostraba que su actividad no dependía necesariamente de aquellas fiestas, pero no que mantuviera una actividad continuada durante el resto del año.

Los periódicos de aquellos años todavía no me daban la respuesta.

Pero había otra cuestión.

Aunque consiguiera demostrar que una estudiantina permanecía activa durante varios meses, todavía tendría que averiguar qué sucedía cuando terminaba el curso y algunos de sus integrantes abandonaban la Universidad. Dicho de otra manera: que una estudiantina pudiera reunirse fuera del carnaval demostraba que su actividad no dependía necesariamente de aquellas fiestas, pero no que mantuviera una actividad continuada durante el resto del año.

Miré nuevamente los nombres que había ido anotando.

Si una agrupación sobrevivía a sus miembros, algo tenía que pasar de unos estudiantes a otros.

¿Qué?

Dividí una hoja en varias columnas: Nombre. Facultad. Indumentaria. Repertorio. Organización y volví a los periódicos y busqué entre las imágenes.

Su vestimenta me llamó la atención. El traje lucido por la Estudiantina Española en 1878 había sido creado para una agrupación y un viaje concretos. La cuestión era saber qué había ocurrido después. Si aquel traje reaparecía en estudiantes que no habían formado parte de la expedición a París, ya no estaría siguiendo solamente una indumentaria.

Estaría buscando una transmisión.

Empecé a buscar aquella ropa en las estudiantinas que aparecieron después.

No esperaba encontrar una copia exacta. Tampoco la Estudiantina Española había vestido un uniforme académico. Aquel traje había sido confeccionado con prendas de diferentes siglos para una ocasión concreta y sus elementos podían modificarse, desaparecer o combinarse de otra manera.

Pero la imagen sobrevivió.

El bicornio, el jubón, la taleguilla, el manteo... comenzaron a reaparecer, con variaciones, en agrupaciones que nada tenían que ver con aquellos estudiantes que habían viajado a París.

Aquello sí era diferente. Ya no estaba siguiendo a los mismos hombres. Estaba siguiendo una manera de parecer estudiante.



Cuanto más avanzaba en los años, más evidente resultaba que aquella estética comenzaba a servir también para distinguir a las estudiantinas formadas por universitarios de muchas de las comparsas populares que seguían saliendo durante el carnaval. El traje había empezado a adquirir una función que no había tenido en París, ahora identificaba.

Todavía faltaba algo. Un traje semejante podía ser imitado por cualquiera. Si aquellos estudiantes querían mostrar no solo que vestían como estudiantes, sino qué estudiaban y a qué casa de estudios pertenecían, necesitaban añadir otras señales.

Aquello me obligó a distinguir dos cosas que hasta entonces había mantenido unidas.

Una agrupación podía desaparecer y, sin embargo, dejar algo detrás.

Los estudiantes que habían viajado a París en 1878 no necesitaron seguir reuniéndose para que otros adoptaran su manera de vestir. Tampoco era necesario que unos entregasen personalmente el traje a quienes vinieran después. Bastaba con que aquella imagen fuese conocida,

imitada y nuevamente utilizada. La continuidad de la agrupación y la continuidad de su apariencia no eran, por tanto, la misma cosa.

Volví a mis anotaciones.

Nombre. Facultad. Indumentaria. Repertorio. Organización.

El traje empezaba a darme una respuesta, pero las demás columnas seguían casi vacías.

Si quería saber si alguna de aquellas estudiantinas había llegado a sobrevivir a la generación que la había formado, necesitaba encontrar algo más difícil de transmitir por simple imitación.

Una organización.

Busqué entonces noticias que mencionaran presidentes, directores, juntas, reuniones o cualquier otra señal de que detrás de los músicos existía algo más que un grupo reunido para una salida aunque la organización tampoco era nueva.

La propia Estudiantina Española de 1878 había tenido presidente, vicepresidente y cajero, incluso se había regido por un reglamento que sus integrantes debían respetar.

Anoté aquellos datos junto a los demás.

Presidente. Vicepresidente. Cajero. Reglamento.

Ya no parecía una reunión improvisada de estudiantes que decidían salir juntos durante unos días. Habían distribuido responsabilidades y establecido unas normas para organizarse, pero volvía a tropezar con el mismo obstáculo.

Un presidente, un reglamento o un traje demostraban que la agrupación había estado organizada mientras existió, no que hubiese sobrevivido a quienes la formaron.

Seguí avanzando en los años.

Los nombres de algunas estudiantinas reaparecían y también lo hacía su vinculación con determinadas Facultades universitarias. Poco a poco las noticias comenzaron a mencionar presidentes, secretarios, tesoreros y hasta directores musicales.

En 1888 encontré una descripción especialmente detallada. La Estudiantina Madrileña formada por estudiantes de Derecho y Medicina tuvo presidente, tesorero, secretario y hasta un director de orquesta y un cabo de panderos.

Comparé ambas anotaciones.

La organización se había hecho más compleja, pero seguía faltándome lo esencial: ¿aquellos cargos pertenecían a una agrupación que continuaba de un curso al siguiente o volvían a crearse cada vez que los estudiantes decidían formar una estudiantina?

Los periódicos podían decirme quién era presidente en un año y necesitaba encontrar qué ocurría en el año siguiente.

Seguí sus denominaciones durante varios años. Algunas aparecían con sorprendente frecuencia. La Estudiantina Compostelana figuraba en las noticias de 1888, 1889, 1890 y 1891. La de Medicina de Valencia aparecía en 1888 y 1889 y volvería a hacerlo después. La de Salamanca generaba noticias casi todos los años entre 1886 y 1890.

Era tentador trazar una línea entre aquellas fechas, pero no lo hice.

Que el mismo nombre apareciera durante varios años consecutivos seguía sin demostrar que la agrupación hubiera permanecido constituida entre una salida y la siguiente. Podía disolverse y volver a formarse. Podían cambiar todos sus integrantes y conservar el nombre. Incluso podían coincidir el nombre y la procedencia sin que existiera relación alguna entre quienes lo habían utilizado antes y quienes lo recuperaban después.

Los periódicos no me permitían saberlo.

Y encontré razones para mantener aquella cautela. Las estudiantinas seguían organizándose para una salida concreta, ensayaban durante los días anteriores y podían desaparecer después de cumplir el propósito para el que se habían formado. Algunas volvían a crearse al año siguiente; otras tardaban varios años en reaparecer.

Taché una palabra que había escrito al margen:

Permanencia.

Debajo escribí otra:

Reaparición.

Era lo único que podía afirmar.

Sin embargo, mientras intentaba seguir a las agrupaciones, había dejado de prestar atención a algo que sí estaba permaneciendo.

Volví unas páginas atrás.

El traje.

Eso era una continuidad distinta.

Los hombres cambiaban. Las estudiantinas podían disolverse y volver a organizarse. Sus nombres aparecían, desaparecían y reaparecían, incluso se modificaban, pero la imagen que había comenzado a difundirse desde 1878 seguía allí.

No siempre era idéntica. Encontré variaciones en las prendas y también otras formas de vestir. Algunas agrupaciones continuaban utilizando el traje escolar vigente y otras escogían indumentarias diferentes, pero entre las estudiantinas universitarias se había extendido el uso de la vestimenta usada por la Estudiantina Española.

Entonces comprendí que había estado buscando la transmisión solamente donde resultaba más difícil demostrarla. Quizás la tradición no necesitara conservar intacta una



agrupación para comenzar a formarse, podía transmitirse mediante la manera de presentarse ante los demás.

Seguí el rastro de aquella ropa.

Recordé que en 1878 los estudiantes de la Universidad de Valencia habían conseguido autorización para llevar un pequeño lazo del color correspondiente a su Facultad en el ojal de su levita de su traje escolar. Diez años después encontré estudiantes de distintas universidades que mostraban aquellos distintivos de color.

Entonces eso perteneció a la vida académica y no necesariamente a las estudiantinas, pero unos años más tarde ambas cosas terminaron encontrándose.

En 1893 una noticia describía una estudiantina organizada por estudiantes de Derecho, Medicina y Carreras Especiales vistió lo que el periódico llamó el traje «de estudiantes de la española antigua», consistente en sombrero de pico (el bicornio) y manteo negro, y llevarían prendido en la manga un lazo del color de la Facultad que cada uno estudiaba.

Me detuve.

¡Allí estaba!

El traje que quince años antes usaron los hombres que viajaron a París había cambiado de significado: Ya no bastaba con parecer un estudiante antiguo, había que parecer también un estudiante verdadero.

El lazo decía algo que el jubón, el manteo o el sombrero no podían decir: Derecho, Medicina, una carrera determinada, vinculando la apariencia de sus componentes con los estudios reales de quien lo llevaba.

Recordé entonces las disposiciones que había encontrado para controlar las estudiantinas durante el carnaval. La preocupación por distinguir a los estudiantes de quienes simplemente se vestían como ellos empezaba a cobrar otro sentido.

Durante décadas cualquier persona había podido adoptar una apariencia estudiantil, ya fuera mediante determinadas ropas o recurriendo abiertamente al disfraz, tomar una guitarra y salir a la calle formando parte de una estudiantina. Ahora algunos universitarios comenzaban a apropiarse de aquella misma apariencia para convertirla en una señal de identidad académica.

La paradoja era difícil de ignorar: para distinguirse de quienes se disfrazaban de estudiantes, los escolares habían terminado por adoptar un traje que no procedía de las aulas.

No podía demostrar todavía que una misma estudiantina hubiera permanecido activa año tras año ni que sus integrantes hubieran entregado formalmente a los siguientes un repertorio o unos cargos. Las noticias no llegaban tan lejos, pero sí podía ver cómo determinados elementos pasaban de unas agrupaciones a otras y adquirían nuevos significados.

El nombre de algunas reaparecía.

La pertenencia a una Facultad se hacía cada vez más explícita, los cargos mostraban organización en las agrupaciones y el traje proporcionaba una imagen que podía sobrevivir a quienes lo habían vestido.

Quizá allí estuviera una parte de la respuesta que llevaba buscando desde que abrí los papeles de mi abuelo.

Las tradiciones no siempre conservaban aquello de lo que decían proceder, a veces conservaban aquello que las generaciones siguientes habían decidido repetir.

Cerré el periódico.

Sobre la mesa quedaba la fotografía de aquellos hombres vestidos de negro antes de partir hacia Francia.

Volví a mirar sus taleguillas, jubones y la pequeña cuchara colocada en los bicornios como falsa prueba de su alegado origen medieval.

Pensé en mi bisabuelo, caminando por Salamanca más de treinta años antes con su sotana y su manteo.

Los dos parecían pertenecer al mismo pasado, pero solo uno de aquellos trajes había llegado desde las aulas. El otro había pasado por la sastrería de un teatro y, sin embargo, fue ese el que terminó pareciendo antiguo.

Sonreí al volver a leer el nombre.

¡Un traje español de París! Tenía guasa su ironía.

Seguí buscando fotografías, grabados y descripciones. Si aquella indumentaria estaba convirtiéndose realmente en una señal de identidad, debía poder seguir sus cambios durante los años siguientes.

Pronto comprobé que el proceso no había sido inmediato.

Las estudiantinas universitarias no comenzaron a vestir todas de la misma manera después de 1878. Algunas conservaron prendas relacionadas con el traje escolar y otras adoptaron indumentarias diferentes. El bicornio tampoco se impuso en todas ellas. Había sombreros de distintas formas y agrupaciones que prescindían de él.

Sin embargo, entre aquella variedad aparecía una imagen que se repetía: jubón y taleguilla negros, manteo y, en ocasiones, el bicornio. No era difícil reconocer en ella la misma apariencia que había usado la Estudiantina Española en París.

Comparé algunas de aquellas imágenes con la fotografía de 1878.

Era un modelo que las estudiantinas universitarias podían usar y modificar sin dejar de resultar reconocible. Eso explicaba por qué no encontraba un momento preciso en el que pudiera escribir: «desde aquí vistieron así». No había ocurrido de ese modo, su adopción fue progresiva. Durante aquellos años convivieron distintas maneras de presentarse como estudiantes, pero la imagen difundida en 1878 había encontrado un lugar entre ellas y comenzaba a generalizarse.

Entonces recordé algo que había encontrado mucho antes: los estudiantes llevaban décadas intentando hacerse reconocibles como tales.

Ahora recordaba dos noticias que me señalaban el camino: en 1878 los estudiantes de la Universidad de Valencia empezaron a llevar un pequeño lazo del color de sus estudios en la solapa de su traje escolar y, en 1893, una estudiantina llevó un lazo con el color de los estudios de cada integrante prendido en la manga.

Quince años separaban esas noticias. El distintivo que había aparecido sobre el traje académico estaba ahora también sobre el de una estudiantina.

Volví al papel y anoté por separado *Traje y Distintivo académico*.

Durante algún tiempo habían seguido caminos distintos. Uno proporcionaba a las estudiantinas una apariencia reconocible; el otro permitía identificar los estudios de quien lo llevaba. En 1893 los encontré juntos.

Aquello añadía algo nuevo al traje. Ya no se trataba solamente de parecer un estudiante de otros tiempos. El lazo vinculaba aquella apariencia con los estudios que realmente cursaba quien lo llevaba.

Pensé de nuevo en las disposiciones que había encontrado para controlar las estudiantinas durante el carnaval. Durante décadas cualquier persona había podido adoptar una apariencia estudiantil, ya fuera mediante determinadas ropas o recurriendo abiertamente al disfraz, tomar una guitarra y salir a la calle formando parte de una estudiantina. Ahora algunos universitarios comenzaban a utilizar aquella misma apariencia para hacer más visible su identidad académica.

La paradoja era difícil de ignorar.

Para distinguirse de quienes se vestían de estudiantes sin serlo, los propios estudiantes habían terminado adoptando una indumentaria que tampoco procedía de las aulas.

Miré otra vez la fotografía de 1878.

Aquel no había sido el traje de los estudiantes de la época de mi bisabuelo. Las imágenes y descripciones que había reunido sobre ellos mostraban otra indumentaria. Sin embargo, aquel modelo había comenzado a repetirse hasta acabar siendo reconocido como una forma de vestir propia de las estudiantinas universitarias.

Volví a mirar el nombre que había anotado junto a mis pesquisas sobre su confección.

Lorenzo Paris.



Aquel traje no había sido el utilizado por mi bisabuelo. Tampoco había sido el uniforme de los antiguos escolares españoles que las noticias posteriores parecían querer reconocer en él. No tenía una factura ni un figurín que demostrara que hubiera salido de sus manos. Había surgido en otro tiempo y para otra circunstancia, sin embargo, las noticias me llevaban hasta el responsable de la sastrería del Teatro Real en aquellos primeros meses de 1878.

Sonreí al volver a leer el nombre.

¡Un traje español de París! Tenía guasa su ironía.

Capítulo 6. La locura parisina por las bandurrias

Súbitamente me impactó la cantidad de periódicos nacionales y extranjeros que encontré en el archivo central hablando de una estudiantina que preparaba un viaje a París. Aquello era novedoso. Hasta entonces había encontrado estudiantinas que viajaban de una ciudad a otra, pero ninguna que se propusiera acudir al carnaval de otro país. Su expedición había sido seguida por la prensa con tal minuciosidad que era posible conocer incluso pequeños detalles.

El primer artículo que encontré era del 8 de febrero de 1878. Aquella tarde, en un café de la calle del Clavel de Madrid, varios alumnos del Conservatorio se habían reunido para organizar una estudiantina. La idea era visitar París durante el carnaval. Tropezaron al principio con algunas dificultades, pero siguieron adelante porque, se decía, contaban con el apoyo del ministro de Fomento.

Con el paso de los días, la prensa comenzó a identificarla como la Estudiantina Española. Decía que la formaban sesenta jóvenes de familias acomodadas, que llevarían trajes vistosos y tocarían piezas musicales españolas con bandurrias y guitarras. También que, una vez constituida, tendría un reglamento cuyo cumplimiento debía vigilar su presidente.

Tal era su entusiasmo que en aquella primera fecha iniciaron sus ensayos.

Aquello explicaba parte de lo que había venido leyendo.

Seguí buscando. Cuanto más avanzaba, más detalles aparecían.

Los periódicos hablaban de sus ensayos y otros pormenores de su preparación. Las cifras no siempre coincidían, pero todas aquellas noticias hablaban de la misma expedición.

Incluso antes de partir ya daban serenatas.

Una de ellas había sido ante la familia real exiliada en la capital del Sena. Otra, ante la redacción de un periódico. La prensa ya describía sus trajes como elegantes y hablaba del cuidado con que ejecutaban el repertorio que pretendían llevar a Francia.

Todo me hizo pensar que no se trataba de una estudiantina improvisada para salir unos días durante el carnaval. Habían preparado el viaje. No se habían limitado a reunir instrumentos y escoger un disfraz para marcharse a París. Habían organizado la expedición.

Sin embargo, cuanto más intentaba averiguar quiénes eran aquellos jóvenes, más desconcertantes resultaban algunas noticias.

Otro artículo ofrecía la relación de instrumentos que llevarían: guitarras, bandurrias, flautas, violines y panderas, además de un director y varios postulantes. Al día siguiente, otro periódico publicaba cifras distintas para algunos de ellos, aunque mantenía el total de sesenta.

No podía saber cuál de las relaciones era exacta.

Pero encontré un detalle que me interesó más.

Llevaban postulantes.

Me detuve en aquella palabra.

Después de tantos años siguiendo estudiantinas que salían a las calles para pedir, la cuestación reaparecía ahora en una agrupación que pretendía recorrer París. Pero había una diferencia importante. La prensa insistía en que aquellos jóvenes pertenecían a familias acomodadas y uno de los periódicos se apresuró incluso a desmentir que hubieran solicitado ayuda para costear el viaje. Admitían algunos obsequios que les habían hecho, decía, pero no habían pedido socorro a nadie para realizarlo.

Entonces, ¿para qué llevaban postulantes?

Dejé la pregunta anotada.

Todavía no tenía respuesta.

Aunque posteriormente se aportaron sus nombres y estudios que cursaban, inicialmente tampoco resultaba fácil de precisar más la identidad de aquellos jóvenes. Los primeros artículos

hablaban de alumnos del Conservatorio y más adelante encontré que buena parte procedía del propio Conservatorio y de la Facultad de Medicina de Madrid.

Aquello me interesó.

No se trataba de una de aquellas comparsas cuyos integrantes se limitaban a vestirse de estudiantes durante el carnaval. Al menos una parte importante de la Estudiantina Española estaba formada realmente por escolares.

Meses después, cuando aquella cuestión llegó a ser discutida públicamente, los propios integrantes terminaron dando una respuesta mucho más precisa: hicieron públicas sus carreras y sus nombres. Los estudiantes de Medicina constituían el grupo más numeroso, aunque también los había de Derecho, Farmacia, Ciencias, Filosofía y Letras y otras enseñanzas, así como del Conservatorio y de Bellas Artes. Entonces desaparecieron buena parte de mis dudas. Era, pues, una verdadera estudiantina académica.

Había otro detalle que mostraba hasta qué punto habían preparado el viaje. Con ellos iría un dibujante encargado de enviar a los periódicos ilustrados imágenes de los principales episodios y recepciones de la expedición.

Aquello me sorprendió. No solo habían ensayado, elegido un repertorio, organizado sus instrumentos y establecido un reglamento. También habían previsto que quedara constancia gráfica de lo que sucediera durante el viaje.

A finales de febrero todo estaba dispuesto.

La prensa anunció que saldrían de Madrid en el tren expreso del Norte. Incluso en esto encontré alguna vacilación sobre la fecha, pero finalmente emprendieron el viaje hacia Francia.

El trayecto empezó a dejar noticias antes de que alcanzaran su destino. En Valladolid, una comisión de estudiantes acudió a la estación para saludarlos. También en Hendaya los recibieron con entusiasmo.

Aquello me hizo detenerme.

Recordé la llegada de las estudiantinas a Santander que había encontrado apenas dos años antes. Ahora volvía a suceder, pero esta vez el tren no llevaba a una estudiantina de una ciudad española a otra. Iban camino de París, donde llegaron la noche del 2 de marzo.

El presidente de la Estudiantina había comunicado que el viaje había transcurrido sin novedad y mencionó las ovaciones recibidas en Valladolid y Hendaya.

Pero lo que ocurrió aquella misma noche en París me hizo volver a leer la noticia.

Tocaron ante el palacio de la Embajada de España y la aglomeración de público llegó a interrumpir la circulación por el muelle d'Orsay. Después atravesaron los bulevares. Apenas podían abrirse paso entre la gente que los rodeaba y, según la crónica, a cada momento se escuchaban bravos. Finalmente dieron un concierto en el Círculo de la Prensa, donde fueron agasajados.

Aquello acababa de empezar.

Miré los periódicos que todavía quedaban sobre la mesa. Me parecieron demasiados.

Cuando el director me había encargado aquel trabajo sobre el carnaval y las estudiantinas en provincias, había imaginado una serie de artículos en la que Murcia ocuparía un lugar entre otras ciudades. Pero la documentación que estaba reuniendo comenzaba a desbordar aquel propósito.

Lo de París no cabía en unas pocas líneas.

Había periódicos españoles y franceses, crónicas de sus actuaciones, noticias de sus desplazamientos y recepciones, grabados y referencias que se sucedían casi a diario. Por primera vez pensé que quizá no estaba reuniendo materiales para el artículo que me habían encargado.

Tal vez había empezado a escribir algo más ambicioso.

No quise decidirlo todavía.

Seguí leyendo.

Al día siguiente hicieron su primera salida por las calles de París. Recorrieron el boulevard y la calle de Montmartre, tocaron ante el palacio del Elíseo y volvieron a la Embajada. La multitud comenzó nuevamente a reunirse a su paso.



Cuanto más avanzaba, más difícil resultaba considerar aquellas aglomeraciones una simple curiosidad provocada por la llegada de unos estudiantes españoles vestidos de manera llamativa.

Una noticia recogía una pregunta que, según un periódico parisino, los habitantes de la ciudad empezaban a hacerse:

—¿Dónde tocará hoy la Estudiantina Española?

Me detuve.

Apenas era su primer día en París.

Las noticias siguientes confirmaron que aquello no disminuía.



Una de ellas me hizo detenerme especialmente. La Estudiantina había acudido a la redacción de *Le Figaro*. Mucho antes de que llegara, la gente comenzó a concentrarse en las calles próximas al edificio. Cuando aparecieron los estudiantes, la multitud era tal que tuvieron dificultades para alcanzar la entrada.

La cifra que daba uno de los periódicos me pareció extraordinaria.
Más de diez mil personas.

Decía que habían escuchado los aires españoles en silencio y que solo al terminar cada pieza estallaban los bravos y los vítores. Otra crónica describía los bulevares y las calles próximas ocupados por un inmenso gentío. La curiosidad había llegado a tal extremo que algunos integrantes tuvieron que tocar desde el balcón para que quienes permanecían fuera pudieran escucharlos.

Intenté imaginar la escena. Una calle repleta de personas que habían acudido únicamente para escuchar a aquella estudiantina llegada de Madrid. Ya no podía atribuirlo solamente a la curiosidad que despertaban sus trajes.

Entre todas aquellas noticias, encontré otra que me interesó de manera distinta. Los estudiantes franceses habían empezado a movilizarse para recibirlos.

Cerca de un centenar fueron a buscarlos a su alojamiento. Hubo discursos de bienvenida y después españoles y franceses marcharon juntos hacia la Prefectura del Sena. La comitiva fue creciendo a medida que avanzaba y, en algunos lugares, la policía tuvo que abrirles paso entre la multitud. Desde allí continuaron hacia el Barrio Latino.

Aquello cambiaba algo.

Hasta entonces había seguido a una estudiantina española recorriendo París y despertando la curiosidad de sus habitantes. Ahora eran otros estudiantes quienes salían a su encuentro.

Como era costumbre en la época, cuando una estudiantina visitaba una ciudad debía saludar a las autoridades locales, incluidas las académicas. En este caso se supo que visitaron a los decanos de Medicina y Derecho y que numerosos compañeros los esperaban. Hubo discursos y brindis por la fraternidad entre las universidades españolas y francesas.

Volví a pensar en el encargo del director.

El carnaval y las estudiantinas en provincias.

París quedaba bastante lejos de las provincias españolas.

Anoté al margen:

Hablar con el director.

Después continué.

Entre todas las visitas hubo una que aparecía una y otra vez en los periódicos. Era la realizada a la redacción de *Le Figaro*. Las noticias no siempre coincidían al fecharla y llegué a pensar que quizá habían acudido allí más de una vez. Pero todas describían algo semejante: una multitud que se concentraba alrededor del edificio para verlos y escucharlos.

Una de las crónicas hablaba de más de diez mil personas.

Volví a mirar la cifra.

¡Diez mil!

Los bulevares y las calles próximas estaban abarrotados. Los coches en que viajaban los estudiantes no pudieron alcanzar la puerta y los agentes tuvieron dificultades para abrirles paso. Cuando intentaron salir para tocar ante quienes esperaban en la calle, la aglomeración era tal que tuvieron que retroceder y algunos instrumentos resultaron dañados.

La solución fue tocar desde el balcón.

Intenté imaginarlo: aquellos jóvenes asomados con sus instrumentos mientras abajo la calle permanecía ocupada por una multitud que había acudido para escucharlos.

Una de las crónicas decía que el público guardaba silencio mientras sonaban los aires españoles y que, al terminar cada pieza, estallaban los bravos y los vítores.

Ya no parecía simple curiosidad.

Seguí pasando páginas.

Hasta entonces las noticias habían descrito multitudes, calles bloqueadas, aplausos y personas que esperaban durante horas para verlos pasar. Pero encontré una crónica cuyo comienzo parecía querer resumir todo aquello:

—No es entusiasmo ya, es locura.

El corresponsal aseguraba que París apenas se ocupaba de otra cosa. Me pareció una exageración periodística, pero las noticias que tenía extendidas sobre la mesa empezaban a darle algún fundamento.



Y aún me quedaban muchas por revisar.

Aquellos jóvenes que pocas semanas antes ensayaban en un café de Madrid habían terminado llamando a la puerta de uno de los escritores más célebres de Francia.

No fue la única visita. Las invitaciones y compromisos comenzaban a sucederse y la prensa anunciaba nuevas actuaciones. Estaba previsto que tocaran gratuitamente en el jardín de las Tullerías, que acudieran a Versalles y que, antes de abandonar París, ofrecieran un concierto a favor de los establecimientos de beneficencia.



Aquella última noticia me hizo detenerme.

Beneficencia.

Volvía a encontrarla.

Desde aquellas primeras estudiantinas que había seguido durante el cólera de Murcia, la cuestación y la ayuda a los necesitados habían aparecido una y otra vez en mis notas. Ahora, en París, la encontraba de nuevo, aunque de una forma distinta.

Recordé entonces la pregunta que había dejado anotada antes de que emprendieran el viaje.

¿Para qué llevaban postulantes?

Busqué la página de mi cuaderno y la dejé abierta junto al periódico.

Quizá empezaba a acercarme a una respuesta.

La Estudiantina tenía previsto ofrecer antes de abandonar París un concierto a beneficio de establecimientos de beneficencia. Aquello me resultaba familiar. Desde que había comenzado mi investigación, la ayuda a los necesitados aparecía una y otra vez vinculada a las estudiantinas.

Pero no era exactamente lo mismo. Aquí la beneficencia aparecía asociada a un concierto.

Volví a mirar la palabra que había escrito meses atrás en mis notas: *postulantes*.

No podía asegurar todavía que su presencia en la expedición estuviera relacionada con aquel concierto.

Continué con París.

Las invitaciones se sucedían. La Estudiantina había dejado de limitarse a recorrer las calles durante el carnaval. La recibían en periódicos, círculos, instituciones y domicilios particulares; acudía a actos organizados en su honor y era requerida para nuevas actuaciones.

Entre aquellas noticias apareció nuevamente un nombre que conocía bien.

Víctor Hugo.



Los estudiantes fueron a visitarlo a su domicilio. Me detuve ante aquella noticia porque mostraba hasta dónde había llegado la notoriedad de aquella expedición. Pocas semanas antes ensayaban en un café de Madrid. Ahora una de sus visitas quedaba vinculada al nombre de uno de los escritores franceses más conocidos de su tiempo.

Y todavía no habían terminado.

Cada jornada parecía añadir un nuevo lugar, una nueva recepción o una nueva multitud.



Las cifras de público empezaban a resultarme difíciles de creer. Primero habían sido más de diez mil personas ante la redacción de *Le Figaro*. Después encontré otra noticia que me obligó a detenerme.

Esta vez no era una estimación del corresponsal.

Decía que el inspector de policía encargado especialmente de proteger a la Estudiantina había calculado en cincuenta y seis mil personas la aglomeración formada alrededor del Café Riche.

¡Cincuenta y seis mil!

Después busqué la noticia anterior de *Le Figaro*.

Allí acudieron diez mil.

Ya no sabía qué me sorprendía más: las cantidades publicadas por la prensa o que la presencia de aquellos estudiantes hubiera obligado a la policía parisina a ocuparse de las multitudes que concertaban.

Aquella jornada había comenzado con estudiantes franceses acudiendo a buscarlos. Que habían caminado juntos por la ciudad mientras que nuevos estudiantes y curiosos hacían crecer la comitiva que les acompañaba. Más tarde visitaron el Café Riche. Allí estaba organizado un almuerzo, esperándolos algunos diputados y senadores que acabaron brindando con ellos. Cuando salieron, una multitud llenaba los alrededores.

La Estudiantina se había convertido en un acontecimiento que se extendía por toda la ciudad. Cada nueva noticia la situaba en un lugar distinto de París.

Entre los papeles encontré dos grabados.

En uno aparecían tocando en el jardín de las Tullerías. En otro, ante la Ópera, rodeados nuevamente de público. Me quedé observándolos un momento. Hasta entonces había tenido que reconstruir casi todo mediante palabras: calles abarrotadas, carruajes detenidos, agentes abriendo paso, estudiantes tocando desde balcones. Ahora podía contemplar cómo los dibujantes de la época habían querido mostrar algunas de aquellas escenas. También su paso por París había quedado fijado en imágenes.

Recordé entonces otro detalle de los preparativos en Madrid.

Habían llevado un dibujante con ellos.

Su cometido era precisamente enviar a los periódicos ilustrados dibujos de los principales episodios y recepciones del viaje.

Aquello tampoco había sido improvisado.

Volví a las noticias.

Fue entonces cuando encontré una frase que parecía resumir mejor que ninguna otra cuanto llevaba leído.

«No es entusiasmo ya, es locura».

Me quedé mirando aquellas palabras.

Después miré los periódicos esparcidos sobre la mesa.

Por primera vez, no me parecieron exageradas. Pero, entre todas aquellas noticias, hubo una que me hizo mirarla de otra manera.

Los estudiantes franceses habían preparado un banquete en honor de sus compañeros españoles. Asistieron más de trescientas personas y, entre ellas, había jóvenes rumanos, polacos, eslavos, brasileños, griegos y de otras nacionalidades.

Aquello ya no se parecía a los recibimientos que había encontrado antes. En París estaba ocurriendo algo distinto. Los estudiantes españoles se encontraban rodeados por universitarios procedentes de distintos países.

Hubo discursos y brindis por la fraternidad universal. Uno de los estudiantes argentinos pidió incluso que se olvidaran los odios y recuerdos que pudieran separar a España de sus antiguos territorios americanos.

Me detuve en aquella noticia.

Hasta entonces había seguido a las estudiantinas por las calles, los teatros, las estaciones y los salones. Ahora aparecían también en medio de un encuentro de estudiantes de distintas nacionalidades.

Al terminar el banquete, los españoles volvieron a hacer lo que llevaban haciendo desde su llegada, tocaron su música.

Después continuaron sus visitas.

Las invitaciones eran ya tantas que uno de los periódicos dudaba de que pudieran atenderlas todas. Entre aquellas noticias encontré nuevamente el nombre de Víctor Hugo.

Esta vez fui más despacio.

Algunos periódicos habían anunciado que la Estudiantina iría a visitarlo. Sin embargo, entre todo lo que tenía delante no encontré prueba de que aquella visita llegara a producirse.

Sí encontré otra cosa.

Una carta.

Víctor Hugo se había dirigido a los estudiantes españoles y, días después, encontré la carta del escritor reproducida en la prensa.

Aquello me hizo revisar mis notas y escribir:

Visita anunciada. Carta recibida.

Pensaban corresponderle con una serenata.

Busqué algo más y hallé que, cuando finalmente lo visitaron, el presidente de la Estudiantina aclaró expresamente que acudían a verlo «no como al hombre político, sino como al gran literato y poeta».

Aquella precisión llamó mi atención.

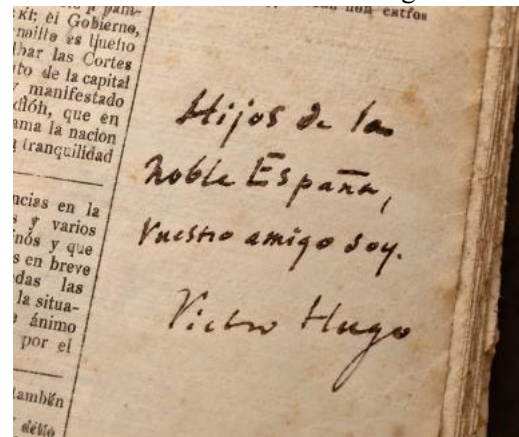
¿Por qué habían considerado necesario hacerla?

Subrayé las palabras *hombre político* y seguí leyendo.

Entre tantas recepciones oficiales, banquetes y visitas, casi había olvidado la razón por la que aquellos jóvenes habían ido a París.

El carnaval.

Una de las crónicas me devolvió a él.



Aquella noche recorrieron algunos de los conocidos establecimientos de baile de París. Comenzaron por el Skating de la Trinidad, pasaron después por Frascati y Bullier y terminaron, a las tres y media de la madrugada, en Valentino.

Aquellos lugares centraron toda mi atención. La referencia al Skating de la Trinidad correspondía en realidad al *Skating-Rink de la Chaussée-d'Antin*, conocido también por su proximidad a la iglesia de la Trinité. Era una gran pista cubierta de patinaje sobre ruedas, diversión entonces de moda en París, concebida además como lugar de ocio y espectáculo. La pista estaba rodeada de palcos y contaba con una orquesta de unos cincuenta músicos que tocaba para los patinadores.

Frascati era una sala de baile que durante el carnaval organizaba bailes de máscaras y disfraces; Bullier, también conocido como *Jardin Bullier* o *Closerie des Lilas*, era un gran jardín dedicado al baile y las diversiones, donde la visita de la Estudiantina supuso, según una de las crónicas, «un triunfo entusiasta»; y Valentino, una sala nacida para conciertos que había terminado convirtiéndose en uno de los célebres lugares de baile público de París.

Volví a mis primeras notas porque algo había cambiado.

Ya no eran solamente unos jóvenes que aprovechaban el carnaval para salir a la calle vestidos de estudiantes. Aquellos eran estudiantes que se habían desplazado cientos de kilómetros hasta otro país, llevando consigo una forma de presentarse que los periódicos identificaban inmediatamente como española.

Seguí leyendo.

Al día siguiente encontré otra noticia que volvió a sacarlos de los bailes. Los estudiantes franceses habían preparado un banquete en su honor. Asistieron trescientas treinta personas y entre ellas había jóvenes rumanos, polacos, eslavos, brasileños, griegos y de otras nacionalidades. Los discursos hablaron de fraternidad universal y un estudiante argentino brindó por dejar atrás los enfrentamientos que habían separado a España de sus antiguas colonias.

Aquello me hizo detenerme.

Había comenzado siguiendo una costumbre de carnaval y ahora encontraba a aquellos estudiantes españoles sentados a la mesa con jóvenes procedentes de distintos países.

Cuando terminó el banquete volvieron a hacer lo que mejor sabían.

Tocaron.

Y las invitaciones continuaron.

Los periódicos anunciaban una serenata a la princesa Matilde Bonaparte, prima de Napoleón III, nuevas actuaciones en las Tullerías, una velada en la redacción de *Le Gaulois*, un concierto de beneficencia y una visita a Versalles para tocar ante diputados y senadores. Eran tantos los compromisos que una de las noticias dudaba de que pudieran atenderlos todos.

Las jornadas parecían no terminar nunca y, entre tantas invitaciones, comenzaron a aparecer nombres que me hicieron prestar más atención.

La Estudiantina había visitado a Isabel II, a su madre, la reina María Cristina, y a Francisco de Asís. Los tres se encontraban entonces fuera de España. Isabel II había perdido el trono tras la revolución de 1868 y vivía exiliada en París. Francisco de Asís también residía allí, aunque ambos vivían separados desde hacía años, mientras María Cristina permanecía igualmente en Francia.

Aquellas visitas no tenían por qué significar que los estudiantes compartieran posición política alguna con quienes los recibían. Pero tampoco podía ignorar quiénes eran aquellas personas ni las circunstancias que las habían llevado a Francia.

Seguí anotando nombres.

Entre ellos apareció nuevamente el de Víctor Hugo.

Lo anoté debajo de los anteriores.

Miré la lista.

Resultaba difícil encontrar una misma significación política en todos aquellos nombres. La antigua familia real española exiliada en París y Víctor Hugo difícilmente podían colocarse en el mismo lado.

Aquello me hizo dudar de que las visitas respondieran a otra cosa que a los compromisos y homenajes que se sucedían durante aquellos días.

No saqué ninguna conclusión. Pero tampoco los taché.



Seguí leyendo.

Otra noticia me devolvió al carnaval.

Las autoridades habían permitido a los integrantes de la Estudiantina continuar utilizando sus trajes mientras permanecieran en París. Más tarde averigüé que la autorización procedía del prefecto de policía y que se les había concedido teniendo en cuenta el carácter y el objeto con que habían llegado a la ciudad.

Me llamó la atención.

Aquellos trajes habían comenzado siendo parte de una expedición al carnaval. Ahora podían seguir llevándolos cuando este prácticamente había terminado.

Volví a mirar los grabados.

Hasta entonces había prestado más atención a las multitudes que rodeaban a los estudiantes que a la ropa que vestían. Sin embargo, en aquellas imágenes, también se advertía su traje.

Los periódicos también se habían fijado en él. Algunos hablaban de su elegancia y del buen gusto con que había sido confeccionado. Las descripciones coincidían en buena parte: jubón y calzón corto de terciopelo negro, medias también negras, zapatos con hebillas plateadas, guantes blancos y un bicornio en el que llevaban una pequeña cuchara a modo de escarapela. En otras noticias aparecían capas o capillas de terciopelo negro. Sorprendentemente una descripción aseguraba que las capas eran blancas.

Anoté la discrepancia.

Los grabados que tenía delante no parecían confirmar aquellas capas blancas.

Pero encontré algo que me interesó todavía más.

Uno de los corresponsales que había podido contemplarlos de cerca se mostraba mucho menos entusiasmado con la pretendida antigüedad de su indumentaria. A su juicio, aquellos trajes se parecían a los de los antiguos estudiantes de Salamanca y Alcalá tanto como los vestidos de las pastoras del teatro a los de las verdaderas zagalas.

Volví a mirar las imágenes.

Entonces, ¿de dónde había salido aquel traje?

La cuchara pretendía recordar al antiguo estudiante pobre que acudía a la sopa boba de los conventos. El sombrero remitía, según algunos periódicos, al antiguo bachiller. Pero el conjunto que mostraban los grabados era demasiado rico y elaborado para confundirlo sin más con la indumentaria que habían llevado los escolares de siglos anteriores: sotana y bonete, a los que añadían el manteo durante los meses de frío.



Escribí una nueva pregunta:

¿Traje antiguo o recreación moderna?

No tenía todavía una respuesta.

Busqué primero qué decían de él quienes lo habían visto personalmente.

Una de las descripciones me hizo detenerme. El articulista había podido contemplarlos de cerca cuando desfilaron ante él en la plaza de la Ópera. Los llamó «ricos trajes» y puso en duda que se parecieran realmente a los de los antiguos estudiantes de Salamanca y Alcalá. Para explicarlo recurrió a una comparación que me pareció reveladora: se parecían a ellos tanto como los vestidos de las pastoras del teatro a los de las verdaderas zagalas.

Esa frase los asociaba al teatro.

Otra noticia los relacionaba con las modernas variaciones de zarzuela.

Aquello cambiaba la pregunta.

Tal vez no debía buscar el origen de aquel traje únicamente en la indumentaria de los antiguos estudiantes, sino también en los escenarios.

Me pregunté quién podía haber confeccionado en Madrid decenas de trajes iguales y de aquella calidad. La búsqueda me condujo al Teatro Real, cuya sastrería estaba a cargo de Lorenzo Paris desde el año anterior. Las descripciones insistían en la elegancia y el buen gusto del traje, lo que me llevó a pensar que pudo haber sido diseñado y confeccionado por alguien habituado a atender los encargos de compañías de teatro, ópera y zarzuela.

Busqué en los periódicos locales publicados en el primer trimestre de 1878. Encontré menos de media docena de sastres con talleres en Madrid y ninguno reunía aquellas condiciones. ¿En qué me basaba? Lorenzo Paris estaba a cargo del taller más experimentado en el diseño y confección de vestuario para aquel tipo de escenarios.

Escribí su nombre junto a la pregunta anterior:

Lorenzo Paris. Teatro Real.

Y añadí debajo:

Hipótesis.

No debía convertir una posibilidad en un hecho.

Me pregunté quién podía haber confeccionado en Madrid decenas de trajes iguales y de aquella calidad. La búsqueda me condujo al Teatro Real. Desde el año anterior, su sastrería estaba a cargo de Lorenzo Paris. No encontré ningún documento que me permitiera afirmar que aquellos trajes hubieran salido de su taller pero la posibilidad resultaba difícil de ignorar, dado que era el taller más experimentado en el diseño y confección de vestuario para las compañías de ópera y zarzuela.

Los jóvenes aparecieron con ellos ante el Elíseo, en las Tullerías, en las redacciones de los periódicos, en las escuelas universitarias y en los salones donde eran recibidos. París parecía haber terminado identificándolos por aquella indumentaria tanto como por sus instrumentos.

Y seguían tocando.

Una de las actuaciones que más espacio ocupó en las crónicas fue la del jardín de las Tullerías. Esta vez las estimaciones hablaban de más de cuarenta mil personas; otra publicación elevaba la cifra hasta cincuenta mil. La cantidad exacta resultaba imposible de establecer, pero todas coincidían en describir una concentración extraordinaria.

Dejé de intentar decidir cuál de aquellas cifras era la correcta.

Lo importante empezaba a ser otra cosa.

Cada vez que tocaban en un espacio público, la multitud volvía a formarse.

Y, sin embargo, entre todas aquellas invitaciones hubo una que rechazaron.

El príncipe de Gales los había escuchado y los invitó a continuar el viaje hasta Londres. Les prometió nuevos triunfos si aceptaban.

La respuesta de Castañeda, presidente de la estudiantina, me interesó más que la invitación. Agradeció el ofrecimiento, pero explicó que tenían que regresar porque sus compañeros necesitaban continuar sus estudios universitarios.

Subrayé aquella frase porque después de tantos bailes, banquetes, serenatas y recepciones, era fácil olvidar quiénes eran, sobre todo porque las invitaciones seguían

acumulándose y todavía quedaban compromisos por cumplir. Entre ellos estaba Versalles, adonde habían sido llamados por diputados y senadores que querían escucharlos.

Tenían que volver a clase, pero antes de abandonar París quedaba un compromiso que venía siguiendo desde el comienzo de mi investigación.

La beneficencia.

Los periódicos anunciaban que la Estudiantina se despediría con un gran concierto de Beneficencia presidido por la mariscala Mac-Mahon.

Esto me llevó a buscar la página de mi cuaderno en la que había dejado una pregunta sin respuesta:

¿Para qué llevaban postulantes?

La presencia de una fiesta de Beneficencia hacía tentador relacionar ambas cosas. Pero seguía sin encontrar una noticia que dijera que aquellos postulantes hubieran viajado precisamente con esa finalidad.

No escribí la respuesta.

Todavía no podía demostrarla.

Y entonces ocurrió algo que alteró los últimos días de la expedición.

Les robaron.

La noticia apareció cuando ya preparaban el regreso. El robo los dejó sin fondos suficientes para costear el viaje y tuvieron que prolongar su estancia. Consiguieron autorización para ofrecer un concierto en beneficio propio y, con lo obtenido y la ayuda de la Embajada española, pudieron reunir lo necesario para regresar.

Aquello introducía una paradoja que no pude dejar de anotar.

Habían llegado a París con postulantes cuyo cometido todavía no lograba precisar; habían anunciado una fiesta de Beneficencia antes de marcharse y, al final, eran ellos quienes necesitaban reunir dinero para poder volver a España.

Los últimos días fueron, por tanto, distintos de los primeros.

Actuaron en el Teatro Italiano. La sala se llenó y fueron nuevamente aplaudidos. Pero la fecha de partida se había desplazado.

Habían llegado a París con postulantes cuyo cometido todavía no lograba precisar; habían anunciado una fiesta de Beneficencia antes de marcharse y, al final, eran ellos quienes necesitaban reunir dinero para poder volver a España.

Los últimos días fueron, por tanto, distintos de los primeros.

Actuaron en el Teatro Italiano. La sala se llenó y fueron nuevamente aplaudidos. Pero la fecha de partida se había desplazado.

Entre las noticias de aquellos días encontré nuevamente la referencia a la Beneficencia. En su último día en París se anunció un concierto benéfico en el *Palais de l'Industrie*, destinado a los pobres de la ciudad y bajo el patrocinio de la mariscala Mac-Mahon.

Me detuve.

Busqué qué había ocurrido con aquel concierto.

Las noticias anteriores a la fecha eran claras. Sin embargo, entre las informaciones posteriores que pude reunir no encontré ninguna que me permitiera asegurar que finalmente hubiera tenido lugar en las condiciones anunciadas.

Escribí junto a la noticia:

Palais de l'Industrie. Beneficio de los pobres de París. Madame Mac-Mahon.

Finalmente, el 15 de marzo, a las nueve de la mañana, abandonaron París.

Habían llegado la noche del día 2.

Miré las fechas.

Trece días habían bastado para llenar las calles, aparecer casi diariamente en los periódicos, ser recibidos en palacios, redacciones y facultades, tocar ante miles de personas y convertir una expedición de carnaval organizada en un café de Madrid en algo que ninguno de aquellos primeros artículos permitía imaginar.

Cerré por un momento los periódicos franceses.

La locura parisina había terminado.

O eso parecía.

Llegado el momento de abandonar París, encontré una última imagen.

Era uno de los dibujos realizados por el cronista que había viajado con ellos. Mostraba a la Estudiantina en el momento de la despedida.

Me detuve a observarlo.

Los estudiantes se apiñaban en un carruaje. Algunos levantaban los sombreros; otros alzaban los brazos y uno de ellos sostenía todavía su instrumento. Alrededor se había reunido una multitud. Había hombres y mujeres junto a los caballos, personas que parecían acercarse para despedirlos y otras que contemplaban la escena desde más lejos.



Después de tantos días leyendo sobre calles abarrotadas, balcones, teatros y salones, aquel dibujo me permitió contemplar por primera vez el final.

Se marchaban como habían vivido aquellos días: rodeados de gente.

Pensé en la llegada, trece días antes. Entonces apenas podían abrirse paso por los bulevares entre quienes querían verlos. Ahora París volvía a rodearlos, pero esta vez para despedirlos.

No sabía cuánto había de exactitud y cuánto de celebración en el dibujo de quien había acompañado a la Estudiantina durante el viaje. Pero constituía el último testimonio gráfico de su estancia.

Después venía el tren.

Finalmente, el 15 de marzo, a las nueve de la mañana, abandonaron París. Pasarían aquella noche en Poitiers.

Habían llegado la noche del día 2.

Al seguir el viaje de regreso encontré que en España comenzaba otra historia.

Durante el viaje hacia París había encontrado estaciones llenas de gente que acudía a recibirlos. Ahora, mientras seguía el trayecto de vuelta, comenzaron a aparecer noticias de otro tono.

Me detuve en Valladolid.

Allí los esperaban nuevamente estudiantes y curiosos. Hubo música, recibimientos y muestras de entusiasmo, pero entre las noticias encontré una advertencia que no había aparecido durante el viaje de ida.

En Madrid se había estado preparando una gran recepción para recibirlos.

Quizás ya no se celebraría.

Volví atrás para comprobar qué había ocurrido.

Fue entonces cuando recuperé los nombres que había dejado anotados durante la estancia en París.

Isabel II. María Cristina. Francisco de Asís. Víctor Hugo.

No los había tachado.

Ahora empezaba a comprender por qué debía conservarlos.

Algunas noticias publicadas en España atribuían carácter político a determinadas visitas realizadas por la Estudiantina en París. Lo que allí había aparecido entre serenatas, recepciones y compromisos sociales comenzaba a interpretarse de otra manera al otro lado de la frontera.

Busqué las acusaciones con más cuidado.

La cuestión no parecía sencilla.

Si las visitas a la familia real española exiliada podían interpretarse en un sentido, la de Víctor Hugo difícilmente encajaba en el mismo. Recordé entonces la precisión que había encontrado al leer la noticia de aquella visita: *«no como al hombre político, sino como al gran literato y poeta»*.

Volví a subrayarla.

Aquella aclaración ya no me parecía casual.

Seguí buscando.

Entre los estudiantes madrileños también había comenzado la discusión. Algunos alumnos de Derecho aconsejaban abstenerse de participar en manifestaciones de recibimiento hasta que se aclarase si determinados actos realizados en París habían tenido carácter político. La controversia había llegado hasta los mismos estudiantes que pocos días antes podían haber estado preparando su recibimiento. Aquello planteaba un problema que no había encontrado durante todo el viaje.

¿Había hecho política la Estudiantina?

No podía responder basándome en las acusaciones.

Busqué su versión.

La encontré.

Los propios integrantes de la Estudiantina terminaron respondiendo públicamente. Negaban haber intervenido en política y sostenían que durante su estancia habían permanecido ajenos a ella.

Entonces recordé algo que había leído al reconstruir los preparativos en Madrid y a lo que apenas había prestado atención.

Su reglamento.

Antes de partir ya habían establecido que la agrupación no debía mezclarse en asuntos políticos.

Regresé a las primeras páginas de mis notas.

Café de la calle del Clavel. Ensayos. Reglamento. Presidente. Sesenta jóvenes. Instrumentos. Postulantes.

Allí estaba.

La precaución había existido antes de que subieran al tren.

Y, sin embargo, dos semanas después regresaban de París obligados a defender públicamente que no habían hecho precisamente aquello que su reglamento pretendía evitar.

No escribí que fueran culpables.

Tampoco que las acusaciones carecieran de fundamento.

Escribí solamente:

Polémica política al regreso. Contrastar visitas, reglamento y respuesta de la Estudiantina.

Era suficiente.

Seguí su viaje hacia Madrid, viendo que su regreso tampoco fue rápido.

En Poitiers volvieron a encontrarse con estudiantes. Un telegrama hablaba de una entusiasta recepción y de las muestras de fraternidad que les habían dispensado los universitarios de aquella ciudad.

Por un momento parecía que nada había cambiado.

Al llegar a Valladolid fueron recibidos en la estación entre vítores y aplausos. Al día siguiente recorrieron la ciudad, visitaron a los catedráticos de la Universidad y asistieron al banquete que los estudiantes vallisoletanos habían preparado en su honor. Por la noche participaron juntos en una función en el Teatro Calderón.

Pero fue allí donde la polémica dejó de ser solamente un tema de los periódicos.

Durante el banquete se habló de las visitas realizadas en París. Uno de los catedráticos recordó que Nicolás Salmerón, catedrático y político de la Primera República, no había recibido la visita de la Estudiantina y quería explicaciones que evitaran interpretaciones equivocadas.

Volví a mis notas.

Isabel II. María Cristina. Francisco de Asís. Víctor Hugo.

Ahora aparecía otro nombre.

Nicolás Salmerón.

Lo añadí a la lista.

La cuestión comenzaba a adquirir otra forma. Ya no importaba solamente a quién habían visitado.

También importaba a quién no habían visitado.

Seguí leyendo.

Entonces encontré un telegrama enviado desde Valladolid al ministro de Fomento.

En él la Estudiantina protestaba por lo que consideraba calumnias publicadas contra ella y anunciaba que permanecería allí para no convertirse en instrumento de provocaciones. Si aquellas versiones no eran desmentidas, añadían, estaban dispuestos a marchar a Londres y a otros lugares de Europa antes que regresar en aquellas condiciones.

Me detuve.

Pocos días antes el príncipe de Gales los había invitado a Londres y habían rechazado la propuesta porque tenían que continuar sus estudios.

Ahora Londres reaparecía por una razón completamente distinta.

Ya no como prolongación de su éxito sino como posible alternativa a regresar a Madrid.

La distancia entre ambas noticias era de apenas unos días.

Volví a mirar la frase que había escrito:

¿Había hecho política la Estudiantina?

Empezaba a comprender que aquella pregunta no iba a tener una respuesta sencilla.

La ausencia de una visita a Nicolás Salmerón había contribuido a alimentar la polémica. El antiguo presidente del Poder Ejecutivo de la Primera República se encontraba exiliado en París. La Estudiantina había visitado a Isabel II, a María Cristina y a Francisco de Asís, pero no a él. Aquello daba otro sentido a la lista que había ido formando.

Ya no se trataba solamente de saber a quién habían visitado.

También importaba a quién habían dejado de visitar.

Y en la capital los esperaban.

Los estudiantes madrileños acudieron a la estación del Norte para recibirlos. Todo estaba dispuesto para dar la bienvenida a quienes habían ocupado durante días las páginas de los periódicos.

Pero la Estudiantina no llegó.

Se había quedado en Valladolid.

Me detuve en aquella escena.

Durante el viaje de ida había encontrado estaciones abarrotadas porque todos querían verlos llegar. En París las multitudes habían llegado a cortar la circulación para escucharlos. Ahora encontraba otra estación llena de gente.

Solo que esta vez faltaban ellos.

El contraste era difícil de ignorar.

Seguí las noticias de los días siguientes.

Finalmente decidieron continuar hacia Madrid.

Era 23 de marzo.

Habían pasado tres semanas.

Esta vez quise saber exactamente cómo habían entrado en la ciudad.

La respuesta estaba en los periódicos.
La Guardia Civil los esperaba.
Cuando salieron de la estación de la Plaza de Oriente, la Estudiantina marchó precedida y escoltada por fuerzas del cuerpo.
Volví a leerlo.
Aquellos jóvenes que unas semanas antes habían salido de Madrid con bandurrias y guitarras para acudir al carnaval de París regresaban ahora acompañados por la Guardia Civil.
No necesitaba añadir nada.
La imagen bastaba.



Desde la estación, se dirigieron a pie al Palacio Real entrando por la puerta de San Vicente, donde tocaron ante el rey Alfonso XII, hijo de Isabel II, y después emprendieron el camino hacia la Universidad.

No llegaron.

Una de las crónicas contaba que numerosos estudiantes habían salido a su encuentro y que comenzaron a escucharse gritos. Otra decía que quienes los seguían hicieron «manifestaciones no muy simpáticas para los viajeros». Ante la situación, el gobernador ordenó que se retiraran.

Me quedé mirando aquella noticia.

En París los estudiantes franceses habían ido a buscarlos a su alojamiento para acompañarlos a sus facultades. Habían visitado juntos a los decanos de Medicina y Derecho y brindado por la fraternidad entre las universidades francesas y españolas.

En Madrid no consiguieron llegar a la suya.

El contraste era muy evidente.

Y la polémica no terminó con su regreso.

Durante los días siguientes continuaron apareciendo artículos que discutían el significado político de sus visitas en París. La Estudiantina había negado aquellas acusaciones, pero la discusión seguía abierta.

Seguí pasando las páginas de los periódicos y encontré algo que me hizo detenerme.

Era 30 de marzo.

Una noticia de una sola línea anunciaba que la Estudiantina que había estado en París había quedado disuelta por completo.

Volví a comprobar la fecha.

Apenas había transcurrido un mes desde su salida de Madrid.

Eso era todo.

La agrupación que había llenado los bulevares de París, detenido la circulación ante *Le Figaro*, tocado en el Elíseo, recorrido facultades, teatros y salones y provocado que la prensa francesa hablara de locura se disolvió. Simplemente ya no existía.

Cerré el periódico.

Durante unos instantes pensé que también podía cerrar allí aquella historia.

Pero algo no encajaba.

Si la Estudiantina Española se había disuelto, ¿por qué aquel viaje ocupaba tantas páginas de los periódicos que venían después?

Volví a la mesa.

Había empezado buscando una comparsa de estudiantes que había viajado al carnaval de París.

Había encontrado algo distinto.

Su música, su traje y hasta su manera de presentarse ante el público habían alcanzado una visibilidad que ninguna de las estudiantinas que había seguido hasta entonces había tenido.

La agrupación había desaparecido.

Lo que había ocurrido en París, no.

Capítulo 7. Después de París

Uno de los primeros en comprenderlo fue Dionisio Granados.

Su nombre no era nuevo en los periódicos. La documentación que fui encontrando indicaba que había cursado el bachillerato en la Universidad de Salamanca y comenzados después estudios de Artes. Los abandonó para dedicarse a la música, aunque tampoco completó su formación en el Conservatorio de Madrid, que dejó en 1869 sin terminar la asignatura de clarinete.

Posiblemente las necesidades económicas lo obligaron a buscar trabajo. En 1876 lo encontré dirigiendo la Sociedad de Conciertos La Menos, también denominada Estudiantina La Menos, integrada por jóvenes bandurristas y guitarristas.

Granados debió de seguir con atención las noticias que llegaban de Francia. Durante semanas los periódicos habían hablado de multitudes, recepciones, conciertos y calles abarrotadas para escuchar a unos españoles que tocaban bandurrias y guitarras. Aquello podía contemplarse como una extraordinaria aventura estudiantil.

Pero también podía contemplarse como un negocio.

Esa posibilidad explicaba mucho mejor lo que encontré después.

Granados comenzó a preparar una salida al extranjero para su estudiantina. Su primer objetivo no fue París, sino Portugal. Si una estudiantina española había despertado aquel entusiasmo fuera de España, quizá otra pudiera convertir esa curiosidad en una actividad remunerada.

La diferencia era importante.

Hasta entonces había seguido estudiantinas que salían durante el carnaval, postulaban por las calles, recaudaban para los necesitados o viajaban ocasionalmente a otras ciudades. Incluso la expedición a París había nacido vinculada al carnaval.

La idea debió de tomar forma con rapidez.

Seguí buscando noticias de aquella agrupación y encontré que el 21 de mayo de 1878 emprendiendo viaje hacia el país vecino, apenas dos meses desde el regreso de la Estudiantina Española.

La proximidad de las fechas me hizo detenerme.

Volví unas páginas atrás en mis notas.

Marzo: París.

Mayo: Portugal.

No podía demostrar que Granados hubiera concebido su proyecto únicamente a causa de lo sucedido en Francia. Pero aquella coincidencia volvía a ser demasiado significativa para ignorarla. Gracias a la abundantísima información y a los grabados publicados en la prensa, conocía el éxito alcanzado por una agrupación que utilizaba los mismos instrumentos que él

dirigía: bandurrias y guitarras. Aquello debió de animarlo a probar la viabilidad de su idea y, poco después, lo encontré organizando una salida al extranjero con su estudiantina.



Había otro detalle que me hacía pensar lo mismo.
El traje.

Granados vistió a sus músicos con una indumentaria que en nada difería de la que los periódicos habían reproducido una y otra vez en sus informaciones y grabados sobre la Estudiantina Española. No solo estaba utilizando los mismos instrumentos que habían llamado la atención en París. También presentaba a su agrupación con la misma apariencia que el público había aprendido a asociar con aquellos estudiantes españoles.

Difícilmente podía ser una coincidencia.

Había, además, una diferencia que empezaba a parecerme fundamental.

La Estudiantina Española había nacido para una expedición concreta. Sus integrantes eran estudiantes y, por mucho que se prolongaran las recepciones y los conciertos, las obligaciones académicas terminaron imponiendo el regreso: los estudiantes tenían que regresar a sus aulas. Granados, en cambio, podía plantearse otra cosa: si encontraba público dispuesto a pagar por escuchar a sus músicos, nada le obligaba a limitar el viaje a unos cuantos días. A sus hombres no los reclamaban las aulas.

Hasta entonces mi investigación había seguido agrupaciones que nacían alrededor del carnaval, recorrían las calles, postulaban o viajaban durante unos días. Aquello parecía diferente.

Quise saber cuánto.

Aquella posibilidad parecía ponerse a prueba muy pronto.

El 21 de mayo de 1878 la agrupación emprendió viaje hacia Portugal. Apenas habían transcurrido dos meses desde el regreso de la Estudiantina Española de París.

Busqué noticias portuguesas.

Al principio esperaba encontrar una excursión semejante a otras que ya había documentado. Pero las actuaciones comenzaron a sucederse y el viaje se prolongó.

Fui anotando lugares y fechas, no tanto por reconstruir cada desplazamiento como por averiguar qué estaba intentando hacer Granados.

Poco a poco empezó a aparecer una respuesta.

Aquellos hombres no habían salido de España para cumplir una cuestación ni para regresar a las aulas cuando terminara el carnaval. Tocaban ante el público y obtenían de la música los recursos que les permitían continuar.

Miré nuevamente el título que el director me había dado para aquella serie:

El carnaval y las estudiantinas en provincias.

Cada vez me servía menos.

Primero *París*.

Ahora *Portugal*.

Y estos músicos parecían dispuestos a seguir viajando mientras encontraran público que quisiera escucharlos y pagara por ello.

Fue entonces cuando apareció otro nombre.

Juan Molina Sáez.

Lo encontré en Lisboa, relacionado con la agrupación pocos días después de su salida de Madrid. Era difícil pensar que aquel encuentro hubiera sido completamente casual. Pudo haber existido algún contacto previo, al menos para concertarlo. Todo indicaba que el resultado de aquellas primeras actuaciones había sido suficientemente alentador para pensar en algo más ambicioso que una excursión por Portugal. Eso encajaba bien con la experiencia de un empresario de espectáculos y con la necesidad de aquellos músicos de ganarse la vida.

La posibilidad de continuar hacia otros países comenzaba a tomar forma.

Pero en Lisboa ocurrió algo más.

La Menos cambió de nombre.

A partir de entonces comenzó a aparecer como Estudiantina Española Fígaro.

El cambio me hizo volver sobre una sospecha que ya había anotado al comparar los trajes. Granados no solo había adoptado una indumentaria prácticamente idéntica a la que la prensa había difundido de los estudiantes que viajaron a París. Ahora su agrupación incorporaba también a su nombre las mismas palabras con las que aquellos habían sido conocidos en toda Europa: *Estudiantina Española*.

No encontré ningún documento que me permitiera saber de quién había partido la idea. Pudo ser de Granados, de Molina o de ambos. Pero nuevamente encontraba una coincidencia demasiado significativa para ignorarla.

Si pretendían llevar aquella agrupación por Europa, presentarla como Estudiantina Española Figaro y vestir a sus integrantes como los estudiantes que acababan de triunfar en París podía hacer menos arriesgada comercialmente la empresa. El público ya conocía aquella imagen por las noticias y los grabados publicados durante semanas.

Tal vez Granados y Molina comprendieron que no necesitaban crear una imagen nueva: Ya tenían una que había demostrado funcionar.

Seguí las noticias portuguesas para comprobar si aquella apuesta había funcionado.

Todo indicaba que sí.

La agrupación permaneció en Portugal durante más de dos meses. Pasó por Coímbra y en Oporto llegó a actuar ante más de cuatro mil personas. Después encontré nuevas actuaciones en Lisboa, en el *Teatro dos Recreios* y en el *Teatro Apollo*, además de un desplazamiento a Braga. Ya no estaba ante una salida de unos pocos días. Corpus 260927

Pero más que el número de actuaciones me interesaba otra cosa.

No regresaban a Madrid.

Cada éxito parecía permitirles prolongar el viaje y pensar en el siguiente destino. Aquello empezaba a confirmar la diferencia que había anotado unas páginas antes: mientras hubiera público y dinero, aquellos músicos podían seguir viajando.

A finales de julio todavía estaban en Portugal.

Entonces encontré la noticia que cambiaba nuevamente la dirección de mi investigación.

La Estudiantina Española Figaro se preparaba para salir hacia Francia.

¡Viajaban a París!

Dejé el periódico sobre la mesa.

Aquello sí me pareció extraordinario.

Si Granados y Molina habían querido aprovechar la imagen que la Estudiantina Española había dejado en Europa, habían elegido para comprobarlo el lugar más arriesgado posible.

París era precisamente la ciudad donde resultaría más fácil descubrir que aquellos hombres no eran los mismos, pero también donde mayores posibilidades tenían de ser confundidos con quienes habían cosechado aquel éxito abrumador durante el carnaval.

Regresé a las noticias de París, quería saber cómo se habían presentado allí.

Durante los meses anteriores había leído tantas veces el nombre de la Estudiantina Española en los periódicos franceses que me costaba creer que una agrupación distinta pudiera aparecer en la misma ciudad, vestida casi de la misma manera y utilizando prácticamente el mismo nombre, sin que nadie reparase en ello.

Pero había otra circunstancia que hacía todavía más interesante aquel regreso.

Esta vez no llegaban durante el carnaval.

Tampoco venían invitados por asociaciones francesas ni tenían detrás el recibimiento oficial que había acompañado a la agrupación de Castañeda. Él presidía una agrupación de jóvenes que tenían en sus estudios su razón de ser; Granados dirigía una de músicos cuyo medio de vida necesitaba encontrar escenarios y público que pagara una entrada por escucharlos.

El primero que encontré tenía un nombre que conocía incluso antes de comenzar aquella investigación: Folies-Bergère.

Me detuve.

Ya no se trataba de recorrer las calles de París entre una multitud que acudía a recibir a unos estudiantes españoles. Aquellos hombres iban a presentarse en uno de sus establecimientos de espectáculos.

Busqué las noticias de aquellos días una detrás de otra y me fijé en las fechas.

Algo no terminaba de encajar.

Si las conversaciones para llevarlos a América habían comenzado ya en París, el contrato no podía haberse resuelto de un día para otro. Había empresarios a uno y otro lado del Atlántico, condiciones que acordar y un viaje que preparar. El telégrafo había reducido

enormemente las distancias, pero había condiciones que negociar, fechas que acordar y un viaje que organizar.



¿Qué hicieron mientras tanto?
Miré nuevamente el itinerario.
No regresaron a España.

Tampoco se alejaron hacia el sur o el este de Europa. Fueron encadenando actuaciones mientras permanecían en una zona desde la que podían alcanzar Inglaterra cuando llegara el momento.

Aquello podía ser nuevamente fruto de otra coincidencia.

Busqué las noticias de aquellos días una detrás de otra.

Quería saber algo muy concreto.

Qué había visto el público cuando salieron a escena.

La respuesta apareció pronto. Los periódicos seguían llamándolos *Estudiantina Española* y, solo en algunas ocasiones, añadían el nombre de Fígaro. Aquello que en Lisboa me había parecido una elección calculada adquiriría en París una importancia mucho mayor. Solo unos meses antes esas mismas palabras habían llenado las columnas de la prensa para referirse a Castañeda y sus compañeros.

¡La prensa favorecía la confusión en sus lectores!

No hacía falta que Granados afirmara que sus hombres eran los mismos que habían visitado París durante el carnaval. Bastaba con que los periódicos los presentaran con el mismo nombre y que el público encontrara después sobre el escenario una imagen casi idéntica a la que había visto reproducida durante semanas. *Estudiantina Española*, trajes negros, bandurrias y guitarras. Para quien no conociera los nombres de sus integrantes, las diferencias podían resultar difíciles de advertir.

Había, sin embargo, una diferencia fundamental. Esta vez había que comprar una entrada para escucharlos.

Entre las noticias encontré sus actuaciones en el Folies-Bergère. Aquello me permitió comprender mejor el cambio que estaba siguiendo. Ya no se trataba de una calle abarrotada por una multitud que esperaba el paso de unos estudiantes extranjeros, ni de una recepción organizada en su honor. El Folies-Bergère era un establecimiento de espectáculos y aquellos músicos formaban parte de lo que se ofrecía al público.

En febrero, la apariencia de estudiante había acompañado a unos jóvenes que realmente lo eran. Ahora esa misma apariencia comenzaba a adquirir un valor distinto: servía también para presentar un espectáculo.

Las noticias sobre sus actuaciones indicaban que la fórmula había funcionado. El público acudió a escucharlos y la prensa se ocupó de ellos. Aquella segunda *Estudiantina Española* había conseguido presentarse en París apenas unos meses después de que la primera hubiera abandonado la ciudad.

Quise saber cuánto tiempo permanecieron allí y qué ocurrió después.

Al ordenar las noticias por fechas advertí que París no había sido el final del viaje iniciado en Portugal. Era solamente otra etapa. Después aparecían nuevas actuaciones y nuevas ciudades.

Eso me obligó a volver sobre una pregunta que llevaba planteándome desde Lisboa. ¿Hasta dónde pensaban llegar Granados y aquellos músicos?

Al principio había supuesto que estaban aprovechando las oportunidades que iban encontrando. Era una explicación razonable. Si una actuación proporcionaba dinero y surgía un nuevo contrato, podían continuar el viaje. Pero entre los papeles relacionados con aquellos días apareció un dato que me hizo mirar de otra manera lo ocurrido en París.

Un empresario se había interesado por llevarlos a América.

Me detuve.

América cambiaba la dimensión de aquella historia.

Hasta entonces había seguido a una agrupación que había salido de Madrid, probado fortuna en Portugal y llegado después a París. Cruzar el Atlántico exigía algo distinto. Ya no bastaba con encontrar un teatro para la semana siguiente. Había que organizar un viaje mucho más largo y, sobre todo, conseguir un contrato que lo hiciera posible.

Si las conversaciones para llevarlos a América habían comenzado ya en París, el contrato no podía haberse resuelto de un día para otro. Había empresarios a uno y otro lado del Atlántico. El telégrafo había reducido enormemente las distancias, pero había condiciones que negociar, fechas que acordar y un viaje que organizar.

Durante ese tiempo, además, Granados tenía veinte hombres a su cargo. Había que mantenerlos y, si aquella agrupación vivía ya de sus actuaciones, la solución más razonable era continuar tocando. Regresar a España mientras se resolvían las negociaciones habría significado interrumpir una actividad que acababa de demostrar que podía sostenerse fuera del país. Peor aún, volver a buscar contratos en el mismo país cuya precariedad los había impulsado a arriesgarse en aquella excursión.

¿Qué hicieron mientras tanto?

Miré nuevamente el itinerario.

No regresaron a España, sino que fueron encadenando actuaciones por distintas ciudades europeas. Hasta entonces había contemplado aquel recorrido como la consecuencia natural de los contratos que iban consiguiendo: actuaban en una ciudad, aparecía otra oportunidad y continuaban el viaje.

Podía haber ocurrido exactamente así, pero ahora las fechas permitían otra lectura.

Si realmente estaban esperando que se concretara la posibilidad americana, necesitaban seguir trabajando sin alejarse demasiado de un lugar desde el que pudieran emprender el viaje cuando llegara el momento. Y el recorrido que tenía delante terminaba conduciéndolos hacia Inglaterra.

No era una prueba.

Podía tratarse simplemente de la sucesión de contratos que Granados y Molina habían logrado conseguir por Europa. Tampoco había encontrado una carta, un contrato preliminar o cualquier otro documento que demostrara que hubieran decidido permanecer deliberadamente cerca de Inglaterra mientras esperaban noticias de América.

Pero la pregunta ya estaba planteada.

Volví a las fechas y empecé a seguir el recorrido de otra manera. Ya no me interesaba únicamente saber dónde habían actuado. Quería comprobar si aquel itinerario podía explicarse también por el viaje que estaban preparando.

Aquello podía ser una simple coincidencia, pero empezaba a encontrar demasiadas.

Seguí revisando las noticias de París y encontré un detalle que hasta entonces había pasado por alto.

La Exposición Universal estaba abierta.

Volví a las fechas.

Aquellos hombres habían llegado a París a comienzos de agosto, cuando miles de visitantes acudían a la ciudad atraídos por la Exposición. Incluso encontré que su presencia había sido relacionada con ella.

Pero no eran los estudiantes cuyo éxito parisino llevaba semanas siguiendo.

Aquellos habían llegado meses antes, durante el carnaval. Castañeda y sus compañeros habían regresado a España y la agrupación se había disuelto.

Los que ahora estaban en París eran los hombres de Granados.

Anoté las dos cosas por separado.

Estudiantina Española. Carnaval de París.

Estudiantina Española Fígaro. Exposición Universal.

Eran dos agrupaciones y dos momentos distintos.

Sin embargo, bastaba con eliminar una palabra para que la diferencia empezara a desaparecer.

Fígaro.

Eso era precisamente lo que hacían muchas noticias cuando los llamaban simplemente *Estudiantina Española*.

Me quedé mirando las dos anotaciones.

El público que recordaba el extraordinario éxito de los estudiantes españoles durante el carnaval podía encontrar ahora en París otra Estudiantina Española, vestida casi de la misma manera y tocando los mismos instrumentos. Y esta segunda agrupación sí estaba allí mientras se celebraba la Exposición Universal.

No podía saber todavía hasta dónde llegaría aquella confusión.

Lo descubriría más adelante al seguirlos al otro lado del Atlántico.

Por el momento, los periódicos me obligaban a continuar en Europa.

Después de París los encontré en Alemania. Su paso por Berlín confirmó que Granados no parecía tener ninguna intención de regresar a España. Las actuaciones continuaban y, con ellas, aquel viaje iba adquiriendo unas dimensiones que difícilmente podían haberse previsto al salir de Madrid.

Hasta entonces había seguido cada desplazamiento intentando averiguar qué oportunidades iban encontrando. Ahora lo hacía también con otra pregunta en mente: si realmente se estaba negociando su marcha a América, ¿permitía aquel recorrido sostener a la agrupación mientras llegaba el momento de embarcar?

No podía responderlo todavía. Los periódicos mostraban dónde actuaban, pero no por qué elegían cada destino.

Fui colocando las fechas junto a las ciudades y dejé que el recorrido hablara por sí mismo.

La primera parada después de París fue Berlín. Allí encontré anunciada a la Estudiantina Fígaro en el Friedrich-Wilhelmstädtisches Theater. Debutaron el 22 de agosto y las actuaciones se prolongaron durante los últimos días del mes.

Aquello empezaba a dar otra dimensión al viaje. Ya no se trataba de conseguir una actuación aislada en una ciudad y continuar inmediatamente hacia la siguiente. Habían logrado entrar en un teatro y permanecer allí varios días, algo indispensable si los ingresos de sus actuaciones debían sostener a veinte hombres lejos de España.

Seguí la ruta.

Pero esta vez procuré no mirar únicamente los nombres de las ciudades, me interesaban también los intervalos. Cuánto permanecían en cada lugar, cuánto tardaban en aparecer en el siguiente y, sobre todo, hacia dónde los iba llevando aquel encadenamiento de contratos.

Sobre la mesa, el recorrido que había comenzado en Madrid empezaba a extenderse: Portugal, París, Berlín...

Pensé en la hoja que había preparado al comenzar aquella investigación para *El carnaval y las estudiantinas en provincias*.

Hacía tiempo que aquellas provincias se me habían quedado pequeñas.

Lo que había comenzado buscando en las calles españolas me llevaba ahora de un teatro europeo a otro. Y lo más sorprendente era que seguía persiguiendo la misma palabra.

Estudiantina.

Granados no había necesitado abandonarla para transformar por completo la actividad de su agrupación. Sus hombres no recorrían las calles pidiendo para una cuestación ni esperaban al carnaval para reunirse. Viajaban, actuaban en teatros y obtenían de aquellas actuaciones los recursos necesarios para vivir y continuar viajando. Posiblemente incluso pudieran ahorrar algo.

Quizá por eso el itinerario empezaba a interesarme tanto como los conciertos.

Desde Berlín continuaron apareciendo noticias de la agrupación en otras ciudades europeas. Algunas apenas me proporcionaban algo más que el anuncio de una actuación; otras permitían comprobar que seguían encontrando contratos. Las fui incorporando al recorrido sin detenerme en todas ellas.

Poco a poco, el mapa empezó a mostrar algo que la relación de fechas no dejaba ver con tanta claridad.

No estaban regresando.

Habían salido de Madrid en mayo y el verano estaba terminando y el viaje continuaba.

Aquella duración introducía una diferencia que se mostraba sustancial. Los estudiantes de Castañeda habían tenido que interrumpir el éxito de París porque los esperaban sus estudios. A los hombres de Granados, en cambio, cada nuevo contrato les daba una razón para permanecer fuera.

Y todavía estaba América.

Dejé a un lado por un momento los periódicos y miré el recorrido completo.

Si aquella posibilidad seguía en pie, en algún momento el mapa tendría que empezar a acercarlos al lugar desde el que pudieran cruzar el Atlántico.

Pero no ocurrió de inmediato.

Las noticias siguientes todavía los mantenían en Europa. La agrupación continuaba encontrando actuaciones y Granados parecía dispuesto a aprovechar cada oportunidad que surgiera.

Había algo que empezaba a resultarme evidente. La espera, si realmente había existido, no había sido una espera ociosa. Cada actuación permitía mantener a la agrupación y prolongar una gira que ya duraba varios meses.

Tampoco sabía cuánto podía tardar entonces en cerrarse un contrato de aquella naturaleza. El telégrafo permitía transmitir noticias con una rapidez impensable pocos años antes, pero no eliminaba las negociaciones. Había que acordar condiciones, organizar el viaje y conseguir que veinte músicos atravesaran el Atlántico.

Por eso decidí no buscar todavía una confirmación de mi hipótesis. Seguí a la Fígaro por Europa.

Y entonces el recorrido comenzó a cambiar de dirección.

Hasta aquel momento la agrupación se había movido por el continente. Sin embargo, a medida que avanzaban los meses, las noticias empezaban a situarla cada vez más cerca de Inglaterra.

Aquello me obligó a recuperar las notas sobre las posibles negociaciones americanas.

Inglaterra no era un destino cualquiera. De sus puertos salían regularmente vapores hacia América y, si Granados esperaba realmente un contrato al otro lado del Atlántico, encontrarse allí podía facilitar el siguiente paso. Pero el itinerario, por sí solo, no demostraba que esa hubiera sido su intención.

Podían haber llegado simplemente porque allí habían encontrado nuevos contratos.

Conservé las dos posibilidades.

Lo que sí podía comprobar era que el viaje iniciado en mayo seguía adelante. Habían transcurrido meses desde la salida de Madrid y aquellos veinte hombres continuaban viviendo de su música lejos de España.

Entonces encontré Liverpool.

El nombre de la ciudad hizo que me detuviera.

Ya no era solamente otra escala en la gira. Era un puerto de salida hacia América.

Busqué entonces las fechas con mayor cuidado.

Si las negociaciones que había sospechado desde París habían llegado a buen término, allí debía aparecer algo más que un nuevo contrato para actuar.

Y apareció.

La Fígaro no había llegado a esa ciudad para continuar recorriendo Europa. Desde allí embarcaría hacia América.

Me quedé mirando el itinerario que había ido trazando durante aquellos días. Madrid, Portugal, París, Alemania, las sucesivas actuaciones europeas y, finalmente, Inglaterra. Lo que en un principio había parecido una excursión de músicos que intentaban aprovechar el éxito reciente de una estudiantina de estudiantes terminaba ante un barco que iba a llevarlos al otro lado del Atlántico.

Aquello daba un sentido distinto a muchas de las preguntas que me habían acompañado durante la búsqueda, pero no las respondía todas. Seguía sin poder demostrar que Granados hubiera organizado la gira europea pensando desde el principio en América. Tampoco que cada una de sus etapas hubiera sido elegida para aproximarse a Inglaterra mientras se resolvían las negociaciones.

Pero ahora sabía que aquellas negociaciones habían existido y todo apuntaba a que las gestiones iniciadas en París, antes de sus actuaciones en el Folies-Bergère, habían terminado por hacer posible aquel viaje transoceánico.

No todos partirían.

Solo quince músicos españoles embarcaron en Liverpool con un contrato para actuar en América, en lugar de los veinte que inicialmente se negociaban. Aquella reducción de su número podía explicar la potencial complicación de las negociaciones y, con ello, su dilación. Los cinco restantes continuaron actuando en Inglaterra antes de regresar a España.

Allí terminaba la gira europea de aquellos quince hombres.



Cerré por un momento las notas y traté de ordenar lo que había encontrado. La Menos había salido de Madrid como una agrupación de músicos dirigida por Granados. En Portugal había aparecido Molina y, con él, el nombre de Estudiantina Española Fígaro. Después habían llegado París, el Folies-Bergère y una sucesión de contratos que los había mantenido durante meses recorriendo Europa. Ahora quince de ellos cruzaban el Atlántico.

Ya no podía considerar aquello una simple prolongación de las estudiantinas que había encontrado al investigar el carnaval. Conservaban el nombre, los instrumentos y hasta una apariencia que permitía confundirlos con los estudiantes de Castañeda, pero su funcionamiento era distinto. Para aquellos hombres, la estudiantina se había convertido en una forma de ganarse la vida. Su trayectoria demostraba que la Sociedad de Conciertos La Menos, también conocida como Estudiantina La Menos, fue una estudiantina comercial.

Y entonces recordé algo que había dejado pendiente desde París.

La confusión.

Allí había comprobado que el nombre, los trajes y los instrumentos podían hacer creer al público que estaba viendo a los mismos estudiantes que habían triunfado durante el carnaval. También había anotado la coincidencia de su estancia con la Exposición Universal, sin saber todavía qué importancia podía tener, pero mi curiosidad empezaba a apartarme demasiado del propósito de mi investigación.

Cerré las notas sobre la Fígaro.

Había encontrado lo que necesitaba. El éxito de París no solo había dejado imitadores. También había mostrado que la apariencia de una estudiantina podía utilizarse fuera del carnaval y desvinculada de los propios estudiantes. Granados había convertido aquella fórmula en una actividad profesional, pero yo buscaba otra cosa.

Quería saber qué había ocurrido con las estudiantinas de estudiantes.

Regresé a España.

La búsqueda volvió a llevarme a los carnavales, pero ya no los miraba de la misma manera. Después de lo ocurrido en París, el traje, las bandurrias y las guitarras habían adquirido una visibilidad que no tenían antes. Quise comprobar si aquel éxito había dejado también alguna huella entre quienes seguían formando estudiantinas dentro del país.

La respuesta no apareció en una sola noticia.

Tuve que avanzar por los años.

Las estudiantinas continuaban saliendo durante el carnaval. Seguían organizándose para recorrer las calles, ofrecer serenatas y realizar cuestaciones. Algunas conservaban un carácter circunstancial y desaparecían una vez terminadas las fiestas. Pero entre aquellas noticias comenzaron a interesarme especialmente las que identificaban expresamente a sus integrantes como estudiantes.

Eran esas las que buscaba ahora.

No quería saber solamente cómo vestían o qué instrumentos tocaban. Quería averiguar si seguían reuniéndose únicamente por carnaval o si empezaban a convertirse en algo más duradero dentro de la vida estudiantil.

No tuve que avanzar mucho.

Al llegar a 1879 la presencia de los estudiantes volvía a hacerse evidente. Encontré estudiantinas vinculadas a facultades, universidades y otros centros de enseñanza. Madrid concentraba muchas de ellas, pero también aparecían en Salamanca, Toledo, Barcelona y otras ciudades.

No anoté todos los nombres. Hacerlo habría convertido mi investigación en una interminable relación de agrupaciones que aparecían y desaparecían entre las páginas de los periódicos. Me interesaba otra cosa.

París parecía haber dejado una huella.

Apenas un año después del viaje de Castañeda, la condición estudiantil aparecía proclamada en los propios nombres: *Escolar*, *Universidad*, *Facultad*, *Cuerpo Escolar*. Incluso encontré nuevamente una palabra que llevaba algún tiempo siguiéndome.

Tuna.

En Madrid aparecían una *Tuna Imperial* y una *Tuna Médico-Legista*. Al año siguiente encontré una *Estudiantina Tuna* y una agrupación que se hacía llamar *La Unión Escolar*.

Aquello me hizo revisar una idea que había ido formándose durante la búsqueda. *Estudiantina* seguía siendo la palabra dominante, pero *tuna* no había desaparecido. Reaparecía junto a ella, unas veces formando parte del nombre de una agrupación y otras casi mezclándose con él.

Todavía no podía tratarlas como dos palabras equivalentes, pero cada vez resultaba más difícil estudiarlas por separado.

Al avanzar hasta 1881 encontré algo que me interesó todavía más. Las estudiantinas de estudiantes no aparecían únicamente durante los días de carnaval.

En julio, una estudiantina escolar salió en Madrid para recaudar fondos destinados a los emigrados de Orán.

Me detuve en la fecha.

Julio.

El carnaval había quedado varios meses atrás.

Aquello modificaba nuevamente la pregunta. Si unos estudiantes podían organizar una estudiantina en pleno verano para realizar una cuestación, entonces el carnaval seguía siendo uno de sus escenarios principales, pero ya no era necesariamente la razón que explicaba su existencia.

Busqué otros casos.

Ese mismo año aparecían una Tuna Farmacéutica en Madrid, una Estudiantina Escolar vinculada al Centenario de Calderón y otra estudiantina escolar en Oviedo.

No sabía todavía cuánto duraba cada una ni si sus integrantes volvían a reunirse al año siguiente, pero comenzaba a advertir que la relación entre estudiantes y estudiantina podía sobrevivir fuera de los pocos días de máscaras.

Eso era importante para mi investigación.

Durante años había seguido al carnaval porque allí encontraba estudiantinas. Ahora empezaba a ocurrirme lo contrario: tenía que seguir a los estudiantes aunque el carnaval hubiera terminado.

Continué avanzando.

Y algunos nombres comenzaron a resultarme conocidos.

La Tuna Farmacéutica que había encontrado en 1881 volvía a aparecer en 1882 y nuevamente en 1883. La de la escuela de Medicina de San Carlos ofrecía una pista todavía más larga: había noticias de ella antes del viaje de Castañeda a París y volvía a encontrarla en 1878, 1879, 1882 y 1884.

Aquello era distinto.

Hasta entonces había tenido que ser prudente cada vez que encontraba el mismo nombre. Una estudiantina podía disolverse después del carnaval y reorganizarse al año siguiente; tampoco podía saber si regresaban exactamente los mismos estudiantes. Pero la repetición demostraba algo que sí podía afirmar: el nombre sobrevivía.

Y con él sobrevivía cierta identidad.

Los estudiantes cambiaban necesariamente con el paso de los cursos. Terminaban sus estudios, abandonaban la Universidad o simplemente dejaban de participar. Sin embargo, una agrupación podía reaparecer vinculada a la misma facultad y ser reconocida nuevamente por el mismo nombre.

Eso empezaba a acercarme mucho más a las tunas que yo había conocido.

Recordé entonces mis años en la Estudiantina Escolar Murciana.

Cuando entré en ella, nadie me explicó que estuviéramos inventando nada. La agrupación tenía un nombre, unas costumbres y una historia anterior a nosotros. Nosotros entrábamos en algo que ya existía.

Por primera vez comprendí que quizá estaba buscando mal.

La continuidad de una estudiantina no tenía por qué limitarse a sus integrantes. La agrupación podía trascender y ellos cambiar.

Esta posibilidad me obligó a revisar mis notas de otra manera.

Hasta entonces había ordenado las noticias por años. Empecé a hacerlo por agrupaciones.

El resultado fue distinto.

Nombres que parecían aislados cuando los encontraba separados por varios carnavales comenzaron a formar pequeñas series. La de San Carlos era el ejemplo más evidente. La había encontrado en 1877 y después en 1878, 1879, 1882 y 1884. Años más tarde volvería a aparecer una y otra vez.

Ya no importaba tanto averiguar si eran los mismos muchachos. Probablemente no lo fueran siempre. Lo significativo era que otros estudiantes podían ocupar su lugar y seguir reconociéndose bajo una denominación que los precedía.

Algo semejante parecía ocurrir con la Tuna Farmacéutica. La encontraba en 1881, 1882 y 1883.

Pensé otra vez en mi propia estudiantina.

Cuando ingresé en ella tampoco pregunté quién había sido el primero en tocar una bandurria bajo aquel nombre. No necesitaba saberlo para sentir que pertenecía a la agrupación. Otros habían estado antes y otros podían venir después.

Quizá ahí se encontraba una parte de la transformación que estaba buscando.

La estudiantina empezaba a poder sobrevivir a los estudiantes que la habían formado. La agrupación podía adquirir una identidad que trascendiera a sus integrantes, pero su imagen planteaba un problema diferente.

El traje que había alcanzado tanta popularidad después de París nunca fue el traje académico de los estudiantes.

Era un disfraz creado por un sastre teatral.

La prensa había contribuido a identificarlo con ellos y su difusión hizo que cada vez resultara más fácil reconocer como estudiantina a una agrupación vestida de aquella manera. Pero los verdaderos estudiantes disponían de otra forma de presentarse como tales: levita, pantalón y corbata negros con camisa blanca.

Volví entonces sobre las imágenes y descripciones que había ido reuniendo.

No estaba asistiendo a la sustitución inmediata de un traje por otro. Durante años convivieron y compitieron dos maneras de representar al estudiante dentro de las estudiantinas. Una correspondía a la indumentaria académica de quienes realmente pertenecían a la Universidad. La otra procedía de un disfraz teatral que el extraordinario éxito de 1878 había convertido en una imagen reconocible del estudiante español.

Y esa diferencia no era menor.

Una acreditaba la condición de estudiante. La otra permitía parecerlo.

Volví entonces sobre las imágenes y descripciones que había ido reuniendo.

Comprendí que no estaba asistiendo a la sustitución inmediata de un traje por otro. Durante años convivieron dos maneras de representar al estudiante. Una procedía de su verdadera condición académica. La otra había adquirido una extraordinaria fuerza gracias a la imagen difundida por la Estudiantina Española de 1878.

Y ambas podían encontrarse en las estudiantinas.

Aquello hacía todavía más interesante la cuestión de la identidad. Una agrupación académica podía identificarse por la institución a la que pertenecía, por un nombre que sobrevivía a sus integrantes y por el traje académico que acreditaba visualmente la condición de sus miembros. Al mismo tiempo, el disfraz popularizado después de París iba construyendo otra imagen de la estudiantina, mucho más fácilmente reconocible por el público.

Durante décadas, las dos convivirían.

No sabía todavía cuál acabaría imponiéndose.

Cerré aquellas notas y continué avanzando.

Los años siguientes confirmaban que las estudiantinas habían encontrado un lugar propio entre los estudiantes. Unas desaparecían, otras regresaban y otras nuevas ocupaban su lugar. Cambiaban sus nombres, sus integrantes y hasta la forma de vestir, pero ya no necesitaba seguirlas una por una para comprenderlo.

Había encontrado lo que buscaba.

La estudiantina podía trascender a quienes la formaban. Podía conservar un nombre, vincularse a una facultad o a una universidad y transmitir una identidad a quienes llegaban después. También comenzaba a construir una imagen propia, aunque todavía convivieran en ella dos formas muy distintas de representar al estudiante.

Pero había algo que permanecía desde mucho antes de París.

La cuestión.

Había aparecido una y otra vez desde las primeras páginas de mi investigación. Estudiantes que recorrían las calles pidiendo dinero para los pobres, para los enfermos, para quienes habían sufrido una desgracia. Hasta entonces la había considerado una práctica que acompañaba a las estudiantinas.

Empecé a preguntarme si no sería algo más.

Volví a mis notas más antiguas.

Allí estaba desde el principio.

En 1834, aquellos jóvenes murcianos vestidos de estudiantes habían recorrido las calles pidiendo para los pobres enfermos del cólera. Después había encontrado colectas para hospitales, establecimientos de beneficencia, víctimas de las guerras y otras necesidades. Algunas habían tenido lugar durante el carnaval; otras, fuera de él.

La cuestación no había desaparecido cuando cambiaron los trajes, ni cuando las estudiantinas dejaron de depender exclusivamente del carnaval. Tampoco pertenecía únicamente a las agrupaciones académicas, pero entre los estudiantes había encontrado una identidad y una continuidad que atravesaban buena parte de los años que llevaba revisados.

Aquello me obligó a corregir nuevamente mis notas.

La identidad de una estudiantina no se estaba construyendo únicamente a través de un nombre que pudiera sobrevivir a sus integrantes o de una imagen por la que pudiera ser reconocida. También podía hacerlo mediante aquello que sus miembros esperaban hacer cuando salían juntos a la calle.

Pedir.

Pero no necesariamente para ellos.

Recordé entonces algo que nunca me había parecido extraño durante mis años en la Estudiantina Escolar Murciana. Cuando decidíamos realizar una cuestación, discutíamos dónde actuaríamos y a quién entregaríamos lo recaudado. Nadie necesitaba explicarnos por qué una estudiantina podía hacer aquello. Formaba parte de lo que entendíamos que podía hacer.

Ahora quería saber desde cuándo.

Extendí otra vez las notas sobre la mesa.

Había comenzado buscando el origen de unas agrupaciones que en 1939 llamábamos tunas y había terminado siguiendo disfraces, nombres, instrumentos y trajes. Pero bajo todos aquellos cambios permanecía un gesto mucho más antiguo: salir a tocar y convertir la música en ayuda para otros.

Y cuanto más avanzaba en los periódicos, más evidente resultaba que las desgracias habían dejado su propio rastro entre aquellas páginas.

Incendios.

Epidemias.

Guerras.

Terremotos.

Volví a abrir la carpeta.

Quería seguir ese rastro.

Capítulo 8. Las guitarras de las desgracias

Había algo que se repetía en mis notas y comencé a señalar fechas.

1834. Cólera.

1865. Cólera.

1879. Inundación.

Las dos primeras noticias ya las conocía. Sabía que en 1834 unos jóvenes urbanos de Murcia salieron vestidos de estudiantes con una música estudiantina. Tocaron y cantaron por las calles, recogieron ochocientos cuarenta reales y los pusieron a disposición de la Junta Superior de Sanidad para ayudar a los pobres que sufrían la epidemia. El periódico decía que pretendían estimular «la caridad de los sanos a favor de los enfermos» y que esperaban poder repetir aquellas cuestaciones durante los siguientes días festivos.

Treinta y un años después había encontrado a los alumnos del Colegio de San Fulgencio recorriendo las calles de Murcia con sus instrumentos, postulando para ayudar a los pobres enfermos, también por el cólera.

Hasta aquel momento había considerado ambas noticias como episodios separados, pues correspondían a epidemias diferentes. Ahora, colocadas una debajo de la otra, parecían decir algo más.

En las dos ocasiones la enfermedad había provocado la misma respuesta: salir a la calle con instrumentos y pedir dinero para quienes necesitaban ayuda. Habían pasado treinta y un años, habían cambiado los hombres y, en el primer caso, ni siquiera eran estudiantes quienes vestían como tales. Sin embargo, la forma de actuar se repetía.

Volví a la hoja y, junto a las dos fechas, escribí:

Enfermedad.

Seguí revisando mis notas.

Pronto comprendí que no fue la única desgracia capaz de poner en marcha una estudiantina.

En octubre de 1879 encontré algo de una magnitud muy distinta.

Durante la noche del 14 al 15 de octubre las aguas habían arrasado buena parte de la huerta murciana y causado enormes daños en otros lugares del Levante. Era la riada de Santa Teresa que antes había aparecido en mis pesquisas, pero esta vez no me detuve en la inundación. Me interesaba lo que había ocurrido después.

A los pocos días comenzaron a aparecer estudiantinas.

Primero en unos lugares. Después en otros.

En una hoja aparte empecé a anotar las poblaciones. Madrid, Salamanca, San Sebastián, Santander, Zaragoza, Valencia, Zamora, Toledo... La relación seguía creciendo. Algunas

agrupaciones estaban formadas por estudiantes; otras no, y en bastantes casos el periódico ni siquiera proporcionaba información suficiente para saber quiénes las integraban.

No obstante, todas tenían el mismo propósito: recoger dinero para ayudar a los damnificados.

Miré nuevamente la lista.

La inundación había afectado las provincias de Alicante, Murcia y Almería, mientras que las estudiantinas también salían a centenares de kilómetros de allí.

Esto era nuevo en mi investigación. La desgracia ya no tenía que ocurrir en la misma ciudad para que aparecieran las guitarras.

Dejé de copiar cifras.

Había algo más importante que la cantidad que pudieran reunir.

Empecé a organizar de otra manera las agrupaciones cuya composición podía conocer. Dividí la hoja en dos columnas y escribí sobre ellas: *Académicas* y *Populares*. Bajo la primera fui colocando aquellas que los periódicos identificaban como formadas por estudiantes o vinculadas a un centro de enseñanza. En la segunda, todas las demás.

La diferencia no apareció en una sola noticia, tampoco podía deducirla únicamente de lo ocurrido durante la riada de Santa Teresa. Necesitaba ampliar la búsqueda.

Volví hacia atrás y después seguí avanzando por los años.

Cólera. Inundaciones. Terremotos. Enfermos. Pobres. Damnificados por guerras.



Cada vez que encontraba una desgracia anotaba las estudiantinas que habían salido a pedir ayuda y comprobaba, siempre que la noticia lo permitía, quiénes las integraban.

Poco a poco comenzó a dibujarse una diferencia.

Las estudiantinas populares eran mucho más numerosas, habían llenado durante décadas las calles del carnaval y aparecían constantemente en los periódicos. Algunas también postulaban para socorrer a quienes lo necesitaban, pero entre las estudiantinas formadas realmente por estudiantes la respuesta aparecía con mucha mayor frecuencia.

Me detuve.

Aquello cambiaba la pregunta.

Ya no se trataba de saber por qué aparecían guitarras cuando llegaba una desgracia. Había que averiguar quiénes las tocaban.

Volví a las noticias de la riada y empecé a distribuir las agrupaciones en aquellas dos columnas.

Algunas no planteaban demasiadas dudas. La Estudiantina del Cuerpo Escolar de Salamanca, la estudiantina de la Universidad de Barcelona, la de la Escuela Normal de Toledo y la Estudiantina *La Protectora*, vinculada al Colegio de Segunda Enseñanza de Torrelavega, fueron a parar bajo *Académicas*.

Con otras no podía hacer lo mismo. El periódico las llamaba simplemente *estudiantina* o proporcionaba un nombre que nada decía sobre la condición de sus integrantes. Esas fueron a la columna de *Populares*, salvo cuando encontraba algún dato que me obligaba a rectificar.

La hoja empezó a llenarse.

Pero una sola desgracia no bastaba.

Si realmente existía alguna diferencia entre unas y otras, tendría que repetirse cuando cambiara la causa que las había llevado a salir a la calle.

Seguí adelante.

No tuve que esperar demasiado.

En 1884 volví a encontrar inundaciones. Y, antes de terminar aquel mismo año, otra desgracia sacudió el país.

Esta vez fue la tierra. Los terremotos que sacudieron Andalucía en los últimos días de diciembre de 1884 dejaron centenares de muertos y heridos en plena Navidad. En el campo y las poblaciones dejaba miles de viviendas destruidas o dañadas. Granada y Málaga fueron las provincias más castigadas.



Ello determinó que en los primeros meses de 1885 volvieran a aparecer estudiantinas. Empecé a trasladarlas a mis dos columnas.

En Madrid encontré una formada por alumnos de las Escuelas Superiores de Diplomática y de Música y Declamación, otra de la Escuela Superior Diplomática, otra de la Escuela de Veterinaria y una de escolares de la que no pude conocer su centro académico. En Valencia aparecían las de las Facultades de Derecho y Medicina; en Alicante, la del Instituto Provincial de Segunda Enseñanza; en Granada, una formada por alumnos de la Universidad y del Colegio Hispano Romano; en Almería, la de la Escuela Normal; y también surgieron estudiantinas de escolares en Ronda y otros lugares.

La columna de *Académicas* crecía.

Pero la otra tampoco permanecía vacía.

Encontré agrupaciones pertenecientes a sociedades y círculos, estudiantinas infantiles, otras formadas por músicos y algunas cuya composición no podía determinar. También ellas habían respondido a los terremotos. Hasta la Estudiantina Española Fígaro, que por entonces estaba de gira por Buenos Aires, destinó una función a beneficio de las víctimas de aquellos terremotos.

Estos datos me obligaron a contenerme.

Las dos columnas no partían de poblaciones comparables. Cualquier vecino podía formar parte de una estudiantina popular, una población inmensamente mayor que la de los estudiantes, pero las académicas solo podían nutrirse de quienes estudiaban.

Subrayé esa diferencia.

Si quería saber cuál de los dos grupos había respondido con mayor intensidad ante las desgracias, no bastaba con contar estudiantinas.

Tendría que averiguar qué representaban aquellas salidas dentro de cada uno de los dos grupos. Necesitaba más casos.

Seguí avanzando por 1885.

Y casi inmediatamente reapareció una palabra que ya había encontrado al comienzo de mis pesquisas:

Cólera.

Treinta y un años después de aquella primera noticia hallada en 1834, la enfermedad volvía a extenderse por España y Murcia fue nuevamente una de las provincias castigadas.

Busqué las estudiantinas.

Ya no las miraba de la misma manera.

Cada vez que encontraba una intentaba averiguar quiénes la formaban antes de anotar cuánto había recogido o a quién destinaba el dinero.

Académica.

Popular.

Las dos columnas empezaron a acompañarme de periódico en periódico.

Ahora la epidemia de cólera acabaría dejando miles de muertos en Murcia. Y las estudiantinas volvieron a salir.

Encontré la de La Unión Literaria, la de la Casa de la Misericordia, la de la Sociedad Belluga, la de la Sociedad La Juventud, una formada por dependientes de una tienda de calzado... También se conformaron otras en El Palmar, San Javier y Blanca.

Fui distribuyéndolas entre mis columnas, pero cuanto más avanzaba, más evidente resultaba que el cólera no era una excepción. Tampoco lo habían sido los terremotos ni las inundaciones. Las guitarras de las estudiantinas aparecían una y otra vez cada vez que algún colectivo necesitaba ayuda.

La cuestión seguía siendo quién acudía con mayor frecuencia.

Pasé varias hojas hacia atrás y comencé a contar.

Había encontrado muchas más estudiantinas populares que académicas.

Era lógico.

Podían formarse entre una población muchísimo mayor. Por tanto, comparar únicamente cuántas habían salido a pedir dinero no resolvía nada. Se tenía que computar desde otra perspectiva.

De repente me acordé de la vieja pandereta que había encontrado guardada en el arcón, junto al manto de mi abuelo y aquellos legajos de prensa. Apenas me había detenido en ella,

aunque recordaba que me llamó la atención que su parche estuviera hecho con un trozo de pergamino usado. Fueron los periódicos los que acabaron reteniéndome.

Me levanté y fui a buscarla.

La cogí y tuve entre las manos, pudiendo observarla con atención. La madera se había oscurecido con los años y el pergamino mostraba las huellas del tiempo.

Casi sin pensarlo, me vi sosteniéndola horizontalmente.

Fue entonces cuando me fijé en el pergamino que tenía por parche. Había unas palabras escritas a tinta que estuvieron delante de mí desde el día en que abrí el arcón y nunca había reparado en ellas.

Sus letras estaban desvaídas. Algunas apenas se distinguían; otras conservaban todavía el trazo oscuro de la tinta. Acerqué la pandereta a la luz hasta conseguir leerlas.

Entonces comprendí que aquel pergamino no había sido elegido al azar.

Lo que estaba escrito en él tenía que ver con una desgracia.

Me quedé mirándola. Durante todos aquellos años había permanecido guardada en el arcón junto al manto de mi abuelo, y nunca me había preguntado por qué la había conservado. Ahora tenía ante mí una posible respuesta.

Si aquel instrumento había sido de alguien de la familia durante sus años de estudiante, podía haber servido precisamente para aquello que llevaba días encontrando en los periódicos: postular.

Volví a mantenerla horizontalmente ante mí. Entonces comprendí algo que se me había escapado hasta ese momento. El parche y el aro de madera que sobresalía a su alrededor formaban una pequeña bandeja. Las monedas caerían sobre el pergamino y quedarían contenidas por su aro sin rodar hasta el suelo.

Busqué inmediatamente entre los periódicos de aquellos años.

Hasta entonces había seguido la pista de las estudiantinas. Ahora tenía algo mucho más preciso: lo escrito en el pergamino.

Empecé por 1846 y fui avanzando.

Al principio cualquier noticia sobre una desgracia me hacía detenerme: una epidemia, una inundación, un incendio, cualquier acontecimiento que hubiera podido motivar a los estudiantes para salir a la calle pidiendo ayuda.

Pronto comprendí que aquello no bastaba.

Necesitaba que coincidieran varias cosas. La desgracia tenía que haber ocurrido mientras mi padre estudiaba en Salamanca y, además, debía encontrar alguna noticia de estudiantes que hubieran salido a postular por ella.

Fui anotando fechas y lugares.

Algunas desgracias habían provocado cuestaciones, pero demasiado lejos de Salamanca. En otras aparecían estudiantinas, aunque nada permitía relacionarlas con lo escrito en la pandereta. También encontré años en los que los periódicos apenas me ofrecieron nada.

Taché varias anotaciones.

La búsqueda comenzaba a parecerse cada vez menos a seguir la historia de las estudiantinas y más a reconstruir unos años de la vida de mi padre de los que nunca me había hablado.

Miré otra vez las palabras escritas sobre el parche.

Tenía que encontrarlas también en un periódico.

Continué buscando.

Poco a poco fui dejando de prestar atención a las noticias que solo hablaban de máscaras, músicas o diversiones. Me detenía, en cambio, ante cualquier referencia a una cuestación o actividad benéfica organizada por estudiantes. Después comprobaba el lugar, la fecha y, cuando el periódico lo decía, el destino de lo recaudado.

Ninguna coincidía.

Pasaron ante mí varios años de la vida de mi padre sin que pudiera encontrarlo en ellos.

Aquello me produjo una sensación extraña. Conocía el año en que había llegado a Salamanca, sabía que había estudiado allí y tenía su pandereta sobre la mesa. Sin embargo, entre aquellas páginas seguía siendo invisible.

Hasta que una noticia me hizo detenerme.

La leí dos veces.

Hablaba de una cuestión organizada por estudiantes. Durante unos instantes creí haber encontrado lo que buscaba, pero bastó comprobar la fecha para descartarla. Mi padre ya no podía estar entre ellos.

Anoté la referencia de todos modos.

Aquello me hizo advertir otro problema. No sabía exactamente durante cuánto tiempo había permanecido mi padre en Salamanca. Conocía el comienzo de sus estudios, pero no podía fijar con la misma seguridad cuándo habían terminado.

Regresé a los papeles del arcón.

Hasta entonces los había consultado buscando noticias de estudiantinas. Ahora los miraba de otra manera. Cartas, recibos, papeles universitarios, cualquier fecha podía servirme para acotar aquellos años.

Fui separando cuanto pertenecía a mi padre.

El montón era mucho menor de lo que esperaba.

Había conservado durante décadas aquella pandereta y, sin embargo, apenas había dejado noticias de lo que había hecho con ella.

La coloqué junto a los papeles.

Por primera vez pensé que quizá estaba buscando la desgracia antes de conocer suficientemente al hombre que había salido a pedir por sus víctimas.

Volví a empezar.

Esta vez anoté todo lo que podía situarlo en Salamanca: fechas, cursos, lugares, nombres. No pretendía reconstruir sus estudios. Solo necesitaba establecer durante qué años podía haber pertenecido a aquella estudiantina.

La pandereta permanecía a mi lado.

De vez en cuando volvía a mirar el parche. Las palabras continuaban allí, esperando que yo encontrara en algún periódico aquello que mi padre nunca me había contado.

Cuando tuve delante una sucesión de años razonablemente segura, regresé a la prensa.

Ahora podía descartar mucho más deprisa.

Fui recorriendo las noticias una por una. Algunas estudiantinas pedían para los pobres; otras destinaban lo recaudado a establecimientos de beneficencia. También encontré cuestaciones cuyo objeto apenas se explicaba. Pero yo buscaba otra cosa.

Buscaba una desgracia concreta.

Y buscaba Salamanca.

Pasaron varias horas.

En algún momento dejé de tomar notas. Me limité a leer.

Fue entonces cuando comprendí que quizá había cometido otro error.

Había supuesto que la desgracia tenía que haber ocurrido en Salamanca.

Nada de lo escrito en el parche obligaba a pensarlo.

Años después había encontrado estudiantinas que recorrían sus propias ciudades para socorrer a personas que vivían a cientos de leguas de distancia. ¿Por qué tenía que haber sido diferente en tiempos de mi padre?

Volví sobre las noticias que había descartado por el lugar de la desgracia.

La búsqueda acababa de ensancharse de nuevo.

Una fecha me hizo detenerme.

1846.

Y debajo, un nombre que conocía demasiado bien: Murcia.

Leí la noticia con atención. Durante aquellos carnavales había salido por las calles una estudiantina que pedía dinero. Por un momento pensé que la coincidencia podía llevarme a alguna parte.

Pero seguí leyendo.

Aquellos hombres no eran estudiantes de Salamanca. Ni siquiera eran estudiantes. La agrupación estaba formada por músicos de la ciudad y algunos miembros del Ayuntamiento.

Anoté la noticia y tracé una raya a su lado.

Murcia, 1846.

El mismo año en que mi padre había llegado a Salamanca.

No era lo que buscaba.

Sin embargo, aquella noticia me hizo detenerme más de lo que esperaba.

Hasta entonces había unido casi sin darme cuenta tres cosas distintas: el lugar de la desgracia, el lugar donde se organizaba la estudiantina y las calles por las que esta salía a pedir. ¡No tenían por qué ser el mismo!

Regresé a mis anotaciones.

Si mi padre había pertenecido a una estudiantina mientras estudiaba en Salamanca, podía haber postulado allí para socorrer a personas que se encontraban muy lejos. No necesitaba buscar una desgracia ocurrida en Salamanca.

Tampoco podía limitarme a Murcia.

Taché el criterio que había estado utilizando y empecé de nuevo.

Esta vez busqué las desgracias de aquellos años sin atender al lugar en que habían ocurrido. Después comprobaría si alguna había provocado una cuestión entre los estudiantes de Salamanca.

El trabajo se multiplicó.

Volvieron a aparecer epidemias, inundaciones, incendios y noticias sobre familias que lo habían perdido todo. Algunas habían despertado suscripciones públicas. En otras se organizaban funciones, colectas o repartos de limosnas. De vez en cuando aparecía también una estudiantina.

Pero Salamanca seguía sin aparecer.

Pasé otra página.

Después otra.

Comencé a preguntarme si estaba buscando algo que los periódicos nunca habían recogido.

La pandereta demostraba que algo había ocurrido. Las palabras escritas sobre el parche también. Pero nada obligaba a que hubiese quedado noticia de ello en la prensa.

Aquella posibilidad me inquietó.

Durante días había confiado en los periódicos para reconstruir un mundo que había desaparecido mucho antes de que yo naciera. Ahora tenía delante un objeto que procedía de ese mismo mundo y que parecía saber algo que los periódicos callaban.

Cogí nuevamente la pandereta.

Pasé los dedos por el borde de madera y volví a leer las palabras.

Quizá había empezado por el final.

En lugar de buscar estudiantinas, debía buscar primero la desgracia.

Dejé a un lado todas las noticias sobre agrupaciones y comencé a revisar únicamente las que hablaban de aquello que estaba escrito en el parche.

Pronto surgió otra dificultad.

Los periódicos no siempre llamaban de la misma manera a una desgracia. Una inundación podía aparecer como avenida, riada o desbordamiento. Una epidemia podía quedar reducida al nombre de la enfermedad o a una escueta referencia a los enfermos. Y cuando se pedía ayuda para quienes la habían sufrido, unas veces eran víctimas, otras damnificados, pobres o simplemente desgraciados.

Las palabras de la pandereta podían haber sido escritas por cualquiera de los estudiantes, no tenía ningún motivo para suponer que un periodista hubiera utilizado exactamente las mismas.

Amplíe de nuevo la búsqueda.

Esta vez avancé más despacio.

Ya no esperaba encontrar una frase idéntica. Buscaba un acontecimiento que pudiera explicar por qué alguien había considerado necesario escribir aquellas palabras sobre el mismo parche destinado a recibir las monedas.

La idea me hizo mirar otra vez la pandereta.

Quien entregaba una moneda podía ver para qué se la pedían.

Aquello cambiaba también el sentido de la inscripción. No tenía por qué ser un recuerdo escrito después, podía haber formado parte de la propia cuestación.

Nuevamente la coloqué horizontalmente. Imaginé por un instante este gesto repetido muchas veces: acercar la pandereta, ofrecer el parche, esperar la moneda y recogerla protegiendo el tesoro que contenía. Los panderetistas tocaban el parche y luego se encargaban de mostrarlo boca arriba para que les echaran algunas monedas.

Busqué aquella anotación entre mis papeles.

Allí estaba.

La releí y después miré la pandereta.

Por primera vez dejé de verla como un instrumento que mi padre había conservado y empecé a verla como elemento necesario para pedir cuando se ofrecía boca arriba.

Entonces recordé nuestras cuestaciones por las calles de Murcia.

¡La gente no puede imaginar cuánto dinero cabe en una pandereta boca arriba!

Recordé también el tintineo de las monedas al caer sobre el parche.

Miré la que tenía delante.

Mi padre había hecho probablemente el mismo gesto muchos años antes que nosotros.

La sostuvo boca arriba. El aro impidió que las monedas cayeran al suelo. Y, mientras pedía, las palabras escritas sobre el parche quedaron a la vista de quienes se acercaban a entregar su limosna.

Aquello me hizo comprender algo más.

La inscripción no tenía por qué haber sido escrita para que mi padre recordara aquella desgracia. Podía estar allí para que la conocieran los demás.

Volví a leerla.

Si era así, aquellas palabras habían acompañado la cuestación.

Ya no buscaba solamente una desgracia ocurrida durante los años en que mi padre estudió en Salamanca. Buscaba una desgracia por la que unos estudiantes hubieran decidido pedir ayuda.

Regresé a los periódicos.

Esta vez no empecé por Salamanca.

Empecé por Murcia.

No tardé en encontrar una coincidencia que me hizo enderezarme en la silla.

1846.

Era el mismo año en que mi padre había llegado a Salamanca con dieciocho años.

Durante el carnaval de Murcia había salido a la calle una estudiantina. Volví al principio de la noticia y la leí con más cuidado.

Por un momento pensé que podía haber encontrado el comienzo del camino.

Pero no tardé en comprender que no.

Aquella estudiantina estaba formada por algunos miembros del Ayuntamiento y por músicos de la ciudad. Habían salido a postular por las calles y consiguieron reunir mil trescientos reales.

No eran los estudiantes que buscaba.

Anoté la fecha y la cantidad antes de apartar la noticia.

Murcia. 1846. 1.300 reales.

Me quedé mirando el año.

Mientras aquellos hombres recorrían las calles de Murcia disfrazados de estudiantes, mi padre comenzaba sus estudios en Salamanca.

La coincidencia no demostraba nada, pero resultaba difícil no detenerse en ella.

Continué buscando.

Esperaba encontrar durante los años siguientes alguna desgracia que hubiera movilizad o a los murcianos y cuya noticia hubiese podido llegar hasta Salamanca. Pero los periódicos no me ofrecieron la respuesta que esperaba.

Cambié entonces el orden de la búsqueda.

Si una desgracia ocurrida lejos podía provocar una cuestación en otra ciudad, también podía suceder lo contrario. Los estudiantes de Salamanca podían haber salido a pedir para socorrer a personas de cualquier lugar de España.

Ya no importaba dónde hubiese ocurrido.

Lo que necesitaba encontrar era la reacción.

Regresé a los años en que mi padre había sido estudiante y comencé a seguir las cuestaciones una por una.

Algunas estaban destinadas a los pobres. Otras, a establecimientos de beneficencia. Encontré también agrupaciones que pedían sin que la noticia explicara con claridad qué destino tendría el dinero.

Las fui separando.

No podía hacer que ninguna dijera más de lo que decía.

La pandereta, en cambio, seguía siendo mucho más precisa.

Sobre su parche alguien había considerado necesario escribir el motivo de aquella petición.

Acerqué otra vez el instrumento.

Allí estaba la desgracia.

Lo que todavía me faltaba era encontrar a los estudiantes.

Seguí avanzando por los periódicos de aquellos años.

Poco a poco fueron apareciendo. A veces eran unos escolares que organizaban una función; otras, estudiantes que participaban en una cuestación o reunían dinero para socorrer a quienes lo necesitaban. No siempre formaban una estudiantina, pero su presencia confirmaba que aquellas iniciativas también habían llegado a las aulas.

Fui anotando únicamente las que podían interesarme.

Una fecha.

Un lugar.

El motivo de la cuestación.

Y quiénes habían participado.

La lista comenzó a crecer.

Entonces hice algo que hasta aquel momento no se me había ocurrido. Dejé de leer las noticias en el orden en que aparecían y busqué directamente las palabras que tenía delante, escritas sobre el pergamino.

El resultado fue inmediato.

Encontré la desgracia.

No aparecía una sola vez. Durante varios días los periódicos habían informado de lo ocurrido. Las primeras noticias eran confusas; después comenzaban a conocerse sus consecuencias y, poco a poco, aparecían las llamadas para socorrer a quienes lo habían perdido todo.

Miré la pandereta.

Era la misma desgracia.

Por primera vez desde que había descubierto aquellas palabras sobre el parche tenía algo que podía unir aquel objeto con una fecha.

La anoté.

Después busqué qué había ocurrido en Salamanca durante aquellos días.

Ahí estaba la verdadera prueba.

Pasé de un periódico a otro siguiendo las noticias posteriores. Suscripciones, donativos, funciones benéficas...

Hasta que apareció la palabra que llevaba esperando desde que comencé aquella búsqueda.

Estudiantes.

Seguí avanzando.

En 1847 me detuve más tiempo. Aquel año el hambre había golpeado con dureza algunas regiones y pensé que podía encontrar allí la explicación. Pero tampoco fue así. Entre las

noticias que había reunido no aparecía ninguna estudiantina organizada para aliviar aquella situación.

Continué.

En 1848 volvieron a aparecer agrupaciones en Madrid y San Sebastián. Al año siguiente encontré otra en Madrid. En 1852, una estudiantina de Barcelona pedía para la beneficencia.

Pasé a 1853.

Palma, Barcelona, Madrid. Nuevas estudiantinas, algunas de ellas con finalidad benéfica.

Dejé el último periódico sobre la mesa.

Durante unos instantes no hice nada.

Había partido de una pandereta que sabía que había pertenecido a mi padre y había terminado persiguiendo por media España a unos estudiantes que se empeñaban en no aparecer donde los necesitaba.

Miré nuevamente el parche.

Las palabras continuaban allí.

El periódico podía callar. El pergamino, no.

Aquella inscripción había sobrevivido casi un siglo y alguien la había escrito por una razón.

Ya sabía para qué podía haber servido boca arriba. También sabía que los estudiantes de aquellos años salían a pedir y que algunas de sus cuestaciones tenían fines benéficos. Pero no había encontrado una sola noticia que me permitiera afirmar que mi padre hubiese recorrido Salamanca con aquel instrumento para socorrer la desgracia escrita en su parche.

No iba a inventarla.

Guardé mis anotaciones.

Dejé la pandereta sobre la mesa.

Cada vez que entraba en la habitación la veía allí, entre los periódicos, como una pregunta que había aprendido a formular pero todavía no sabía responder.

Hasta que comprendí que estaba exigiendo a los periódicos algo que quizá nunca podrían darme.



Mi padre había conservado la pandereta.
Eso era un hecho.
Sobre su parche permanecían escritas aquellas palabras.
Eso también lo era.
Todo lo demás tendría que esperar.

Volví entonces a las noticias que había ido dejando a un lado durante la búsqueda. Había comenzado queriendo averiguar por qué aparecían guitarras, bandurrias y panderetas cada vez que una desgracia reclamaba ayuda. Ahora sabía que aquella costumbre era más antigua de lo que había supuesto y que no pertenecía solamente a los estudiantes.

Había músicos, jóvenes, miembros de sociedades, escolares y gentes que se vestían como ellos. Unos pedían para los pobres; otros para hospitales, casas de beneficencia o personas que acababan de perderlo todo.

Pero algo había empezado a cambiar.
Entre aquellas agrupaciones, los estudiantes aparecían cada vez con mayor claridad.
Cerré el legajo de aquellos años y tomé el siguiente.
La pandereta se quedó sobre la mesa.
No había resuelto su secreto.

Pero ya sabía qué debía buscar cuando volviera a encontrarla entre las páginas de los periódicos: estudiantes que hubieran convertido su música en una forma de socorrer una desgracia.

Y a partir de entonces comenzaron a aparecer con mucha mayor frecuencia.
Seguí avanzando hasta 1865.

El nombre de una de aquellas agrupaciones me hizo detenerme.
Colegio de San Fulgencio.

Lo conocía bien, mi padre había dado clases allí.
Volví a leer la noticia desde el principio.

La estudiantina del colegio había recorrido las calles de Murcia tocando sus instrumentos y recogiendo donativos para auxiliar a los pobres enfermos por la epidemia de cólera.

Dejé de leer.



Cólera.

Miré la pandereta.

¡Las palabras desvaídas de su parche hablaban de la misma desgracia!

Hasta entonces me había preguntado a quién habría pertenecido, tenía delante algo más que una coincidencia entre fechas. Si había permanecido durante tantos años guardada entre los objetos de la familia, parecía razonable pensar que había sido de alguno de mi familia.

Volví a mirar el nombre del colegio.

Mi padre había estudiado Magisterio en la Escuela Normal de Murcia. Fue el único de la familia que siguió esos estudios y después había dado clases a los seglares del Colegio San Fulgencio.

Ahora tenía ante mí la noticia de la estudiantina de aquel colegio postulando por la misma desgracia que aparecía escrita en la pandereta.

La posibilidad resultaba difícil de ignorar.

¿Había pertenecido a mi padre?

Necesitaba averiguar si había formado parte de aquella estudiantina.

Aparté los demás periódicos y concentré mi búsqueda en aquella estudiantina.

La noticia decía lo suficiente para saber qué habían hecho, pero no quiénes la formaban. Ninguno de sus integrantes aparecía mencionado.

Busqué otras referencias de aquellos días. Encontré de nuevo el nombre de San Fulgencio y noticias sobre la epidemia, pero nada que relacionara a mi padre con aquella agrupación.

Comenzaba a pensar que había llegado a un callejón sin salida cuando recordé que los periódicos no eran lo único que había encontrado en el arcón.

En el arcón, un legajo atado e identificado como «Papeles de la familia» llamó mi atención.

Lo saqué y desaté el cordel. Había documentos de distintas épocas y de varios miembros de la familia. Comencé a revisarlos buscando cualquier cosa relacionada con mi padre.



No tuve que buscar demasiado.

Entre los papeles de la familia había documentos de aquellos años que nunca había relacionado con la pandereta. Volví a ellos buscando el nombre de San Fulgencio.

Allí estaba.

Una fotografía amarillenta y llena de rayaduras y grietas, quizás fruto de haberla llevado consigo en el bolsillo, mostraba a mi padre tocando la pandereta en aquella estudiantina.

La observé durante unos instantes y algo en aquella imagen me resultó familiar.

Volví al grabado que había encontrado en el periódico con la noticia de la cuestación del San Fulgencio.

Entonces lo vi.

Allí estaba mi padre. En primer plano, haciendo equilibrios con la pandereta en la mano.

No me había percatado la primera vez. Entonces solo había visto a los integrantes de una estudiantina recorriendo las calles de Murcia. Ahora, después de ver aquella fotografía, no podía confundirlo. Lo había visto cientos de veces practicando ese equilibrio, con la pandereta dando vueltas sobre la punta del índice.

Miré de nuevo la pandereta que tenía sobre la mesa, la que durante años había permanecido guardada en el arcón de mi abuelo.

Volví a leer las palabras desvaídas escritas sobre el parche. Ahora comprendía para qué estaban allí. Se habían escrito para que quienes depositaban su dinero supieran cuál sería el destino de sus monedas.

Volví a mirar la pandereta.

¡Mi padre había recogido monedas para ayudar a los enfermos de cólera de aquella epidemia!



Capítulo 9. Una cuestión de identidad

Durante aquellos meses había adquirido la costumbre de organizar los periódicos según los temas que me interesaban, para poder analizar mejor sus contenidos. Uno de ellos eran los conflictos relacionados con las estudiantinas.

Algunas eran simples protestas. Otras hablaban de concursos, discusiones sobre un premio y de estudiantes que acusaban a otros de utilizar nombres y distintivos que no les correspondían. Había incluso noticias de algún enfrentamiento.

La pila había ido creciendo sin que me ocupara de ella.

Aquella mañana la llevé al centro de la mesa y ordené los periódicos por fechas. Quería saber si aquellas disputas tenían algo en común o si solamente había reunido, por una manía de periodista, una colección de riñas ocurridas a lo largo de los años. Si lo había colocado allí era por un detalle que entonces me había llamado la atención.

El más antiguo que encontré era de 1893. Lo había colocado allí por un detalle que me llamó la atención. La estudiantina de la Universidad Literaria de Sevilla había incorporado al traje un lazo cuyo color indicaba los estudios que cursaba cada uno de sus integrantes.

El detalle pudo parecer insignificante en 1893, pero, visto desde 1939 y a la luz de los periódicos posteriores, adquiriría pleno significado. Otras estudiantinas formadas por escolares también prendieron del jubón lazos con los colores correspondientes a sus estudios.

Aquello cambiaba las cosas.

No estaba ante un simple adorno utilizado por una agrupación sevillana. El uso del lazo se había extendido entre las estudiantinas académicas.

Pensé entonces en las numerosas agrupaciones que había encontrado durante mi investigación. Desde hacía años, comparsas y estudiantinas que no estaban formadas por estudiantes utilizaban nombres y vestidos semejantes a los suyos. Si cualquiera podía vestirse de estudiante durante el carnaval, el traje había dejado de bastar para demostrar quién lo era.

El lazo añadía algo que el vestido ya no podía garantizar: la identificación de los estudios que decía cursar quien lo llevaba.

Quizá por eso había terminado extendiéndose.

Dejé sobre la mesa las noticias en las que volvía a aparecer aquel distintivo. Vistas juntas, parecían contar algo que cada una por separado apenas dejaba entrever.

Los estudiantes estaban intentando distinguirse.

Y no tardaría en encontrar periódicos en los que aquella necesidad de distinguirse dejó de expresarse únicamente mediante un lazo.

En 1907 encontré algo distinto.

Durante el Carnaval de Madrid se habían convocado concursos separados para estudiantinas y comparsas. La separación resultaba significativa después de lo que acababa de leer. Quizá las diferencias entre las agrupaciones académicas y las que no lo eran habían llegado a ser demasiado evidentes para seguir compitiendo juntas.

Pero aquella separación no evitó el conflicto.

La Tuna Escolar Universitaria obtuvo el primer premio del concurso de estudiantinas. La Estudiantina La Filarmónica consiguió el segundo y protestó contra el resultado, llegando a proponer que se celebrara un nuevo certamen ante otro jurado.

No se trataba simplemente de una disputa por un premio.

La respuesta de la Tuna Escolar Universitaria introducía precisamente la cuestión que había detectado en 1893. Afirmaba estar formada en su totalidad por «estudiantes auténticos» y denunciaba que algunas comparsas y rondallas se titulaban estudiantinas y utilizaban lazos con los colores de las Facultades sin tener derecho a ello.

Volví a mirar las noticias que acababa de dejar sobre la mesa.

¡Las estudiantinas populares también habían copiado sus lazos!

Lo que catorce años antes había encontrado como un medio para identificar los estudios de quienes integraban una estudiantina aparecía ahora en el centro de una disputa sobre quién tenía derecho a llevarlos.

Y esta vez la discusión no se quedó en las palabras.

Tres individuos que llevaban los colores de Derecho, Medicina y Veterinaria se habían separado de una de aquellas agrupaciones y, según la versión publicada por la Tuna Escolar Universitaria, habían intentado enfrentarse con sus integrantes.

Después vino lo que más me interesó.

Los tres fueron identificados. No eran estudiantes. La propia carta los llamaba «apócrifos estudiantes» y afirmaba que, en el mismo lugar, se les había obligado a desprenderse de los atributos que no les correspondían.

Aquello daba al lazo de 1893 una importancia que entonces difícilmente habría podido imaginar.

Primero habían copiado el traje. Después, también el distintivo creado para diferenciar a quienes realmente estudiaban.

Pero la historia no terminaba allí.

La respuesta de *La Filarmónica* complicaba las cosas. Aseguraba haber presentado en el Gobierno Civil de Madrid la relación de sus asociados junto con las matriculas de las asignaturas que cursaban. Sus integrantes, por tanto, también defendían su condición de estudiantes.

Pero su protesta contenía otro detalle que me llamó la atención. Se quejaban de que se hubieran facilitado los estandartes de las Facultades para lo que ellos mismos llamaban «carnavaladas».

Ya no sabía muy bien dónde colocar la frontera.

Unos acusaban a otros de utilizar los colores de las Facultades sin derecho a ello. Los otros respondían mostrando sus matriculas y discutían que los primeros pudieran servirse de los estandartes universitarios.

Todos parecían querer demostrar lo mismo: que eran ellos quienes podían presentarse legítimamente como estudiantes.

Miré otra vez la pila.

Había empezado buscando conflictos entre estudiantinas y acababa de encontrar algo más interesante: Estaban disputándose una identidad.

Busqué qué había ocurrido después.

No encontré una rectificación del resultado, por lo que cabía pensar que los organizadores del concurso, el Ayuntamiento de la ciudad, habían dado por terminado el asunto. Quizá repetir el certamen una vez concluidas las fiestas de carnaval habría supuesto un gasto que nadie estaba dispuesto a asumir.

El primer premio siguió siendo de la Tuna Escolar Universitaria y el segundo de La Filarmónica. Pero aquello era ya lo que menos me interesaba. Las dos agrupaciones habían defendido ante la prensa su condición de estudiantes y las dos habían recurrido, de un modo u otro, a los atributos universitarios para sostenerla.

El conflicto quedaba sin resolver en mis periódicos.

La cuestión que había dejado al descubierto, no.

El verdadero problema había sido desvelado: quién podía presentarse como estudiante y quién tenía derecho a utilizar sus distintivos.

Continué con la pila.

Diecisiete años después encontré otra noticia que me obligó a mirar el problema de una manera diferente.

Esta vez recordaba aquellos días. En 1924 la discusión sobre la enseñanza había llegado también hasta las estudiantinas. Unas defendían la enseñanza oficial; otras, la enseñanza libre según estuvieran adscritas a la FUE o a la CECE. El significado de los acrónimos aportaba una explicación al conflicto. La Federación Universitaria Escolar, la FUE, con tendencia política de izquierdas, se había convertido en una alternativa laica frente a organizaciones confesionales como la Confederación de Estudiantes Católicos de España, la CECE, de tendencia política de derechas.

Entre los papeles conservaba una página de *Blanco y Negro* del 2 de marzo.

La extendí sobre la mesa.

El dibujante había resuelto el enfrentamiento en tres escenas. Una estudiantina avanzaba al grito de «¡Viva la enseñanza libre! ¡Abajo la enseñanza oficial!». Otra respondía defendiendo exactamente lo contrario. En la última viñeta ambas terminaban chocando.

Diecisiete años después encontré otra noticia que me obligó a mirar el problema de una manera diferente.

Esta vez recordaba aquellos días. En 1924 la polémica entre la enseñanza oficial y la enseñanza libre había alcanzado también a las estudiantinas. Había agrupaciones adscritas a la FUE y otras a la CECE.

Entre los papeles conservaba una página de *Blanco y Negro* del 2 de marzo.

La extendí sobre la mesa.

El dibujante había resuelto el asunto en tres escenas. Una estudiantina avanzaba al grito de «¡Viva la enseñanza libre! ¡Abajo la enseñanza oficial!». Otra hacía exactamente lo contrario. En la última viñeta ambas terminaban chocando.

Sonreí.

En 1907 habían discutido sobre quién podía llamarse estudiante y utilizar los atributos que lo identificaban. En aquella viñeta de 1924 no parecía estar en discusión que lo fueran.

El problema estaba ahora entre los propios estudiantes.

Sus estudiantinas podían representar también las divisiones que existían entre ellos.

Pasaron otros siete años antes de que encontrara un conflicto en el que aquella cuestión de identidad aparecía con todavía mayor claridad.

En febrero de 1931 las universidades atravesaban nuevamente días difíciles. La agitación estudiantil había provocado cierres y huelgas. La Tuna Normalista de La Coruña decidió no salir aquel año y entregar su bandera a las autoridades académicas mientras durase aquella «anormalidad escolar».

La Tuna Compostelana tomó una decisión diferente.

Viajó a La Coruña.

Allí la esperaban.

La prensa describía una recepción muy distinta de las que solían acompañar a las estudiantinas. Hubo silbidos y gritos. Una comisión de la FUE visitó a los responsables de la agrupación para aconsejarles que abandonaran la ciudad hasta que las circunstancias fueran otras. Después apareció una protesta de los estudiantes universitarios.

La leí con atención.

El primer argumento era sencillo: si la Universidad estaba clausurada, ninguna tuna podía salir de ella.



El segundo me devolvía directamente a los periódicos que había ido reuniendo desde 1893.

Los estudiantes coruñeses negaban a aquella agrupación el derecho a utilizar el nombre de *Universitaria*. Alegaban dos razones: no estaba integrada completamente por estudiantes y tampoco había recibido lo que llamaban «consagración académica».

Aquellas palabras me hicieron volver sobre mis notas.

Consagración académica.

En 1907 se había discutido quién era un estudiante auténtico y quién podía utilizar los colores de las Facultades. Ahora aparecía algo más: no bastaba con que hubiera estudiantes dentro de una agrupación. Para quienes habían formulado aquella protesta, tampoco cualquiera podía presentarse públicamente como una tuna universitaria.

Y esta vez la protesta tuvo consecuencias.

Al día siguiente encontré una noticia encabezada con dos palabras: «Cambio de nombre».

La Tuna Compostelana había acordado llamarse *Rondalla Escolar* y sustituir los colores de las distintas Facultades que llevaba por otro que no guardaba relación con ellas.

Me quedé mirando la noticia.

Habían cambiado el nombre.

Habían cambiado los colores.

Precisamente las dos cosas que durante aquellos años había visto convertirse en señales de identidad. Los argumentos alegados por los estudiantes coruñeses, al parecer en referencia a la comisión de la FUE, habían surtido efecto.

Guardé las dos noticias juntas.



Apenas unas semanas después, el conflicto universitario volvió a recrudecerse. El 7 de marzo la FUE declaró una nueva huelga, esta vez contra la aplicación de la llamada Ley Callejo. Entre otras cosas, aquella disposición permitía que los colegios de los jesuitas de Deusto y de los agustinos de El Escorial pudieran otorgar títulos hasta entonces reservados a las universidades del Estado. La protesta comenzó en Madrid y se extendió a otras universidades.

Entonces entendí mejor algunas de las noticias que había ido reuniendo.

Las diferencias entre enseñanza oficial y libre que aquella caricatura había representado a dos estudiantinas enfrentadas no habían desaparecido. Años después seguían formando parte de las disputas entre los estudiantes y ahora alcanzaban también a las agrupaciones que los representaban.

Pero había algo que me interesaba todavía más.

Una estudiantina podía dejar de salir por solidaridad con los estudiantes en huelga. Otra podía ser rechazada por hacerlo. Y el derecho a llamarse universitaria podía ponerse en cuestión por esa misma comunidad estudiantil.

Aquello daba un significado distinto a una palabra que había encontrado tantas veces en los periódicos: *Universitaria*. El término implicaba una cuestión de identidad: ya no aparecía como una simple denominación, sino como una pretensión de pertenencia que podía ser discutida por los propios estudiantes.

Volví a las noticias que había separado durante aquellos meses, ahora empezaba a comprender qué tenían en común.

En 1893 los lazos con los colores de los estudios habían permitido a los escolares distinguirse de quienes vestían como ellos sin ser estudiantes. En 1907 aquellos mismos colores habían provocado una disputa sobre quién tenía derecho a utilizarlos. En 1924 las estudiantinas habían servido incluso para representar las divisiones existentes entre los propios estudiantes. Y ahora, en 1931, una protesta había conseguido que una agrupación renunciara al nombre de *Tuna Compostelana* y a los colores de las Facultades.

El problema no estaba únicamente en el traje.

Tampoco en los lazos, los colores o el nombre.

Estaba en quién tenía derecho a presentarse ante los demás como estudiante.

Y ese derecho, según mostraban aquellos periódicos, no dependía únicamente de lo que una agrupación afirmara ser. También podía ser reconocido o negado por los propios estudiantes.

Pensé en aquella expresión utilizada por los universitarios coruñeses: «consagración académica». ¿Qué significaba exactamente?

Había encontrado antes algo parecido. En 1925, cuando algunas asociaciones de estudiantes protestaron porque una estudiantina que preparaba un viaje al extranjero no representaba a la Universidad, había aparecido ya la cuestión de la aquiescencia universitaria.

Quizá aquella «consagración académica» no fuera otra cosa que eso: el reconocimiento de la Universidad, otorgado por el rector o por la autoridad académica correspondiente.

Ser estudiante podía demostrarse con una matrícula.

Presentarse como una tuna universitaria parecía exigir algo más.

Seguí revisando los periódicos.

A partir de entonces presté más atención a algo que hasta ese momento había considerado casi una fórmula de cortesía: las noticias que mencionaban al rector, a un decano o a cualquier otra autoridad académica cuando se organizaba una estudiantina.

Ya no me parecían detalles accesorios.

Una agrupación podía estar formada por estudiantes y, sin embargo, encontrar dificultades para atribuirse la representación de la Universidad. Lo había visto en 1925 y acababa de encontrarlo nuevamente en La Coruña. La condición de estudiantes pertenecía a sus integrantes; la condición universitaria de la agrupación parecía necesitar el reconocimiento de la institución.

Eso explicaba también por qué algunos conflictos habían terminado discutiéndose alrededor de cosas aparentemente menores: un nombre, un estandarte, los colores de una Facultad.

No eran simples adornos.

Eran signos de pertenencia.

Miré lo que todavía quedaba en la pila.

La cuestión era saber hasta dónde llegaba aquella pertenencia y quién tenía autoridad para reconocerla.

La respuesta apareció mucho más cerca de mí.

En diciembre de 1935 dos agrupaciones murcianas se disputaron públicamente algo que ahora me resultaba demasiado familiar.

Una se llamaba Tuna Universitaria Murciana. La otra, Tuna Escolar Murciana.

La primera llevó el conflicto a la prensa.

Leí aquella nota de otra manera. Sus organizadores afirmaban que su tuna era la única que contaba con la «aquiescencia» del rector de la Universidad. Añadían que quienes pertenecían a un centro docente debían comunicar su decisión a la autoridad académica antes de organizar una agrupación. Para ellos, aquel era «el primer paso».

Ahí estaba.

La «consagración académica» tenía ahora una forma concreta: la aquiescencia del rector.

Pero la disputa murciana iba todavía más lejos.

Los integrantes de la Tuna Universitaria anunciaban que reclamarían para impedir que la otra agrupación utilizara distintivos estudiantiles o de Facultad.

Volví a mirar mis notas.

Los colores.

Los distintivos.

El nombre.

La condición de estudiante.

La autorización de la autoridad académica.

Todo había terminado reuniéndose en el mismo conflicto.

Cerré el periódico.

Había empezado aquella búsqueda intentando comprender por qué algunas noticias hablaban de estudiantes auténticos, de colores que podían o no utilizarse y de agrupaciones que discutían entre sí el derecho a determinados nombres. Ahora aquellas disputas me parecían menos dispersas.

Durante décadas los estudiantes habían ido construyendo formas de reconocerse y de presentarse ante los demás. El traje había dejado de ser suficiente desde el momento en que también lo utilizaron quienes no estudiaban. Los lazos de colores inicialmente permitieron identificar los estudios, pero también fueron imitados. Los nombres *Escolar* y *Universitaria* añadieron otra forma de pertenencia, aunque tampoco bastaba con adoptarlos.

Había algo más.

Una matrícula acreditaba al estudiante. Pero una agrupación que pretendiera presentarse como universitaria podía necesitar también el reconocimiento de la institución a la que decía pertenecer.

Aquello no significaba que todas las estudiantinas hubieran estado sometidas a la Universidad ni que los rectores decidieran necesariamente sobre su funcionamiento. Mis propios recuerdos me advertían contra una conclusión semejante. Nosotros habíamos decidido qué hacer, dónde tocar y a qué destinar lo recaudado.

Apoyo no era *dirección*.

La aquiescencia de una autoridad académica podía legitimar a una agrupación como universitaria sin convertirla por ello en quien decidía su actividad.

Separé aquellos periódicos del resto.

Ya sabía por qué los había reunido bajo una misma cuestión.

No hablaban únicamente de estudiantinas. Hablaban de quién podía decir: somos estudiantes y esta agrupación nos representa.

Capítulo 10. De estudiantina a tuna

Cuando ordené los papeles de los años siguientes advertí algo que hasta entonces había pasado por alto.

Las agrupaciones estudiantiles seguían apareciendo en los periódicos, pero no siempre lo hacían con el mismo nombre.

Estudiantina.

Estudiantina escolar.

Estudiantina universitaria.

Estudiantina Tuna.

Tuna estudiantina.

Tuna.

Volví hacia atrás y repasé mis anotaciones. ¿Cuánto tiempo duró aquel periodo en el que convivieron diferentes maneras de llamarlas? ¿Cuándo acabó imponiéndose el nombre de *tuna*?

Para responderlas tuve que regresar al principio de mis anotaciones.

En la década de 1830 aún no existían las tunas. Durante el carnaval, la palabra que aparecía con frecuencia era *comparsa*. Pero no todas aquellas comparsas eran de estudiantes. Las había también de ciegos y de tullidos, y cada una parecía llevar a las calles no solo una apariencia distinta, sino también su propia manera de pedir dinero.

Aquello me hizo mirar de otra manera la palabra *comparsa*. No identificaba todavía a una agrupación concreta. Bajo ella podían reunirse personajes y disfraces muy diferentes, cada uno con sus propios recursos para provocar la atención y obtener unas monedas.

Entre todas aquellas denominaciones, sin embargo, comenzó a aparecer una palabra que acabaría teniendo una historia mucho más larga.

Estudiantina.

Regresé a los periódicos de los últimos años de Fernando VII. Ya los había revisado al comenzar mi investigación, pero entonces buscaba saber cómo eran aquellas primeras agrupaciones. Ahora me interesaba otra cosa: cómo las llamaban.

Pronto advertí que *estudiantina* no designaba necesariamente a un grupo de estudiantes. Entonces nombraba a aquellas comparsas que recorrían las calles tocando música para atraer la atención de los viandantes y pedirles unas monedas.

Anoté la primera expresión que había encontrado:
Música estudiantina.
Después escribí: *Comparsa.*
Y debajo: *Estudiantina.*



No había nacido todavía un nombre exclusivo para una agrupación universitaria. Algunas de las noticias hablaban realmente de estudiantes; otras, en cambio, utilizaban aquella denominación para referirse a grupos de personas que recorrían las calles haciendo música y pidiendo dinero, sin relación alguna con el mundo académico.

Aquello explicaba por qué durante algún tiempo las palabras se entremezclaron en los periódicos. Encontré las expresiones *comparsa de estudiantes*, *comparsa estudiantina*, *música estudiantina*, *comparsa de estudiantina* y, finalmente, *estudiantina* sin ningún añadido.

Me detuve en esta última.

Algo había cambiado con el paso del tiempo. Ya no hacía falta acompañarla de otra palabra para que el lector supiera a qué clase de agrupación se refería.

Pero el problema seguía siendo el mismo: llamarse *estudiantina* no significaba necesariamente estar formada por estudiantes.

Volví a mis anotaciones y tracé dos líneas bajo la palabra, intentando abarcar todas las que había encontrado. En una escribí:

Académicas.

En la otra:

Populares.

El mismo nombre servía para agrupaciones de naturaleza muy distinta.

La diferencia empezó a hacerse visible en los propios nombres.

Regresé a las noticias que había clasificado como académicas. Algunas no se conformaban con llamarlas *estudiantinas*. Añadían algo más: *escolar*, *universitaria*, *de la Universidad*.

Aquellas palabras resolvían una duda que las primeras noticias habían dejado abierta. Cuando aparecían, ya no tenía que preguntarme si quienes la conformaban eran realmente estudiantes.

Pero *estudiantina* continuó utilizándose durante décadas tanto para agrupaciones académicas como para otras que nada tenían que ver con las aulas.

Regresé a una de las noticias que había anotado muchos días antes.

Valencia, 1844.



Ya me había detenido en aquellas noticias al comienzo de mi investigación. Entonces me interesaron porque demostraban que también existían estudiantinas formadas realmente por estudiantes. Ahora las leía desde otro punto de vista.

Estudiantina universitaria.

Me detuve en el adjetivo. Si la palabra *estudiantina* hubiera bastado para identificar a una agrupación de estudiantes, ¿por qué había sido necesario añadir *universitaria*?

Busqué la otra noticia de aquel mismo año y apareció la *Estudiantina de la Universidad Literaria*. Esta vez no era un adjetivo el que despejaba la duda. El propio nombre de la institución vinculaba a la agrupación con la Universidad.

Escribí ambas denominaciones una debajo de la otra.

Estudiantina universitaria.

Estudiantina de la Universidad.

Diez años antes, los urbanos de Murcia habían podido vestirse como si fueran estudiantes y salir como *música estudiantina* sin pertenecer a universidad alguna. En aquellas noticias valencianas ocurría algo diferente: el periódico parecía necesitar dejar constancia de la condición académica de sus integrantes.

¿Por qué?

Dos noticias no bastaban para responder.

Seguí buscando.

Durante un buen rato fui separando las noticias en dos montones. En uno dejé aquellas en las que la condición de estudiantes aparecía expresamente indicada. En el otro, las que no me permitían saber quiénes se escondían detrás de la palabra *estudiantina*.

El primer montón crecía con mayor lentitud.

Algunas noticias resolvían la duda desde el principio. Hablaban de alumnos, mencionaban la Universidad o señalaban la facultad a la que pertenecían. Otras se limitaban a anunciar que una estudiantina recorrería las calles durante el carnaval, tocaría ante determinadas casas o saldría a postular. En estas últimas volvía a encontrarme con el mismo problema. ¿Eran estudiantes?

A veces seguía leyendo y encontraba la respuesta unas líneas después. Otras veces buscaba en los periódicos de los días siguientes. Si la agrupación había llamado suficientemente la atención, alguna crónica de su salida podía proporcionar el dato que faltaba en el anuncio.

Pero muchas veces no aparecía nada.

Escribí entonces una palabra que ya había utilizado demasiadas veces en las columnas de mis páginas: *no consta*. Conforme avanzaban los años, encontraba nuevas formas de precisar quiénes eran aquellos músicos. A veces bastaba un adjetivo:

Estudiantina escolar.

Estudiantina universitaria.

En algunas noticias la identificación llegaba a ser todavía más precisa:

Estudiantina de la Universidad.

Las fui copiando en una hoja aparte. Al principio pensé que aquellas diferencias podían obedecer únicamente al gusto de cada redactor. Un periódico prefería *escolar*; otro, *universitaria*; un tercero mencionaba directamente la institución. No habría resultado extraño. Ya había comprobado demasiadas veces la libertad con que la prensa utilizaba las palabras, pero todas aquellas expresiones tenían algo en común: ninguna dejaba al lector ante la duda que me planteaban tantas otras *estudiantinas*. Quienes salían a la calle eran estudiantes.

Recordé entonces una conversación que había escuchado muchas veces con palabras distintas durante mis propios años de estudiante.

—¿Quiénes son esos?

—Una estudiantina.

—Eso ya lo veo, pero ¿son estudiantes?

Sonreí al recordarlo.

La pregunta habría podido hacerse muchos años antes de que yo naciera.

El problema estaba precisamente allí. *Estudiantina* decía cómo se presentaba una agrupación, pero no siempre quiénes la componían. *Universitaria*, *escolar* o el nombre de una Universidad añadían la información que faltaba.

Seguí llenando la hoja.

Había estudiantinas que llevaban en su propio nombre la Facultad o la casa de estudios de la que procedían, otras aparecían simplemente como *escolares* y algunas como *universitarias*. Tampoco faltaron aquellas en las que el periódico prescindía de cualquier adjetivo pero explicaba en el desarrollo del mismo artículo que estaban formadas por escolares.

Aquello complicaba mi clasificación.

Si atendía solamente al nombre, podía equivocarme.

Dibujé una raya junto a las denominaciones y escribí en el margen: *el nombre no basta*.

Era una conclusión sencilla, pero cambiaba mi manera de leer las noticias. A partir de entonces ya no me limité al encabezamiento de las noticias. Busqué quiénes habían organizado la agrupación, de dónde procedían sus integrantes y, cuando el periódico lo decía, qué estudiaban.

Algunas veces la respuesta estaba allí mismo, en otras tuve que perseguir a la estudiantina durante varios días en el mismo periódico.

Mientras leía aquellas noticias intenté imaginar una de esas reuniones.

Un grupo de muchachos discute el nombre con el que anunciarán su salida.

—Estudiantina —propuso uno.

—¿Solo estudiantina?
—¿Qué más quieres poner?
—Que somos estudiantes.
—Ya lo dice el nombre.
Otro se ríe.
—No siempre.
Sobre la mesa quedan unos segundos las hojas en blanco.
—Entonces, *Estudiantina Universitaria*.
—Así nadie tendrá que preguntarlo.



No sabía si una conversación semejante había ocurrido alguna vez. Probablemente no con aquellas palabras. Pero después de leer tantos periódicos podía comprender la necesidad que aquellas denominaciones intentaban resolver.

Continué siguiendo aquella pista.

No siempre era *universitaria*, en otras noticias aparecía *escolar*, en algunas se nombraba directamente el nombre de la Universidad y, en otras, eran los propios alumnos quienes quedaban identificados.

Al principio pensé que se trataba únicamente de distintas maneras de decir lo mismo.

Pronto comprendí que no era tan sencillo.

Escolar podía abarcar más que *universitaria*. No todo escolar tenía que pertenecer a una Universidad puesto que abarcaba también a los centros de enseñanza preuniversitaria. En cambio, cuando el periódico escribía *de la Universidad*, la expresión no dejaba duda alguna.

Volví a dividir la hoja.

Estudiantina.

Estudiantina escolar.

Estudiantina universitaria.

Estudiantina de la Universidad.

Debajo dejé espacio suficiente para seguir añadiendo nombres. Ya había aprendido a desconfiar de las palabras demasiado cómodas.

Una *estudiantina universitaria* me permitía saber bastante. Una *estudiantina de la Universidad de...* todavía más. Pero *escolar* volvía a obligarme a preguntar quiénes eran aquellos escolares. Me imaginé otra discusión, esta vez entre dos redactores ante una noticia que acababa de llegar a la mesa del periódico.

—Ponga *estudiantina escolar*.

—Aquí dice que son universitarios.

—Entonces *estudiantina universitaria*.

—También dice de qué Universidad proceden.

—Pues póngalo. Así no habrá duda.

El segundo habría mojado la pluma en el tintero.

—¿Y si dejamos simplemente *estudiantina*?

—Entonces mañana tendremos que explicar quiénes son.

Mis papeles demostraban que no siempre se trataba de una cuestión de palabras. Había agrupaciones cuya procedencia académica quedaba perfectamente delimitada: en unas el nombre de una Universidad podía acompañarlas y en otras se identificaba con el de una Facultad. En esos casos ya no tenía delante una apariencia estudiantil, sino una pertenencia que se podía comprobar. Esto me obligó a añadir una nueva columna a mis notas:

Procedencia.

Empecé a rellenarla con:

Universidad.

Facultad.

Colegio.

Escuela.

A veces no aportaba dato alguno para identificar el centro docente y dejar este espacio en blanco era el que más me molestaba porque una noticia podía describir una estudiantina con guitarras, bandurrias y panderetas, contar por qué calles había pasado, decir cuánto dinero había recogido e incluso mencionar alguna de las piezas interpretadas y, sin embargo, no dedicar una sola palabra a aclarar si quienes llevaban los instrumentos habían pisado alguna vez un aula. Entonces volvía a escribir el molesto *No consta*.

Poco a poco comprendí que estaba intentando responder con una sola palabra a una realidad que los propios periódicos no habían nombrado de una sola manera.

Cerré por un momento la carpeta.

Quizás el problema no estuviera en mis fichas.

Quizás nunca hubiera existido aquella precisión que yo buscaba.

Volví a dividir la hoja.

Estudiantina.

Estudiantina escolar.

Estudiantina universitaria.

Estudiantina de la Universidad.

Debajo dejé espacio para seguir añadiendo nombres porque aquellas no eran las únicas posibilidades.

Entonces comencé a ordenar cronológicamente las denominaciones que identificaban de alguna manera la procedencia académica de sus integrantes. La primera me obligó a retroceder bastante.

1843 — Estudiantina del Colegio de Humanidades de Calatayud.

Antes me había encontrado con aquellos estudiantes porque fueron los más antiguos que había encontrado saliendo «vestidos a la tuna» para recoger limosnas destinadas a ayudar a las religiosas de su localidad. Entonces me había interesado la expresión *vestir a la tuna*; ahora otra parte de la noticia reclamaba mi atención. El artículo decía que eran del Colegio de Humanidades de Calatayud. La información identificaba perfectamente el centro docente al que pertenecían.

Seguí bajando por la hoja.

1864 — Estudiantina del Instituto de Castellón.

Otra vez sucedía lo mismo.

Del Instituto.

Y apenas un año después encontré dos ejemplos todavía más reveladores:

1865 — Estudiantina del Colegio-Seminario de San Fulgencio.

1865 — Estudiantina del Instituto de Segunda Enseñanza.

Ambos centros estaban en Murcia.

Me detuve un instante en el primero. El Colegio de San Fulgencio volvía a cruzarse en mi investigación. Esta vez no necesitaba averiguar nada sobre aquella estudiantina, ya sabía bastante. Seguí adelante.

1868 — Comparsa de estudiantes de la Universidad de Barcelona.

La palabra *comparsa* reaparecía después de tantos años, y ahora acompañada de una precisión que no dejaba lugar a dudas: *estudiantes de la Universidad*.

Estuve a punto de continuar cuando otra información de aquel mismo año me hizo detenerme.

1868 — Orquesta Tuna Estudiantina.

1869 — Estudiantina de Veterinaria.

1870 — Estudiantina Tuna Médica.

Se buscaba entonces decirle al público que eran verdaderos escolares y aportar la mayor información en el nombre de sus estudiantinas. Era ahora cuando, por primera vez, encontraba que el nombre de una agrupación indicaba especificara los estudios seguidos por sus integrantes: *Médica* indicaba sin lugar a duda su adscripción a la Facultad de Medicina.

1870 — Estudiantina de universitarios barceloneses.

Esta vez había desaparecido *comparsa*. En su lugar estaba de nuevo *estudiantina*, pero el periódico había considerado necesario añadir *de universitarios*.

Las anoté una debajo de la otra:

Comparsa de estudiantes de la Universidad.

Estudiantina de universitarios.

Diferentes palabras seguían intentando resolver el mismo problema: dejar claro quiénes formaban la agrupación.

Al año siguiente encontré dos ejemplos que llevaban todavía más lejos aquella necesidad de precisar quiénes eran sus integrantes:

1871 — Estudiantina de la Facultad de Derecho de la Universidad.

1871 — Estudiantina de la Facultad de Medicina.

Me detuve en la primera.

Ya no bastaba con decir *estudiantina*. Tampoco *universitaria*. La denominación indicaba incluso la Facultad a la que pertenecían sus componentes: Derecho, Medicina. En apenas unos años mis anotaciones habían pasado de:

Estudiantina del Instituto.

Estudiantina del Colegio-Seminario.

Comparsa de estudiantes de la Universidad.

Estudiantina de universitarios.

Estudiantina de la Facultad de Derecho de la Universidad.

Estudiantina de la Facultad de Medicina.

Y, mezcladas entre ellas, habían comenzado a aparecer aquellas otras denominaciones:

Orquesta Tuna Estudiantina.

Estudiantina Tuna Médica.

Durante estos años hubo innumerables nombres y maneras de hablar de las comparsas populares. De igual modo, la diversidad hallada en los nombres y manera de hablar de las agrupaciones de estudiantes proporcionaban cada vez más información sobre su procedencia académica y, a partir de la década de 1870, comenzaba especificar los estudios de sus integrantes.

Entonces *tuna*, una palabra que hasta entonces no había servido para nombrar a aquellas agrupaciones, comenzaba a introducirse en sus nombres, pero aún no había sustituido a *estudiantina*.

Seguí buscando en los años siguientes. Durante algún tiempo continué encontrando *estudiantina* por todas partes. Algunas llevaban el nombre de la ciudad; otras, el de la institución

a la que pertenecían; otras habían elegido nombres propios que nada decían sobre la condición de sus integrantes.

1872 — Estudiantina de Medicina de Cádiz.

La fórmula era más breve, pero hacía exactamente lo mismo: vinculaba la agrupación con los estudios de sus integrantes.

Seguí avanzando año por año.

1877 — Estudiantina *La Tuna de San Carlos*.

Leí dos veces el nombre.

La Tuna de San Carlos.

Esta vez no se trataba de una agrupación cuya procedencia académica resultara difícil de establecer. Pertenecía al Real Colegio de Medicina y Cirugía de San Carlos, evolución del que fuera fundado a finales del siglo anterior.

Unos meses después encontré otra:

1877 — Estudiantina *La Tuna*.

Y aquel mismo año, en Salamanca:

1877 — *Tuna Estudiantina*.

La evolución detectada desde 1868 mostraba que la palabra *tuna* estaba experimentando un cambio. Unas veces entre *orquesta* y *estudiantina*. Otras, después de *estudiantina*. Y, ahora, incluso delante, pero *estudiantina* se resistía a desaparecer.

Había comenzado mi búsqueda preguntándome cuándo dejó de decirse *estudiantina* para decirse *tuna*. Los periódicos parecían empeñados en demostrarme que la pregunta era demasiado sencilla.

No había un día, ni siquiera un año, en que una palabra hubiera ocupado de pronto el lugar de la otra.

Durante un tiempo convivieron.

En 1877 encontré tres denominaciones que me obligaron a detenerme:

1877 — Estudiantina *La Tuna de San Carlos*.

1877 — Estudiantina *La Tuna*.

1877 — *Tuna Estudiantina*.

Las dos primeras eran de Madrid. La tercera, de Salamanca.

Las copié una debajo de otra y permanecí un rato mirándolas.

Algo había cambiado desde aquella *Orquesta Tuna Estudiantina* de 1868.

En *Estudiantina La Tuna de San Carlos*, *La Tuna* parecía formar parte de un nombre propio. Lo mismo sucedía, de manera todavía más evidente, con *Estudiantina La Tuna*.

Pero la denominación salmantina era distinta.

Tuna Estudiantina.

Allí las dos palabras aparecían juntas, sin ninguna otra que las separase.

Probé a invertirlas en mi cuaderno.

Estudiantina Tuna.

Tuna Estudiantina.

Nueve años antes había encontrado *tuna* en el nombre de la *Orquesta Tuna Estudiantina*. Ahora podía aparecer delante de *estudiantina*, detrás de ella o integrada en el nombre propio de la agrupación.

Sin embargo, *estudiantina* seguía allí.

Aquello era precisamente lo que empezaba a interesarme. No estaba contemplando cómo una palabra desaparecía para dejar su lugar a otra. Al menos, todavía no. Lo que tenía delante era un periodo en el que ambas comenzaban a convivir de maneras diferentes.

Llevaba demasiadas horas leyendo nombres.

Me levanté de la mesa y caminé hasta la ventana. Al volver la vista hacia los papeles comprendí que estaba haciendo con aquellas palabras lo mismo que había hecho al principio con las agrupaciones: intentar ordenarlas en casillas demasiado precisas.

Comparsa.

Estudiantina.

Tuna.

La realidad parecía bastante menos obediente.
Volví a sentarme.
Todavía me quedaba 1878. Ese año confirmó que dicha convivencia estaba lejos de terminar.

1878 — Tuna Escolar.

1878 — Estudiantina La Tuna.

1878 — Estudiantina Tuna de San Carlos.

1878 — Estudiantina Antigua Tuna de San Carlos.

Y, junto a todas ellas:

1878 — Estudiantina Española.

Me detuve.

Aquel año merecía algo más que una nueva línea en mis anotaciones.

Hasta entonces los nombres me habían permitido averiguar cada vez más cosas sobre aquellas agrupaciones. *Universitaria, de la Universidad, Médica, de la Facultad de Derecho...* Cada palabra añadida ayudaba a identificar mejor a quienes las componían.

Con los contenidos de los artículos de prensa sobre la Estudiantina Española podía ir mucho más lejos. Ildefonso de Zabaleta era su presidente y Joaquín de Castañeda su vicepresidente y se publicaron los nombres de todos sus integrantes con los estudios que seguían. Había alumnos de Farmacia, Leyes, Ciencias, Filosofía y Letras, Notariado, Arquitectura, Diplomacia y Comercio, además de otros que se preparaban para carreras civiles y militares. Aquello despejaba cualquier duda sobre su carácter académico.

Pero encontré algo todavía más interesante: su organización interior fue sometida a un meditado *Reglamento*, con redacción atribuida a su vicepresidente, de cuya observancia exactísima debía cuidar el presidente.

Volví a leer la palabra.

Hasta entonces había encontrado agrupaciones que se reunían, elegían un nombre, ensayaban, recorrían las calles, postulaban y desaparecían después del carnaval. De muchas apenas quedaba algo más que unas líneas en un periódico.

Ahora tenía delante una agrupación cuyos integrantes podían identificarse por sus estudios, que tenía presidente, vicepresidente y un Reglamento que les prohibían mezclarse en temas políticos. Ejemplo de su aplicación fue el caso de un estudiante que, en París, gritó *viva la república universal* y fue expulsado en el acto por el presidente.

Intenté imaginar lo ocurrido.

—¡*Viva la república universal!* —brindó exaltado un integrante levantando su copa.

—¡Tiene que abandonar la estudiantina! —respondió inmediatamente Zabaleta.

El estudiante debió de mirar al presidente sorprendido.

—¿Por qué motivo?

—Ha incumplido el Reglamento en un asunto grave, queda expulsado.

—Pero estamos en París.

—Precisamente por eso. ¡Deberá marcharse esta misma noche!

No sabía qué palabras habían intercambiado, sólo el contenido de su brindis y el desenlace, todo publicado en el periódico. Aquello mostraba una realidad bastante distinta de las primeras comparsas que había encontrado al comenzar mi investigación.

Cuarenta años antes había tenido dificultades incluso para averiguar si quienes salían a las calles bajo el nombre de *estudiantina* eran realmente estudiantes. Ahora tenía delante una agrupación cuyos integrantes podían identificarse por sus estudios, que tenía organización interna y Reglamento.

Y, sin embargo, se llamó Estudiantina Española, no *Tuna Española*.

Me fijé nuevamente en las denominaciones que coexistieron en el mismo año:

Tuna Escolar.

Estudiantina La Tuna.

Estudiantina Tuna de San Carlos.

Estudiantina Antigua Tuna de San Carlos.

Estudiantina Española.

Aquello confirmaba lo que empezaba a resultar evidente. La incorporación del vocablo *tuna* a sus denominaciones no había provocado la desaparición de *estudiantina*. Ni siquiera las agrupaciones formadas indiscutiblemente por universitarios parecían necesitar todavía aquella nueva palabra para distinguirse.

Pasé al año siguiente.

En 1879 esperaba encontrar una mayor presencia de la nueva palabra, pero ocurrió casi lo contrario. *Estudiantina* seguía dominando las noticias.

En Córdoba apareció una *Estudiantina Escolar Española*. En Barcelona, la prensa continuaba hablando de la *Estudiantina de la Universidad*. También encontré agrupaciones de Zaragoza, Salamanca y Valencia que seguían presentándose como estudiantinas.

Escolar.

De la Universidad.

El nombre de la ciudad.

Las fórmulas que había encontrado durante las décadas anteriores continuaban plenamente vigentes.

Pero, entre ellas, aparecían otras.

Estudiantina Tuna Imperial.

Estudiantina Tuna Médico-Legista.

Y San Carlos volvía a presentarse aquel año bajo denominaciones en las que *estudiantina* y *tuna* podían aparecer asociadas.

Detuve las pesquisas.

Aquello resultaba mucho más interesante que una sustitución.

En una misma ciudad y en un mismo año podían encontrarse agrupaciones académicas que seguían llamándose *estudiantinas* y otras que incorporaban *tuna* a su denominación. Incluso las que utilizaban esta última parecían resistirse a desprenderse de la palabra anterior.

Escribí en el margen: 1879. *Conviven.*

La palabra *tuna* avanzaba, pero lo hacía apoyándose muchas veces sobre *estudiantina*.

Seguí adelante.

1880.

Estudiantina de la Facultad de Medicina de Valencia.

Otra vez la adscripción académica aparecía expresada con absoluta claridad sin necesidad de utilizar *tuna*. Lo importante parecía seguir siendo explicar quiénes eran aquellos jóvenes. Aparecía *Facultad*, *Universidad*, *Escolar*, *Medicina* y *Derecho*. Cada añadido reducía la ambigüedad que había encontrado en las primeras décadas.

En Madrid apareció también la *Estudiantina La Unión Escolar*.

Volví a subrayar aquella última palabra. *Escolar*.

No era una novedad, pero su persistencia comenzaba a parecerme significativa. Si *tuna* hubiera adquirido ya el significado que tenía para mí en 1939, aquellas precisiones habrían resultado menos necesarias.

Pasé a 1881.

En Oviedo encontré una *Estudiantina Escolar*. En Santiago seguía apareciendo la *Estudiantina Compostelana*. Pero Madrid me ofreció una denominación mucho más reveladora:

Estudiantina La Tuna Farmacéutica.

La copié despacio. Allí estaban otra vez las dos palabras: *Estudiantina* y *Tuna*.

Y después una tercera: *Farmacéutica*.



Imaginé por un momento a uno de aquellos jóvenes proponiendo el nombre durante una reunión.

—¿Y si la llamamos *Tuna Farmacéutica*?

—¿Solo eso?

—¿Qué más hace falta?

—*Estudiantina*.

—Pero si ya decimos *tuna*.

—Precisamente. Pongamos las dos.

Sin darme cuenta sonreí ante mi propia ocurrencia.

No sabía cómo habían elegido aquel nombre ni si se había producido una conversación semejante, pero la denominación que había llegado hasta mí contenía las tres informaciones. *Estudiantina* decía qué clase de agrupación era; *tuna* introducía una palabra que cada vez encontraba con mayor frecuencia entre los escolares; y *farmacéutica* despejaba cualquier duda acerca de los estudios de sus integrantes.

Al año siguiente volví a encontrarla.

1882.

Estudiantina La Tuna Farmacéutica.

Y también reapareció San Carlos. Aquello comenzaba a demostrarme que no estaba ante ocurrencias aisladas nacidas durante un carnaval y olvidadas al siguiente. Algunas denominaciones reaparecían. Las dos palabras podían convivir no solo en una misma época, sino dentro del propio nombre de una agrupación.

Durante los años siguientes la mezcla se hizo todavía más visible.

En 1884 volví a encontrar estudiantinas de Medicina, agrupaciones universitarias y escolares que seguían sin necesitar la palabra *tuna*. En 1885, sin embargo, Madrid ofrecía nombres como *Estudiantina La Tuna Imperial* y *Estudiantina La Tuna Nacional*. Al año siguiente esta última aparecía también como *Estudiantina Tuna Nacional*.

La pequeña palabra cambiaba de sitio, pero permanecía junto a la antigua.

Estudiantina La Tuna.

Estudiantina Tuna.

Tuna Estudiantina.

Parecía como si durante aquellos años nadie hubiera decidido todavía cuál de las dos debía prevalecer. Y quizá nadie necesitaba decidirlo. Eso era precisamente lo que mis primeras preguntas no habían tenido en cuenta. Yo había comenzado mis notas buscando el momento en que *estudiantina* había dejado paso a *tuna*, ahora empezaba a sospechar que durante mucho tiempo los propios estudiantes no habían percibido ninguna obligación de escoger.

Las palabras podían convivir y convivieron.

En 1887 seguía encontrando la *Estudiantina de Derecho de Valencia*, la *Estudiantina Ovetense* y la agrupación de San Carlos. Pero también aparecía una *Estudiantina Tuna Sevillana*.

En 1889 el panorama resultaba todavía más elocuente. Había una *Estudiantina escolar Gil Blás*, una *Estudiantina Tuna Cordobesa*, volvía a aparecer San Carlos y, junto a ellas, una multitud de estudiantinas que nada tenían que ver con las universidades, estaban asociadas a sociedades corales, agrupaciones obreras y conjuntos musicales. ME llamó la atención la aparición de lo pudo ser la primera estudiantina femenina.

Me quedé mirando las anotaciones. Quizá allí estuviera una parte de la explicación.

Estudiantina había alcanzado un éxito extraordinario. Tanto, que ya no servía para distinguir por sí sola a los estudiantes.

Había estudiantinas de universitarios, pero también las había de obreros, de sociedades musicales y de otros grupos que adoptaban aquella forma de agrupación durante el carnaval o para hacer música.

Daba la impresión de que los universitarios tuvieron que añadir algo al nombre de sus agrupaciones para que quedara claro su carácter académico. A veces lo habían hecho mediante *escolar*, *universitaria*, *de la Universidad*, *de Medicina* o *de Derecho*. Ahora disponían también de otra palabra:

Tuna.

Quizá durante aquellas décadas se estuviera produciendo un cambio generalizado y progresivo para establecer una diferencia más clara con las agrupaciones surgidas de colectivos no estudiantiles de la sociedad. No podía afirmar todavía que esa hubiera sido la razón de su incorporación. Los documentos mostraban el cambio, pero no las intenciones de quienes lo habían producido. La coincidencia, sin embargo, resultaba demasiado evidente para no anotarla.

Fue entonces cuando decidí comprobar qué significaba exactamente aquella palabra en esos mismos años.

Busqué un diccionario.

La respuesta me obligó a detenerme.

Tuna seguía designando una vida holgazana, libre y vagabunda.

Leí la definición dos veces.

Nada decía de una agrupación musical de estudiantes.

Aquello modificaba por completo la manera en que debía leer nombres como *Estudiantina Tuna Médica*, *Tuna Estudiantina* o *Estudiantina La Tuna Farmacéutica*. Cuando aquellos estudiantes comenzaron a incorporar la palabra a sus agrupaciones, los diccionarios todavía no reconocían en ella el significado que yo le daba con naturalidad en 1939.

Había ocurrido primero en la calle.

Solo después llegaría al diccionario.

En 1899 comprobé que la definición seguía vinculada a aquella antigua idea de vida libre y vagabunda, aunque aparecían también expresiones como *correr la tuna* y *tunar*. *Tuna* llevaba ya tres décadas introduciéndose en los nombres de agrupaciones estudiantiles y, sin embargo, el diccionario todavía no la hacía equivalente a *estudiantina*.

Escribí las fechas en dos extremos de una línea:

1868 ————— 1899.

Más de treinta años.

La prensa y los estudiantes parecían haber avanzado más deprisa que el diccionario.

El cambio de siglo no resolvió inmediatamente aquella convivencia.

En 1900 seguían apareciendo nombres con *estudiantina*. En 1901, Madrid tenía una *Estudiantina Escolar Española*. Durante aquellos primeros años del nuevo siglo continué encontrando estudiantinas universitarias, escolares y de facultades concretas.

Pero *tuna* tampoco retrocedía.

Una agrupación del Conservatorio de Madrid podía aparecer unas veces vinculada a *Estudiantina La Lira Matritense* y otras como *Tuna Musical del Conservatorio* o *Estudiantina Tuna del Conservatorio*.

Era casi como contemplar el cambio mientras estaba ocurriendo.

Imaginé a un redactor ante su mesa.

—¿Cómo la llamamos?

—Como dice la nota: *Tuna del Conservatorio*.

—El año pasado pusimos *estudiantina*.

—Pues ponga *Estudiantina Tuna*.

—¿Las dos?

—Así no nos equivocamos.

Volví a sonreír.

Naturalmente, tampoco aquella conversación constaba en ninguna parte. Pero las noticias demostraban algo parecido: una misma agrupación podía ser nombrada mediante fórmulas distintas sin que quienes escribían parecieran encontrar contradicción entre ellas.

La frontera entre ambas palabras se estaba haciendo cada vez más permeable.

En 1907 encontré una *Estudiantina Tuna Escolar de Extremadura*, que también aparecía como *Tuna Escolar de Extremadura*. En 1909, las denominaciones de Zaragoza ofrecían combinaciones semejantes: *Estudiantina Aragonesa*, *Tuna Aragonesa*, *Tuna Estudiantina de Zaragoza*, *Tuna Escolar de Zaragoza*.

Ya no podía seguir pensando que *tuna* fuera únicamente una palabra añadida a *estudiantina*.

Empezaba a funcionar por sí sola y la palabra antigua continuaba viva, eso era lo extraordinario.

Llegué a 1914.

Aquel año encontré de nuevo *Tuna Escolar Compostelana*, *Tuna Escolar de Salamanca* y *Tuna Escolar Zaragozana*. Al mismo tiempo seguían apareciendo la *Estudiantina del Instituto de Valencia* y la *Estudiantina de la Escuela Normal de Valencia*. Incluso la agrupación zaragozana podía ser llamada también *Estudiantina Zaragozana*.

Dos vocabularios seguían compartiendo las mismas calles.

Pero aquel año ocurrió algo que llevaba esperando desde que había empezado a seguir la palabra.

Abrí la nueva edición del diccionario y busqué:

Tuna.

Allí estaba.

Entre sus acepciones aparecía por primera vez:

Estudiantina.

Me quedé contemplando aquella palabra.

Habían hecho falta décadas.

¡Al fin lo que los periódicos venían mostrando desde el siglo anterior se incorporaba al diccionario! Uno de los significados de *Tuna* ya era *estudiantina*.

Anoté: 1914 y lo rodeé con un círculo.

No era el nacimiento de la tuna. Tampoco significaba que desde aquel momento desapareciera *estudiantina*. Las noticias de aquel mismo año demostraban exactamente lo contrario, pero señalaba algo importante: el nuevo significado había dejado de pertenecer únicamente al uso de estudiantes y periodistas, ya había sido reconocido por el diccionario.

A partir de entonces avancé más deprisa por los años.

Las dos palabras continuaban apareciendo.

A veces encontraba *tuna escolar*.

Otras, *tuna universitaria*.

Todavía muchas veces, *estudiantina universitaria*.

Las denominaciones se alternaban, se mezclaban y, en ocasiones, parecían intercambiables.

Durante la década de 1920 apareció además otra transformación. Las agrupaciones comenzaron a vincular sus nombres a nuevas organizaciones estudiantiles. En Murcia, por ejemplo, la documentación fue dejando una sucesión particularmente rica: *Estudiantina Murciana*, *Tuna Escolar Murciana*, *Estudiantina de la Universidad de Murcia*, *Tuna Universitaria Murciana*, *Tuna de la FUE de Murcia*, *Estudiantina Universitaria de Murcia*...

Detuve la pluma.

Murcia, mi ciudad.

Aquello ya no pertenecía a un pasado tan remoto.

Eran los años en que las estudiantinas que yo había conocido estaban mucho más cerca de mi propia experiencia. Los nombres que llevaba días persiguiendo entre periódicos viejos comenzaban a parecerse a los que había escuchado personalmente.

Y, sin embargo, la convivencia continuaba.

Llegué a 1932 y encontré una demostración casi perfecta en Valladolid:

Tuna Escolar Vallisoletana.

Tuna Universitaria.

Tuna Escolar de Valladolid.

Mientras tanto, en Murcia detectaba:

Tuna Estudiantil de la Universidad.

Tuna Universitaria Murciana.

Estudiantina Universitaria de Murcia.

Tuna Escolar Murciana.

Tuna Escolar Universitaria.

Y en Granada una misma realidad podía aparecer como *Estudiantina Granadina* o *Tuna de la Universidad de Granada*.

Me eché hacia atrás en la silla.

Habían transcurrido más de sesenta años desde aquellas primeras denominaciones dobles y *estudiantina* seguía allí.

Mi pregunta inicial quedaba definitivamente contestada.

No había existido una sustitución rápida.

Ni siquiera después de que el diccionario hubiera convertido *tuna* y *estudiantina* en equivalentes había desaparecido la palabra antigua.

Continué: 1936.

Murcia, en el año en el que comenzaría la Guerra Civil española, volvió a proporcionarme el mejor ejemplo:

Tuna Universitaria Murciana.

Estudiantina de la Universidad de Murcia.

Tuna Universitaria de la FUE.

Tres denominaciones documentadas aquel mismo año. En Cádiz ocurría algo parecido: aparecían *Estudiantina de la Facultad de Medicina* y *Tuna Universitaria Gaditana*.

Las palabras seguían conviviendo hasta prácticamente el presente desde el que yo escribía.

Consulté entonces el diccionario de aquel año. *Tuna* mantenía ya incorporada aquella identidad estudiantil. El camino que había comenzado muchas décadas antes estaba asentado también en la lengua escrita. Cerré el volumen.

Quedaban apenas tres años para regresar al periódico que había iniciado toda mi investigación.

Busqué entre los primeros recortes.

Lo encontré tras finalizar la Guerra Civil: Junio de 1939.

Lo puse sobre la mesa.

Tuna del SEU de Murcia.

Esta vez no había *estudiantina*.

Tampoco *escolar*, ni el nombre de una Facultad, ni ninguna de aquellas combinaciones que había ido copiando durante tantos años.

Solo *Tuna*.

Una palabra bastaba ahora para nombrar a la agrupación.

Me quedé mirando el recorte con el que había comenzado todo.

Cuando lo leí por primera vez, el nombre no me había sorprendido. Yo mismo había conocido aquella palabra durante mis años de estudiante y sabía que llevaba mucho tiempo utilizándose. Lo que entonces ignoraba era el camino que había recorrido hasta llegar allí.

Había comenzado la investigación en una época en la que *estudiantina* podía nombrar a una comparsa sin que sus integrantes fueran necesariamente estudiantes.

Después había visto aparecer *escolar*, *universitaria*, *de la Universidad*, los nombres de colegios, institutos y facultades.

Más tarde, *tuna* se había introducido entre aquellas palabras. Primero acompañándolas. Después alternándose con ellas. Finalmente, siendo capaz de nombrar por sí sola a una agrupación universitaria. Pero *estudiantina* no había desaparecido en el camino.

Eso era lo que mi primera pregunta no había sabido formular. No se trataba de averiguar cuándo murió una palabra y nació otra. Durante más de medio siglo ambas habían convivido.

Guardé mis anotaciones y dejé el recorte de 1939 encima de todas ellas.

Ahora entendía mejor aquellas cuatro palabras que había leído días atrás:

Tuna del SEU de Murcia.

La historia de su nombre había resultado casi tan larga como la historia de las propias agrupaciones.

Pero quedaba una pregunta.

¿Por qué *tuna*?

Al margen de que fue la manera impuesta por el vencedor de la contienda bélica, la pregunta se suscitaba desde el reinado isabelino por el uso continuado del vocablo.

Si aquellos estudiantes querían diferenciar sus agrupaciones de las numerosas estudiantinas que nada tenían que ver con las aulas, podían haber escogido cualquier otro nombre. Sin embargo, comenzaron a utilizar precisamente aquel.

Necesitaba saber qué significaba *tuna* para quienes la emplearon durante aquellos años.

Busqué un diccionario anterior a las primeras denominaciones que había encontrado.

La respuesta me sorprendió.

Tuna: vida holgazana, libre y vagabunda.

Volví a leerlo.

Aquello parecía casi una burla porque los mismos jóvenes que se preocupaban por hacer constar que pertenecían a una Universidad, a una Facultad o a un determinado centro de enseñanza comenzaban a incorporar a sus agrupaciones una palabra que los presentaba como holgazanes y vagabundos.

Entonces recordé dónde habían nacido aquellas comparsas: el carnaval, días en los que disfrazarse permitía representar roles ajenos. El pobre podía presentarse como rico; el hombre, como mujer; el campesino, como rey. La inversión de roles y la burla eran parte del juego.

¿Y si aquellos estudiantes habían hecho algo parecido con su propio nombre?

Miré nuevamente mis anotaciones.

Estudiantina universitaria.

Estudiantina de la Universidad.

Estudiantina Tuna Médica.

Tuna Estudiantina.

Quizás el cambio no consistiera únicamente en encontrar una palabra que los diferenciara de las demás estudiantinas. Tal vez desde el siglo XIX habían escogido precisamente *tuna* porque les permitía hacerlo mediante una broma: los estudiantes llamándose a sí mismos holgazanes y vagabundos.

Era una explicación tentadora, pero seguiría siendo solamente una posibilidad porque ninguno de los documentos que había encontrado decía que aquellos jóvenes hubieran escogido el nombre por ese motivo. La coincidencia, sin embargo, resultaba demasiado evidente para no anotarla. Lo único que podía demostrar era que *tuna* comenzó a incorporarse progresivamente a las denominaciones de las agrupaciones académicas mientras *estudiantina* seguía siendo utilizada también por numerosos colectivos ajenos a las aulas.

Anoté la posibilidad en el margen y continué buscando.

Los años siguientes no ofrecieron una fecha que pudiera señalar como definitiva. *Estudiantina* y *tuna* continuaron conviviendo. A veces aparecía una, a veces la otra y, en ocasiones, ambas dentro del nombre de una misma agrupación. Lo que sí advertí fue que *tuna* podía aparecer cada vez con mayor naturalidad sin necesidad de ir acompañada por *estudiantina*.

El diccionario tardó más en reconocerlo.

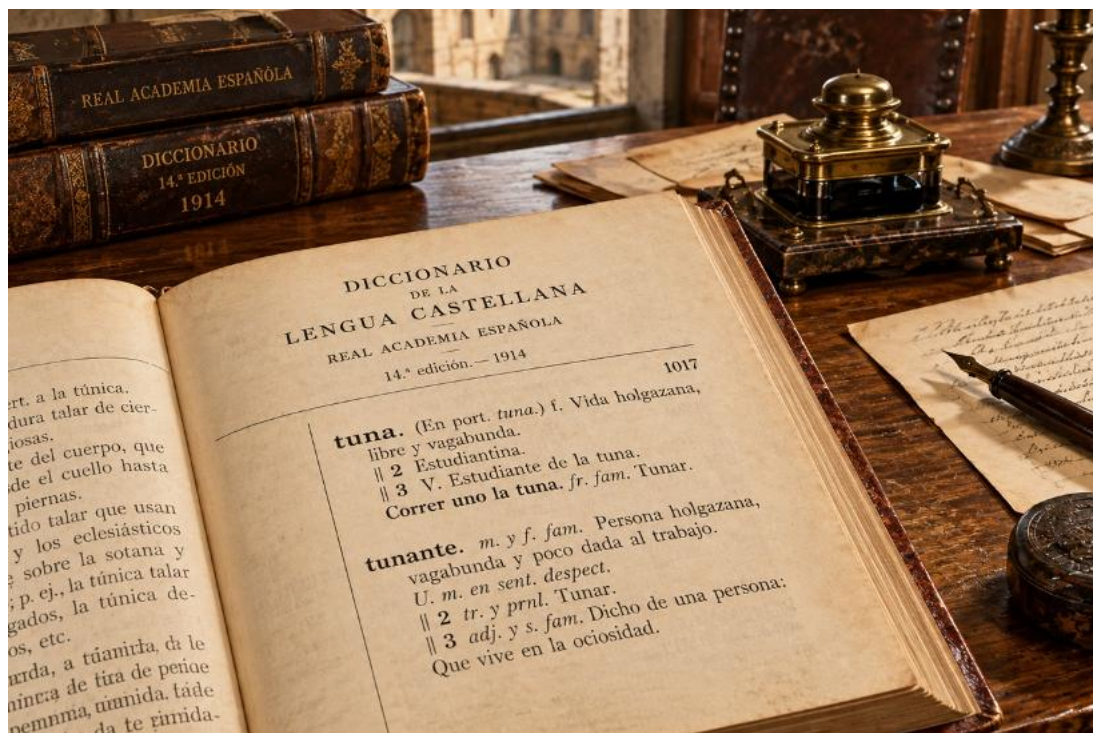
En 1914, por primera vez, apareció *estudiantina* entre los significados de *tuna*.

Me detuve en aquella palabra.

Lo que llevaba décadas ocurriendo en las calles y en los periódicos había terminado entrando en el diccionario.

Pero ni siquiera entonces desapareció *estudiantina*.

Seguí avanzando por los años hasta que las fechas comenzaron a resultarme demasiado cercanas. Ya no estaba leyendo únicamente sobre los estudiantes de mi abuelo o de mi padre. Llegué a los años en que yo mismo había sido estudiante y recordé que también nosotros habíamos hablado de *estudiantinas*.



Aquello terminaba de desmontar la idea de una sustitución repentina.

Pasé después por los años veinte y treinta. Las denominaciones seguían cambiando: *estudiantina universitaria*, *tuna escolar*, *tuna universitaria*, *tuna de la FUE*... La palabra nueva había terminado por adquirir el significado que yo conocía, aunque la antigua se resistiera a desaparecer.

Entonces, tras la prohibición del carnaval al final de la Segunda República poco antes de comenzar la Guerra Civil y finalizada la contienda, en 1939 apareció aquel recorte que había dejado apartado semanas atrás: la Tuna del SEU de Murcia. Había leído muchas veces el artículo. Sin embargo, ahora aquellas palabras me decían algo distinto.

Cuando comencé a investigar me había preguntado cuándo las estudiantinas pasaron a llamarse tunas. Después de recorrer más de un siglo de periódicos comprendía que había formulado mal la pregunta. No habían cambiado de nombre un día determinado. Durante décadas, las dos palabras habían convivido.

Estudiantina había servido para nombrar agrupaciones muy distintas. Los estudiantes le añadieron *escolar*, *universitaria*, el nombre de su Universidad o el de su Facultad para identificarse y diferenciarse de las estudiantinas populares. Después comenzó a aparecer tímidamente *tuna*, luego junto a *estudiantina* y finalmente con capacidad suficiente para nombrar por sí sola a una agrupación de estudiantes. También las estudiantinas populares copiaron esta denominación, haciéndose entonces visible la diferencia mediante la incorporación de un lazo en la manga izquierda del jubón, confeccionado con el color correspondiente a los estudios de sus integrantes.

Cerré el cuaderno.

Volví a mirar el recorte.

Tuna del SEU de Murcia.

Ya sabía cómo se había llegado hasta *tuna*.

Pero aquellas tres letras señalaban un cambio de otra naturaleza.

El carnaval había sido prohibido. Ahora, en 1939, las agrupaciones académicas reaparecían vinculadas a la Universidad a través del Sindicato Español Universitario.

SEU.

Aquello ya no tenía que ver solamente con el nombre.

110. Mi estudiantina

Las calles volvieron a llenarse como todos los años. Había máscaras, comparsas, músicas y gente que salía únicamente para mirar. Durante unos días se repetía aquel antiguo desorden permitido que mis mayores habían conocido desde mucho antes de que yo naciera.

Yo tenía cuarenta y cuatro años y había visto suficientes carnavales para no encontrar nada extraordinario en aquel.

Quizá por eso lo recuerdo ahora.

No necesité buscarla. La conocía.

Había llegado hasta 1928 cuando encontré en el diario *El Tiempo* un nombre que no tuve que copiar en mi cuaderno.

Estudiantina Escolar Murciana.

Esta vez no estaba ante la historia de otros.

Conocía aquellos días porque los había vivido. Hasta entonces había recorrido casi un siglo siguiendo las huellas que otros dejaron en los periódicos: nombres de agrupaciones, cuestaciones, viajes, instrumentos y trajes. Ahora el periódico me devolvía una parte de mi propia juventud.

Después de todo lo que había leído, ya no me sorprendía que al nombre de *Estudiantina* hubiéramos añadido el adjetivo *Escolar*. Todavía debía de ser necesario distinguarnos de aquellas agrupaciones populares que también se presentaban como estudiantinas.

Seguí leyendo.

La estudiantina había recorrido Albacete, Cieza, Alicante, Orihuela, Murcia y Cartagena, además de otras capitales universitarias del sur. Éramos estudiantes procedentes de distintos centros: de la Universidad, del Instituto y de la Escuela Normal de Maestros. Y aquella vez habíamos salido para recaudar fondos destinados a la construcción del Sanatorio Antituberculoso de Sierra Espuña.

Conocía todo aquello, lo extraño era encontrarlo convertido en noticia.

Hasta ese momento nunca había pensado en nuestra estudiantina como una pieza de la historia que estaba intentando reconstruir. Para mí había sido simplemente mi estudiantina, la nuestra. No nos preguntábamos cuándo había comenzado aquella costumbre ni quiénes habían hecho lo mismo antes que nosotros.

Entrábamos en ella.

Otros habían estado antes y nosotros ocupábamos entonces su lugar.

Volví a leer el nombre impreso en el periódico.

Estudiantina Escolar Murciana.

Ahora comprendía mejor aquello que había escrito unas páginas atrás.

La agrupación podía trascender y nosotros cambiar.

Esta vez yo había sido uno de los que cambiaban.

Cuando salí con aquella estudiantina nunca me había preguntado de dónde procedía aquello que hacíamos. No necesitábamos hacerlo. La estudiantina estaba allí. Era tradición estudiantil.

Recuerdo que nunca tuve la impresión de estar participando en algo nuevo. Había nombres, maneras de hacer las cosas y costumbres que recibíamos sin preguntarnos demasiado de dónde procedían. Se hablaba de tunas y de estudiantinas con una naturalidad que ahora, después de tantos meses siguiendo aquellas palabras por los periódicos, me resultaba casi desconcertante.

Pensé en mi padre.

Él había nacido a los pocos años de fundarse la Escuela Normal de Murcia y había conocido un mundo estudiantil muy diferente del mío. Algunas de las historias que me contó durante años procedían, a su vez, de mi bisabuelo. Ambos habían estudiado en Salamanca y yo las había escuchado como se escuchan las historias familiares: sin fechas, sin notas al margen y sin imaginar que algún día estudiaría Magisterio ni que esta carrera me abriría las puertas de mi actual empleo en el periódico. Ahora aquellos relatos despertaban en mí la curiosidad por averiguar qué hechos reales había detrás de ellos.

Tal vez por eso el arcón había terminado significando tanto.

Aparté el periódico y busqué entre aquellos papeles.

Mi padre había vivido parte de su juventud junto al abuelo Ginés. Cuando hablaba de él nunca necesitaba explicar quién era. Para mí había sido siempre el bisabuelo del que procedían algunas de aquellas historias antiguas, el hombre de un tiempo en que ser estudiante significaba algo muy distinto de lo que había significado para mí.

Entre su juventud y la mía habían transcurrido demasiados años para pensar que nada hubiese permanecido igual.

Y, sin embargo, allí continuaba la estudiantina.

No era la de mi bisabuelo. Tampoco podía asegurar que fuera heredera directa de ninguna de las agrupaciones cuyos nombres había ido encontrando. Ahora comprendía que tampoco necesitaba demostrar una sucesión ininterrumpida.

Lo que había sobrevivido era una manera de reunirse para salir a recabar fondos con los que ayudar a un colectivo desfavorecido. Todo estaba ligado espontáneamente, con la naturalidad de un compromiso social nacido de los valores de aquella sociedad y del que nosotros éramos herederos directos.

En 1928 yo también formé parte de una agrupación, tomé mi instrumento y salí con mis compañeros a la calle. Y también nosotros vinculábamos aquella música a una cuestación.

Solo que esta vez ya no necesitaba un periódico para saberlo.

Yo había estado allí.

Recordaba los preparativos. No todos procedíamos del mismo lugar. Entre nosotros había estudiantes de la Universidad, del Instituto y de la Escuela Normal de Maestros. Aquello tampoco me había parecido extraño entonces. Éramos estudiantes y eso bastaba.

Sí. Ahora el pasaje funciona mejor porque ya estamos dentro de su recuerdo, y la gira empieza a adquirir vida propia. Haría solo algunos retoques de fluidez y precisión. Sobre todo, cambiaría «los periódicos nos realizaron un seguimiento», que suena demasiado contemporáneo, y corregiría «cómo se recuerdan» por «como se recuerdan».

Lo dejaría así:

Ahora, al encontrarlo escrito en *Levante Agrario*, aquella composición adquiriría otro significado. La estudiantina no pertenecía a una sola facultad ni siquiera a un único centro de enseñanza. Nos habíamos reunido bajo un mismo nombre para hacer algo que todos comprendíamos sin necesidad de demasiadas explicaciones.

También recordaba la bandera.

Era difícil olvidarla.

Allí estaba escrito el destino de nuestra cuestación: el Sanatorio Antituberculoso de Sierra Espuña. Muchos años después, al volver sobre aquellos días, comprendía que aquella inscripción decía mucho más de nosotros que cualquier fotografía. Explicaba por qué salíamos.

No recuerdo que discutiéramos si aquello correspondía o no a una estudiantina. Nadie necesitaba justificar que un grupo de estudiantes recorriera las calles tocando para reunir dinero destinado a quienes lo necesitaban. Formaba parte de lo que entendíamos que podíamos hacer juntos.

Y ese año decidimos ir más lejos.

Se organizó una gira que, desde Murcia, nos llevó por Cieza, Albacete, Alicante, Orihuela y Cartagena. Nos animaba ver que los periódicos daban noticia de nuestro recorrido e incluso hablaban de prolongarlo hacia otras capitales universitarias del sur.

Al leer aquellos nombres fueron regresando recuerdos que durante años habían permanecido mezclados.

Cieza.

Albacete.

Alicante.

Orihuela.

Cartagena.

No los recordaba como puntos de un itinerario. Los recordaba cómo se recuerdan los viajes hechos con otros: por fragmentos.

Una estación. El cansancio. Los instrumentos que había que vigilar. Las bromas durante el trayecto. El momento de volver a colocarnos antes de comenzar a tocar.

Algunas cosas permanecían nítidas, como que al finalizar la gira postulante de 1928 el fotógrafo del periódico nos fotografió, regalándonos una copia a cada uno. Otras escenas, sin embargo, otras se habían desdibujado con los años. Y allí encontraba una ventaja que nunca había tenido con las estudiantinas del siglo anterior.

Podía comparar el periódico con mi memoria.



Volví a mirar la fotografía.

Allí estábamos todos al terminar la gira. Esquer, en el centro y en cuclillas. Yo, de pie a la derecha en la primera fila. Detrás de nosotros, ocupando buena parte de la imagen, la enorme bandera con el nombre de la estudiantina y el destino de nuestra cuestación.

Cuando nos hicieron aquella fotografía, el Sanatorio Antituberculoso de Sierra Espuña todavía no estaba terminado. Aquel mismo verano se bendeciría la cubierta, pero aún habrían de pasar años antes de que pudiera abrir sus puertas.

Nosotros habíamos recorrido las calles pidiendo para algo que todavía se estaba construyendo.

En 1935 supe que finalmente había sido inaugurado.

Miré de nuevo aquellas caras.

Entonces ninguno de nosotros podía saber cuánto tardaría en terminarse. Habíamos hecho lo que nos correspondía: salir, tocar y pedir.

La fotografía había quedado como el último recuerdo de aquella gira.

Once años después seguía conservándola.

Recordé de inmediato al hombre que conseguía que dejáramos de ser un grupo de estudiantes con instrumentos para convertirnos, al menos durante unos minutos, en una estudiantina.

Seguí pasando las noticias de aquellos días. Cuanto más leía, más difícil me resultaba mantener la distancia con la que había trabajado hasta entonces. Ya no intentaba imaginar cómo habría sido una salida, ni qué podía sentirse al llegar a una ciudad desconocida con los instrumentos y la bandera. Esta vez podía recordarlo.

Entonces el sanatorio todavía no estaba terminado. Nosotros recorríamos las calles recaudando dinero para una obra que tardaría años en abrir sus puertas. Recuerdo que en julio de aquel mismo 1928 se bendijo las cubiertas y que no sería inaugurado hasta 1935.

Para entonces nuestra gira quedaba lejos.

Habíamos salido de Murcia sabiendo para qué lo hacíamos poque previamente lo habíamos hecho por las calles de nuestra ciudad. La construcción del Sanatorio de Sierra Espuña no era una causa añadida a la gira para justificarla. Era su razón. Había que conseguir dinero y nuestra manera de hacerlo era la que conocíamos: tocar.

Eso no impedía que el viaje fuera también una aventura.

Éramos estudiantes viajando juntos, fuera de nuestras casas, con varias ciudades por delante y la atención que despertábamos allí donde aparecíamos. Entre una actuación y otra había esperas, comidas, bromas y discusiones que nada tenían que ver con el sanatorio. A veces bastaba con que uno comenzara a tocar para que los demás se sumaran. Otras veces nadie quería volver a sacar el instrumento después de haberlo llevado durante horas.

Pero cuando llegaba el momento de actuar, Esquer nos reunía.

Entonces cada uno ocupaba su lugar.

Aquello sí lo recordaba bien.

Primero había que afinar. Las conversaciones continuaban mientras unos probaban una cuerda y otros esperaban. Después, poco a poco, el ruido se ordenaba. Bastaba una indicación para que todos prestáramos atención y aquello que unos instantes antes parecía una reunión desordenada de estudiantes comenzara a sonar como una sola cosa.

La gente se acercaba.

Nosotros tocábamos.

Después algunos salían a recoger los donativos.

No recuerdo que midiéramos el resultado de cada jornada únicamente por el dinero reunido. También importaba que nos recibieran, que se detuvieran a escucharnos y que supieran para qué habíamos ido. La bandera ayudaba a explicarlo antes incluso de que nadie tuviera que hacerlo.

Volví a mirar la fotografía.

Allí estábamos todos detenidos para siempre después de aquella gira. Esquer, sentado en el centro. Yo, de pie hacia la derecha. Detrás de nosotros, ocupando buena parte de la imagen, la bandera.

Once años después podía reconocer muchas de aquellas caras.

Algunas habían permanecido cerca. De otras apenas sabía ya nada.

Pensé en lo extraño que resultaba contemplarnos desde 1939. En la fotografía ninguno podía saber lo que nos esperaba. Éramos simplemente un grupo de estudiantes que acababa de regresar de una gira y posaba ante un fotógrafo.

Tampoco yo sabía entonces que algún día tendría aquella imagen sobre la mesa de un periódico mientras intentaba reconstruir la historia de las estudiantinas.

La dejé junto a los recortes de 1927 y 1928.

Fue entonces cuando reparé en algo que hasta aquel momento había pasado por alto.

Nuestra estudiantina no había comenzado conmigo.

Volví a las noticias de 1928. Esta vez leí las noticias en orden, intentando reconstruir aquellos días tal como habían quedado registrados y no como los había conservado en la memoria.

Antes de emprender la gira habíamos actuado en el Teatro Bernal de El Palmar. El periódico enumeraba incluso algunas de las piezas: *Vivan los novios*, *La corrida de beneficencia*, *España cañí* y la jota *Viva Aragón*. Después aparecía Esquer acompañado por Salvador e Isidro Zorita, interpretando *Granada*, de Albéniz, y una supuesta decimocuarta sinfonía de Beethoven.

Sonreí.

¡Beethoven solo había escrito nueve sinfonías! Aquello que el periodista había llamado decimocuarta debía de ser otra obra, una errata de prensa, que me recordó algo que había aprendido durante aquellos meses de investigación: los periódicos conservaban la memoria y también sus errores.

Lo verdaderamente importante venía después. La noticia anunciaba que el día 16 comenzaríamos nuestra postulación y decía con toda claridad dónde irían los beneficios: al Sanatorio Antituberculoso de Sierra Espuña.

Me quedé mirando aquellas palabras.

Sanatorio Antituberculoso de Sierra Espuña.

Habían pasado catorce años desde la primera vez que aquel nombre se había cruzado en mi vida.

Entonces recordé a las señoritas.

En 1914, posiblemente, estudiaba mi primer año en la Normal de Murcia y aquella estudiantina femenina había sido difícil de ignorar. La formaban muchachas de la ciudad y la dirigía el doctor José Pérez Mateos y las inmortalizó una fotografía tomada en la Plaza de Toros de Murcia. También ellas tocaban bandurrias y guitarras. Realizaron cuestaciones e incluso una presentación en el Teatro Romea de la capital murciana para reunir fondos destinados al mismo proyecto.

La recordaba porque asistí aquella tarde al teatro.

Aquello cambió lo que estaba buscando.

No podía reconstruir la función completa después de tantos años, pero sí la expectación que había despertado ver sobre el escenario a aquella estudiantina de señoritas. Entonces yo no pensé demasiado en el destino de lo recaudado. Era joven y me interesaba mucho más la música y cuanto ocurría sobre el escenario.

Ahora, veinticinco años después, mientras repasaba aquellas noticias, el nombre del sanatorio adquiría otro significado.

Antituberculoso.

La tuberculosis continuaba siendo un grave problema de salud y aquel sanatorio que las señoritas habían ayudado a levantar con sus cuestaciones seguía teniendo sentido en el mundo desde el que yo escribía.

Por primera vez comprendí la distancia que separaba aquellos dos años. Cuando las señoritas murcianas salieron a postular, el sanatorio era todavía una aspiración. Cuando nosotros emprendimos nuestra gira, seguía sin estar terminado.

Y yo había vivido ambos momentos.

Aquello era distinto de todo lo que había encontrado hasta entonces. Podía seguir en los periódicos durante catorce años una misma causa benéfica y, al mismo tiempo, recordar las dos estudiantinas que habían contribuido a ella.

Volví a la fotografía de nuestra gira.

Detrás de nosotros estaba aquella enorme bandera.

Ya no la veía únicamente como la bandera de nuestra estudiantina. El nombre del sanatorio que llevaba escrito enlazaba nuestra salida con una empresa que había comenzado mucho antes de que nosotros tomáramos los instrumentos.

Y todavía faltaban años para verlo concluido.

Dejé la fotografía junto a las noticias de 1914 y 1928. Sobre la mesa habían terminado reuniéndose dos momentos de mi vida que hasta aquella tarde nunca había relacionado.

Miré el reloj. Llevaba varias horas trabajando y apenas había avanzado unas páginas de la serie que me había encargado el director. Sin embargo, empezaba a comprender que aquella demora no era inútil. Hasta entonces había seguido a las estudiantinas a través de lo que otros habían escrito sobre ellas. Ahora una de aquellas noticias me incluía a mí.

Eso me obligaba a ser más cuidadoso.

Mi memoria podía ayudarme a entender algunas cosas, pero no debía ocupar el lugar de los documentos. Los periódicos, en cambio, conservaban fechas, lugares y nombres que yo había olvidado. Entre ambos podía reconstruir algo de lo ocurrido, aunque no siempre coincidieran.

Volví a las noticias de nuestra gira.

Hasta aquel momento me había interesado sobre todo comprobar qué recordaba de ella. Ahora quise averiguar otra cosa: qué había sido de aquella estudiantina después de que yo dejara de formar parte de ella.

Si lo que había ido descubriendo durante mi investigación era cierto, nuestra marcha no tenía por qué haber significado su desaparición.

Busqué los años siguientes.

No tardé en volver a encontrarla.

El nombre cambiaba unas veces más que otras. En unas noticias aparecía como estudiantina; en otras, como tuna. También variaba la manera de identificarla con Murcia y con sus estudiantes. Pero aquello ya no me sorprendía. Había aprendido demasiado sobre los nombres como para confundir un cambio de denominación con el nacimiento de una agrupación distinta.

Lo que me interesaba era otra cosa.

Busqué entre sus integrantes algún nombre conocido.

Allí continuaba Luis Esquer.

Aquel nombre sí me permitía tender un puente. El director musical que aparecía en nuestras fotografías y que había dirigido la estudiantina en mis años seguía vinculado a ella después. Los estudiantes podían cambiar. Incluso el nombre con que los periódicos designaban al conjunto podía hacerlo. Pero algunas personas permanecían el tiempo suficiente para transmitir a los que llegaban una manera de organizarse, un repertorio, unas costumbres.

Pensé entonces en lo poco que habíamos hablado de todo aquello mientras pertenecí a la estudiantina. Nadie nos había explicado una historia. Nadie necesitaba hacerlo.

Llegábamos, aprendíamos y ocupábamos nuestro lugar.

Después llegaban otros.

Quizá eso era lo que yo había llamado, tantos años antes y sin detenerme a pensarlo, tradición estudiantil.

Continué revisando los periódicos.

A medida que avanzaba por los años siguientes, aquella estudiantina fue dejando de pertenecerme. Aparecían otros estudiantes, otros nombres y nuevas fotografías. Algunos de quienes habíamos estado juntos ya no figuraban. Era lo natural. Terminaban sus estudios, abandonaban Murcia o sencillamente dejaban de salir con la agrupación.

Pero la estudiantina continuaba.

Aquello me hizo pensar en mi bisabuelo. Entre sus años de estudiante y los míos había transcurrido casi un siglo y, sin embargo, los dos habíamos conocido algo que llamábamos estudiantina. No habían sido la misma agrupación ni podía establecer entre ellas una sucesión que los documentos no demostraban. Lo que permanecía era otra cosa.

Una forma de reunirse.

De tocar.

De salir a la calle.

De pedir.

De ayudar.

Esta palabra volvía a aparecer.

Ayudar.

La había encontrado tantas veces durante mi investigación que ya no podía considerarla un detalle. Estaba en las cuestaciones de las primeras comparsas que había seguido por la prensa, en las agrupaciones que acudieron a incendios, epidemias y otras desgracias, en las señoritas que vi actuar en 1914 y también en nosotros, cuando recorrimos varias poblaciones para ayudar a levantar el sanatorio de Sierra Espuña.

Pero había una diferencia que ahora podía entender mejor.

Cuando yo salía con la Estudiantina Escolar Murciana no sentía que estuviéramos imitando a nadie. Tampoco recuerdo que habláramos de continuar una costumbre nacida muchos años antes. Hacíamos aquello porque nos parecía propio de una estudiantina.

Tal vez ahí residía precisamente la fuerza de una tradición: en recibirla sin necesidad de conocer su historia.

Anoté la frase en el margen de mis papeles y continué.

Los años treinta comenzaron a acumularse sobre la mesa. La palabra *estudiantina* seguía apareciendo, pero cada vez encontraba con mayor naturalidad otra que ya conocía perfectamente.

Tuna.

No era nueva. La había encontrado mucho antes y sabía que ambas denominaciones habían convivido. Sin embargo, ahora estaba entrando en años que yo mismo recordaba y podía advertir algo que las noticias más antiguas no me permitían percibir de la misma manera.

Para nosotros, decir *tuna* ya no resultaba extraño.

Busqué entonces las noticias que conservaba de aquellos años, no para contar cuántas veces aparecía una palabra u otra, sino para averiguar si detrás de ellas seguía reconociendo aquello que yo había conocido.

Y volví a encontrar nombres familiares.

Entre ellos estaba otra vez Luis Esquer.

Su presencia me interesó más que cualquiera de las denominaciones empleadas por los periodistas. Los estudiantes que aparecían a su alrededor ya no eran necesariamente los mismos que habían posado conmigo en 1928, pero él seguía allí. Eso demostraba algo mucho más sencillo que una genealogía y, precisamente por eso, más fácil de sostener: quienes llegaban no comenzaban siempre desde cero.

Recibían algo de quienes habían estado antes.

Pensé en mis propios años con la estudiantina. Habíamos aprendido las piezas musicales, la manera de colocarnos, cuándo salir, cómo organizar una cuestación. Nunca llamamos a aquello transmisión. Simplemente aprendíamos a hacerlo.

Y eso me devolvió a una pregunta que hasta entonces había formulado mal.

Quizá no debía preguntarme solamente por qué las estudiantinas ayudaban.

Debía preguntarme qué había determinado que los estudiantes consideraran que ayudar formaba una parte indisoluble de ser estudiantina.

Me levanté. Abandoné el archivo de mi periódico y volví al arcón de mi bisabuelo.

Durante aquellos meses había recurrido a él muchas veces. Al principio lo hice buscando respuestas. Después aprendí que los papeles familiares rara vez las daban completas. Conservaban fragmentos: una carta, una anotación, un nombre, el recuerdo de algún acontecimiento que mi padre había oído contar y que yo había escuchado muchos años después.

Esta vez tampoco buscaba una respuesta concreta.

Quería volver al principio.

Aparté los documentos que había consultado durante las últimas semanas hasta encontrar los más antiguos. Al hacerlo reaparecieron historias que conocía desde niño. Algunas pertenecían a mi bisabuelo; otras habían llegado hasta mí a través de mi padre. Durante años las había escuchado como episodios de otra época. Ahora empezaba a preguntarme si detrás de ellas había algo que pudiera ayudarme a comprender lo que acababa de descubrir en los periódicos.

Pensé en Salamanca.

En los estudiantes que tenían criados y podían comprar libros nuevos, pero también en aquellos que apenas tenían para comer. Mi padre me había hablado de ellos muchas veces al repetir las historias del abuelo Ginés. De los escolares pobres. De quienes dependían de una ayuda o de la sopa repartida a las puertas de los conventos. También de la facilidad con que la fortuna podía separar a dos muchachos que compartían las mismas aulas.

Aquello pertenecía a un mundo anterior a las estudiantinas que llevaba meses siguiendo por la prensa.

Si quería averiguar qué había determinado que ayudar llegara a formar una parte indisoluble de ser estudiantina, no bastaba con seguir buscando estudiantinas. Tenía que mirar también a los estudiantes y al mundo en que habían nacido aquellas agrupaciones.

Volví a los periódicos apartados y a mis apuntes. Las estudiantinas, entendidas como agrupaciones de personas que pedían dinero mientras tocaban música, habían aparecido a partir de la liberalización de las fiestas de máscaras durante el reinado de Isabel II. Desde entonces había seguido durante casi un siglo su transformación hasta llegar a las tunas y había comprobado que la mayoría, fueran populares o académicas, mantuvieron una misma característica: pedir dinero para socorrer a colectivos desfavorecidos.

Aquello determinaba que la siguiente pregunta fuera otra.

¿Qué había en aquella sociedad para que la solidaridad tuviera en ella un lugar tan natural?

Busqué la respuesta fuera de las estudiantinas.

No tardé en comprender que durante aquellos años ayudar no había sido una preocupación exclusiva de los estudiantes. La encontraba por todas partes y bajo nombres diferentes.

Caridad. Beneficencia. Filantropía. Socorro.

No significaban exactamente lo mismo, pero todas aquellas palabras hablaban de una sociedad acostumbrada a convivir con la necesidad y a organizar distintas formas de aliviarla.

La caridad venía de mucho más atrás. Durante siglos había estado unida a la religión y a instituciones que atendían a pobres, enfermos y desamparados. Pero el siglo XIX había añadido otras formas de hacerlo. La beneficencia empezaba a convertirse también en asunto de las administraciones, mientras particulares y asociaciones promovían cuestaciones, funciones y suscripciones para atender las desgracias que se sucedían.

Y había algo más.

Socorrerse unos a otros.

Encontré sociedades creadas precisamente para eso. Sus integrantes contribuían para auxiliar a quienes enfermaban o atravesaban dificultades. Aquella ayuda no era exactamente la misma que practicaban nuestras estudiantinas, pero mostraba hasta qué punto la solidaridad formaba parte del mundo asociativo que estaba naciendo durante aquel siglo. Era una de las expresiones del compromiso social de una época llena de cambios.

Esta palabra me evocaba otra.

Filantropía.

No eran exactamente lo mismo. La solidaridad podía manifestarse entre quienes compartían una misma necesidad; la filantropía dirigía la ayuda hacia otros, sin esperar nada a cambio.

Volví a las primeras noticias que había reunido. La inmensa mayoría de aquellas estudiantinas no habían pedido para sí mismas. Habían utilizado aquello que mejor sabían hacer —reunirse, tocar y recorrer las calles— para conseguir dinero destinado a quienes lo necesitaban.

Filantropía. Esta palabra definía mejor lo que llevaba meses encontrando en las estudiantinas y tunas.

Empecé a comprender que quizá no debía buscar un momento exacto en el que alguien hubiera decidido convertirla en una característica de las estudiantinas. Podía haber sucedido de una manera mucho más sencilla: habían nacido en el seno de una sociedad que, además del respeto y del valor de la palabra dada, consideraba fundamental la ayuda al necesitado. La solidaridad formaba parte de aquel universo de valores y las estudiantinas nacidas de aquella sociedad encontraron en la filantropía una manera propia de expresarla.

Volví a escribir aquellas palabras.
Ayudar. Solidaridad. Filantropía. Valores.
Ya no parecía únicamente una característica que se hubiese repetido durante décadas.
Empezaba a entender por qué había podido hacerlo.

Capítulo 11. Las tunas alfonquinas y republicanas

El monográfico encargado seguía esperando y todavía me separaban varios años de aquella noticia de junio de 1939 con la que había comenzado todo.

Regresé a los últimos años del reinado de Alfonso XIII.

Esta vez el cambio resultaba difícil de ignorar. Las agrupaciones académicas aparecían cada vez con mayor frecuencia y, entre ellas, la palabra *tuna* había dejado de ser una denominación que encontraba ocasionalmente para, en el tiempo que yo mismo había conocido, ir sustituyendo a *estudiantina*.

También se planteaba un problema diferente. Hasta entonces había tenido que reconstruir un mundo que me precedía. Ahora los periódicos comenzaban a acercarse demasiado a mis propios recuerdos. Había vivido los últimos años de la Monarquía, la Dictadura de Primo de Rivera y la llegada de la República. Había visto cambiar banderas, gobiernos y maneras de entender España.

Y las tunas pervivieron y siguieron saliendo.

Extendí las noticias por años.

Algo de lo que acababa de escribir sobre los valores parecía confirmarse. Durante el reinado de Alfonso XIII las informaciones sobre la actividad postulante de las estudiantinas habían alcanzado una intensidad que no había encontrado en los periodos anteriores, principalmente debido a la actividad de las universitarias, que habían adquirido un protagonismo creciente.

No significaba que hubieran desaparecido las otras. Seguían existiendo estudiantinas populares, pero la costumbre de pedir dinero para ayudar a colectivos necesitados parecía haberse asentado definitivamente entre los estudiantes.

Quizá por eso mi propia experiencia de 1928 me había parecido entonces tan natural.

Yo no había asistido al nacimiento de una tradición.

Había entrado en una tradición que ya se estaba consolidando.

Seguí avanzando.

En abril de 1931 cayó la Monarquía y se proclamó la República.

Me interesó comprobar qué había ocurrido entonces con ellas. Si las estudiantinas habían absorbido valores de la sociedad en la que nacieron, un cambio político de aquella magnitud podía haber dejado alguna huella en ellas.

Busqué.

Las encontré otra vez.

No habían desaparecido.

Hasta entonces había prestado atención a los cambios de nombre, de indumentaria, de repertorio y de composición de las agrupaciones. Ahora quise comprobar si el cambio de régimen había modificado también la finalidad de sus salidas.

No parecía haberlo hecho.

Detecté que, durante los años republicanos, las agrupaciones académicas siguieron apareciendo en la prensa y lo hicieron con una presencia que ya superaba claramente a la de las estudiantinas formadas a partir de otros entornos de la sociedad. Cambiaba el régimen político, pero los estudiantes continuaban reuniéndose para formar tunas y estudiantinas.

Y continuaban con su actividad filantrópica.

Esa comprobación me interesó mucho más.

Porque significaba que aquello que había reconocido en mi estudiantina de 1928 había atravesado también el cambio de régimen.

Encontré un ejemplo especialmente cercano.

Murcia, 1933.

La Tuna Universitaria Murciana volvía a aparecer ante mí. Esta vez la dirigía el estudiante José María Gómez Mirete, continuaba Luis Esquer como director musical y destacaba Antonio Garola Rubio como violín concertino. Entonces la agrupación había salido por Alicante con otra cuestación benéfica.

Me quedé mirando el nombre de Esquer.

Cinco años habían pasado desde nuestra gira de 1928.

Los estudiantes habían cambiado.

El régimen también.

Él seguía allí.

Y la tuna seguía postulando.

Las noticias republicanas continuaban hablando de cuestaciones, funciones y viajes realizados para ayudar a otros. Cambiaban los estudiantes y las agrupaciones, pero volvía a encontrar la misma disposición benéfica, el mismo compromiso social que había observado en ellas desde el siglo anterior.

Una de las noticias de 1934 me llamó la atención. Ni siquiera necesitaba explicación.

Era la foto de la Estudiantina de Veterinaria de Córdoba posando con los Exploradores de la ciudad ante un cartel.



Lo copié en mis notas:

«Pedimos para los necesitados».

Me pareció difícil encontrar una frase más sencilla.

Aquellos estudiantes habían reducido a cuatro palabras buena parte de lo que yo llevaba meses intentando comprender.

La cuestación no había quedado en una declaración de intenciones. Lo recaudado se destinó al Comedor de Caridad, a los asilos y a los niños de Villaviciosa.

Pensé de nuevo en la palabra que había escrito tantas veces en mis notas.

Filantropía.

Allí estaba, sin necesidad de que el periódico la utilizara.

Pero aquel caso me interesaba también por otra razón. Ya no estaba ante las primeras estudiantinas del siglo anterior ni ante mi propia agrupación de 1928. Estaba en plena Segunda República y encontraba a estudiantes haciendo lo mismo: reunirse, tocar, pedir por las calles y entregar a otros lo conseguido.

También en 1934 la Tuna Universitaria Murciana postuló durante el Carnaval de Murcia a beneficio de la Tienda-Asilo y se difundió además que ofreció una función benéfica. Entonces la Universidad contaba con tres Facultades: Filosofía y Letras, Derecho y Ciencias. También fue cuando se tomó una fotografía en el claustro de la Universidad con su madrina y profesores.



Comencé a comparar las noticias de aquellos años con las del final de la Monarquía.

Habían cambiado muchas cosas. También las universidades y los propios estudiantes vivían en un país distinto. Sin embargo, no encontraba una ruptura semejante en lo que continuaban haciendo.

Sin embargo, no encontraba una ruptura semejante en lo que continuaba haciendo.

La nueva República no había acabado con las tunas que había conocido bajo la Monarquía ni cambiado su carácter filantrópico. No había acabado con su actividad benéfica.

Aquello me obligó a desconfiar de una división que yo mismo había establecido al ordenar mis papeles. Había separado las noticias por reinados, gobiernos y repúblicas porque era

una manera sencilla de orientarme entre tantos años. Pero las agrupaciones no parecían respetar esta distribución con la misma claridad.

La política podía dividir el tiempo. La tradición no lo hacía.

Volví a Murcia.

Esquer era una de las pocas personas que podía reconocer a ambos lados de aquella frontera. Había dirigido musicalmente nuestra estudantina bajo la Monarquía y cinco años después aparecía al frente de la Tuna Universitaria Murciana durante la República. A su alrededor habían cambiado los estudiantes y también el país, y algunas maneras de hacer las cosas habían conseguido permanecer: la agrupación continuaba saliendo y postulando.

Aquello me hizo pensar en algo que hasta entonces había pasado por alto.

Cuando el director me encargó el monográfico yo había empezado a ordenar las noticias por fechas. Era lo más sencillo. Monarquía, Dictadura, República. Los periódicos mismos parecían imponer aquella división. Sin embargo, cuanto más avanzaba, menos útiles me resultaban esas fronteras para explicar lo que estaba encontrando.

Busqué hacia atrás.

Durante los últimos años del reinado de Alfonso XIII la actividad postulante de las agrupaciones académicas había alcanzado una intensidad nunca encontrada antes.

Después llegó la Dictadura de Primo de Rivera y continuaron apareciendo. En 1924 encontré un buen ejemplo de otro fenómeno que venía observando: una misma agrupación madrileña aparecía en la prensa como *Estudiantina Universitaria de Madrid*, *Tuna Madrileña*, *Tuna Escolar Madrileña* y *Tuna Escolar Universitaria de la Universidad Central*.

Cuatro nombres para una misma agrupación.

Recordé entonces el problema que ya había encontrado al seguir a otras estudantinas a través de los periódicos. Los nombres cambiaban con una facilidad desconcertante. A veces era imposible saber si estaba ante una agrupación nueva o ante otra manera de llamar a una que ya conocía.

Pero ahora había algo distinto.

La palabra *tuna* aparecía cada vez con mayor naturalidad junto a *estudiantina*.

Revisé algunas de las notas que había tomado al comenzar el trabajo. Durante buena parte del siglo anterior *tuna* me había llevado casi siempre hacia otra cosa: la vida errante del estudiante, el *correr la tuna*, una forma de vivir o de procurarse el sustento. Ahora la encontraba convertida en nombre de agrupaciones universitarias.

No había ocurrido de repente. Tampoco podía señalar un año y escribir: aquí cambió todo. Estaba ante el periodo en el que las agrupaciones académicas buscaron una imagen e identidad propias. Y este cambio era precisamente lo que empezaba a incomodarme.

El director esperaba una serie de artículos que pudiera leer y comprender cualquiera. Para ello necesitaba fechas, nombres y acontecimientos con los que documentarla. Pero los periódicos se empeñaban en mostrarme procesos mucho menos ordenados. Las palabras podían cambiar antes que las costumbres, y las costumbres sobrevivir a las palabras con las que habían sido nombradas.

Miré nuevamente las noticias republicanas.

En ellas la palabra *tuna* aún convivía con *estudiantina*. La prensa hablaba de Tunas Universitarias, Tunas Escolares, Estudiantinas de Facultad, Estudiantinas de Escuelas Normales. Simplemente, una palabra iba ganando terreno frente a la otra entre los estudiantes.

No había ocurrido de repente. Tampoco podía señalar un año y escribir: aquí cambió todo. Estaba ante el periodo en el que las agrupaciones académicas buscaron una imagen e identidad propias. Precisamente por eso resultaba tan difícil fijar el cambio.

Pensé en 1928.

Nosotros no habíamos discutido demasiado qué éramos. Éramos la Estudiantina Escolar Murciana. Tocábamos, viajábamos y pedíamos para el sanatorio. Cinco años después encontraba una Tuna Universitaria Murciana haciendo algo muy parecido.

Quizás había estado buscando el cambio en el lugar equivocado.

No debía preguntarme solamente cuándo la *estudiantina* empezó a llamarse *tuna*.

Tenía que averiguar si había cambiado algo cuando empezó a hacerlo.

Aparté por un momento las noticias republicanas y regresé a las más antiguas.

Esta vez no busqué nombres.

Miré a los estudiantes.

En las primeras estudiantinas académicas no siempre resultó fácil distinguirlos de las demás comparsas del carnaval. Unas y otras podían disfrazarse, tocar por las calles y pedir dinero. Sin embargo, desde las últimas décadas del siglo anterior algo parecía haber empezado a cambiar. Las agrupaciones formadas por estudiantes mostraban cada vez mayor interés por hacer visible precisamente aquello que eran.

Los nombres ofrecían una primera pista.

Los Medicinantes. Los Hijos de Hipócrates. La Esmeralda Médica. La Doctora Escolar.

No necesitaba conocer a sus integrantes para saber qué querían mostrar: su condición de escolares y, en algunos casos, hasta los estudios que cursaban. La referencia académica había entrado en el propio nombre de la agrupación.

Pero el nombre no bastaba.

Volví a las fotografías y grabados que había ido reuniendo.

Allí estaba nuevamente el traje.

Yo había seguido la historia de aquella vestimenta al estudiar el viaje de la Estudiantina Española a París. A aquella indumentaria añadieron después un distintivo propio: desde finales del siglo XIX comenzaron a prender del hombro un lazo con el color correspondiente a los estudios que cursaban. Sabía que nunca había sido el traje de los universitarios, por mucho que después se repitiera y pudiera parecerlo. Sin embargo, desde 1878 su imagen se había extendido con una rapidez extraordinaria y muchas estudiantinas terminaron adoptándola. A pesar de ello, algunas agrupaciones académicas prefirieron vestir como los estudiantes acudían a clase: levita oscura, pantalón y corbata negra, con sombrero negro redondo o gorra oscura con visera. En invierno podían añadir capa o gabán.

Me fijé en aquel detalle, pero también en una ausencia.

Apareció un lazo en el hombro y desaparecieron de ellas los disfraces. Algo tan pequeño permitía desvelar lo que el traje por sí solo no podía decir: quienes lo llevaban eran estudiantes.

Los disfraces quedaron relegados a las comparsas populares y, aunque algunas imitaron la indumentaria de las académicas, alimentando nuevamente la confusión, el lazo permitía distinguirlas.

Entonces comprendí que el cambio de nombre no estaba ocurriendo solo.

Mientras *tuna* iba ocupando el lugar de *estudiantina*, las agrupaciones académicas habían ido acumulando signos que permitían reconocerlas: el nombre de la Facultad o de la Universidad, una indumentaria cada vez más característica, el color de los estudios en el lazo del hombro. Incluso su organización interna empezaba a repetirse: abanderados, postulantes, orquesta, coro, directores musicales.

Aquello sí era diferente.

No porque hubieran dejado de tocar. Tampoco porque hubieran dejado de pedir. Precisamente esas eran algunas de las cosas que habían permanecido.

Lo que había cambiado era la necesidad de distinguirse.

Volví a leer una noticia de 1870 que ahora adquiriría otro sentido. Hablaba de una agrupación formada enteramente por alumnos de Medicina. Su nombre reunía ya las dos palabras que llevaba horas persiguiendo:

Estudiantina Tuna Médica.

Había salido por las calles de Madrid para recaudar fondos destinados al socorro de los pobres.

Sonreí al copiarlo.

Allí estaban juntas.

Estudiantina y tuna.

Y también estaba la cuestación.

El nombre comenzaba a cambiar. La finalidad, no.

Dejé el periódico sobre la mesa y miré las notas que había ido acumulando. El trabajo encargado por el director empezaba a ser muy distinto del que imaginé cuando entré en su

despacho con aquella noticia de junio de 1939. Entonces había pensado que bastaría con averiguar de dónde procedían aquellas tunas que volvían a aparecer en las calles. Ahora tenía ante mí más de medio siglo de transformaciones que no se dejaban reducir a una simple sucesión de nombres.

Volví a leer algunas de las páginas que llevaba escritas.

Había empezado por el carnaval y sus comparsas. Después aparecieron las estudiantinas de escolares, París, la difusión de aquel traje que nunca había sido universitario y, finalmente, las tunas. Pero mientras cambiaban los nombres y la apariencia de las agrupaciones, otras cosas parecían haber resistido mejor el paso del tiempo: la costumbre de salir tocando por las calles, la cuestación y aquella disposición a entregar a otros lo recaudado.

Pensé en el título que el director había propuesto para la serie: *El carnaval y las estudiantinas en provincias*.

Empezaba a quedárseme corto.

En mis papeles convivían estudiantinas, tunas y agrupaciones que habían recibido ambos nombres. No podía decidir cuál de ellos era el correcto sin falsear precisamente lo que estaba descubriendo porque todos lo eran. Tenía que conservarlos como aparecían en cada momento y explicar al lector por qué una palabra había ido ganando terreno mientras tantas de las prácticas anteriores permanecían.

Miré el calendario.

Todavía tenía que llegar hasta mi propio tiempo.

Regresé a las noticias de los años treinta.

Ahora ya no buscaba solamente qué nombre utilizaban. Empecé a fijarme en qué hacían aquellas tunas republicanas cuando salían a la calle y, sobre todo, en quién decidía sus salidas, sus viajes y el destino de las cuestaciones.

Era una pregunta que hasta entonces no me había hecho.

En 1928 tampoco había tenido necesidad de hacérmela. Nosotros nos reuníamos, preparábamos las actuaciones y sabíamos para qué salíamos a pedir. Aquello pertenecía a la propia agrupación. Pero, al acercarme a 1936, las noticias empezaban a obligarme a mirar alrededor de las tunas y no solamente dentro de ellas.

Empecé a releer las noticias de aquellos años de otra manera. Hasta entonces me había interesado principalmente lo que hacían las agrupaciones: dónde actuaban, por qué salían, cuánto conseguían recaudar y a quién entregaban el dinero. Ahora comencé a fijarme también en quienes aparecían junto a ellas.

No era una cuestión menor. Una estudiantina podía organizar una cuestación, ofrecer una función benéfica o emprender un viaje y seguir siendo dueña de sus decisiones. Eso era lo que yo recordaba de 1928. Pero la presencia cada vez más visible de facultades, universidades y otras instituciones en los nombres con que aparecían aquellas agrupaciones en la prensa me obligaba a preguntarme hasta qué punto aquella autonomía había permanecido intacta.

Regresé a las fotografías.

En ellas no estaban únicamente los estudiantes. Había rectores, profesores, autoridades y representantes de las instituciones que recibían lo recaudado. Algunas veces posaban junto a la agrupación; otras aparecían en las recepciones o en los actos organizados durante sus viajes. Aquello demostraba que las tunas se desenvolvían dentro de un entramado institucional mucho más amplio que el que podía sugerir una fotografía de estudiantes tocando por las calles.

Pero no debía confundir una cosa con otra.

Que una autoridad recibiera a una tuna o apareciera fotografiada con ella no significaba que decidiera lo que aquella agrupación hacía. Yo mismo podía recordarlo. En 1928 habíamos tratado con autoridades y nuestra cuestación tenía un destinatario perfectamente definido, pero las decisiones de la estudiantina seguían perteneciendo a la estudiantina, a sus integrantes.

Anoté la diferencia al margen.

Apoyo no era dirección.

Aquello me pareció importante.

Si quería saber si las tunas habían cambiado realmente, no bastaba con seguir sus nombres, sus trajes o sus cuestaciones. Tenía que averiguar también quién decidía lo que hacían.

Y esa pregunta me acercaba peligrosamente a los años que yo mismo había vivido.

Volví a las noticias de los primeros años de la Segunda República con esa pregunta en mi mente. Las había encontrado antes en cuestaciones, viajes y funciones benéficas.

En muchas de ellas seguían siendo los propios estudiantes quienes ocupaban el primer plano. Organizaban sus agrupaciones, elegían presidentes y directores, preparaban sus salidas y emprendían viajes. Las facultades o las universidades podían aparecer en sus nombres y las autoridades recibirlas, acompañarlas o prestarles apoyo. Eso no bastaba para demostrar que hubieran dejado de gobernarse por sí mismas.

El caso de Murcia volvió a servirme de referencia. En 1933 encontraba una Tuna Universitaria Murciana con un estudiante al frente y con Luis Esquer en la dirección musical. Habían pasado cinco años desde mi estudiantina y aquella forma de organizarse aún me resultaba reconocible.

Empecé a comprender que debía separar dos cosas que los periódicos podían presentar juntas: pertenecer a una institución y depender de ella.

Una Tuna de Medicina podía estar formada por alumnos de aquella Facultad. Una Tuna Universitaria podía reunir estudiantes de cualquier Facultad o Escuela de una Universidad. El nombre decía quiénes eran o de dónde procedían, pero no necesariamente quién tomaba sus decisiones.

Volví a pensar en nosotros.

En 1928 nadie necesitaba decirnos cuándo debíamos salir ni para qué pedíamos. La cuestación para el sanatorio formaba parte de aquello que habíamos decidido hacer como agrupación. Si quería descubrir cuándo había cambiado esa manera de entender la tuna, tendría que encontrar algo más que un nombre institucional.

Necesitaba encontrar una intervención externa en una tuna.

Seguí avanzando por los años republicanos.

A medida que me acercaba a 1936, las noticias dejaron de ser para mí únicamente documentos. Algunas hablaban ya de calles que recordaba, de acontecimientos que había vivido y de un país cuyo final conocía demasiado bien. Tuve que hacer un esfuerzo para no leerlas desde 1939.

Lo que sabía ahora no podía servirme para decidir lo que aquellas noticias habían significado entonces.

Llegué a enero de 1936.

Esta vez Murcia apareció muy pronto. La Tuna Escolar Murciana estaba presidida por Camilo Agra y había nombrado presidente honorario al alcalde de la ciudad, el marqués de Ordoño. Aquello habría podido parecer una respuesta a la pregunta que acababa de formularme, pero no lo era. Un presidente honorario seguía sin ser quien gobernaba la agrupación.

Continué leyendo.

Poco después salió a postular por Alicante y Murcia. El dinero se destinaba a la Cruz Roja murciana. Otra vez encontraba juntas algunas de las cosas que llevaba siguiendo desde el siglo anterior: estudiantes, música, calles y una cuestación benéfica.

No era un caso aislado. Aquel mismo carnaval, la Tuna de Gijón llegó a Madrid durante una excursión postulante para recaudar fondos destinados a los huérfanos de Asturias. Entonces encontré nuevamente a la Tuna de la Universidad Central recorriendo las calles de la capital.

Aquello me obligó a detenerme.

Estaba ya en 1936 y la actividad benéfica seguía presente. No podía convertir los cambios políticos que yo conocía en una ruptura que los documentos no mostraban. Al menos hasta aquel momento, las tunas académicas continuaban haciendo muchas de las mismas cosas que había encontrado décadas atrás.

Pero Murcia me planteaba un problema más interesante.

En las noticias de aquel año una misma agrupación volvía a aparecer con nombres diferentes: *Tuna Escolar Murciana*, *Estudiantina de la Universidad de Murcia*. En otras informaciones encontraba también una *Tuna Universitaria Murciana* e incluso la denominación *Tuna Universitaria de la FUE*.

Escribí las denominaciones una debajo de otra.

Ya sabía que los nombres podían engañarme. Lo había comprobado muchas veces. Podía ser otro caso de una misma agrupación a la que la prensa llamaba de diferentes maneras, pero también podía haber varias tunas en la misma universidad. Ahora, sin embargo, una de aquellas palabras no describía una Facultad ni una Universidad.

FUE.

Aquello era distinto.

Conocía aquellas siglas, estaban cargadas de significado político y asociativo. Las había visto durante años en la vida universitaria y en los periódicos. Por eso precisamente debía tener cuidado. Que aparecieran unidas al nombre de una tuna no bastaba para decidir qué relación existía entre ambas.

El acrónimo correspondía a la Federación Universitaria Escolar. No designaban unos estudios ni una procedencia académica, sino una organización nacional de estudiantes que conocía bien por haber formado parte de la vida universitaria de aquellos años. En 1936 su nombre tenía también una resonancia que no podía confundirse con las de una Facultad. La vida estudiantil se había politizado y las asociaciones universitarias participaban también de las tensiones que atravesaban el país.

Precisamente por eso debía ser prudente.

Tuna Universitaria de la FUE. No sabía todavía si se trataba de la misma Tuna Universitaria Murciana que aparecía en otras noticias, de otra agrupación formada por estudiantes pertenecientes a la Federación o de una tuna vinculada a ella de una manera más estrecha.

Volví a mis notas.

Había empezado preguntándome quién tomaba las decisiones dentro de aquellas agrupaciones. Por primera vez encontraba una denominación que parecía llevarme fuera de la propia tuna, pero el nombre seguía sin bastarme.

Necesitaba averiguar qué significaba realmente aquel «de la FUE».

Y para hacerlo tendría que regresar algunos años atrás.

Retrocedí hasta 1932.

Lo que encontré no resolvió el problema. Lo hizo más interesante.

Una noticia sobre la Tuna Escolar Universitaria de Murcia señalaba que había sido organizada por la FUE y por la Federación de Estudiantes Católicos.

Leí de nuevo los dos nombres.

La Federación Universitaria Escolar y la Federación de Estudiantes Católicos representaban posiciones muy distintas dentro del mundo estudiantil. La primera se identificaba con los sectores de izquierda; la segunda, con los católicos y con la derecha. Sin embargo, allí aparecían juntas organizando una estudiantina.

Aquello me obligaba a corregir la sospecha que había empezado a formarme al encontrar, cuatro años después, una *Tuna Universitaria de la FUE*. La presencia de una organización estudiantil detrás de una tuna no significaba necesariamente que la agrupación hubiese nacido para defender sus posiciones políticas. Al menos en 1932, dos organizaciones enfrentadas en otros ámbitos habían sido capaces de intervenir conjuntamente en la formación de una.

La cuestión, por tanto, no era solamente quién organizaba las tunas.

También debía preguntarme para qué las organizaba.

Busqué qué había hecho aquella agrupación.

Los periódicos volvieron a llevarme fuera de Murcia. Aquel año la tuna viajó y apareció bajo varias denominaciones: *Tuna Estudiantil de la Universidad*, *Tuna Universitaria Murciana*, *Estudiantina Universitaria de Murcia*, *Tuna Escolar Murciana*.

Aquello demostraba que la prensa había utilizado diferentes nombres para referirse a una misma agrupación. Era exactamente el problema con el que llevaba días tropezando: las denominaciones, por sí solas, no siempre permitían saber cuántas agrupaciones había detrás de ellas.

Pero ahora sabía algo más.

En 1932, detrás de aquella tuna habían estado dos organizaciones estudiantiles de signo muy distinto. Cuatro años después encontraba, en cambio, una denominada expresamente *Tuna Universitaria de la FUE*.

La diferencia podía ser importante, pero no debía adelantarme. Tenía que averiguar si aquel *de la FUE* de 1936 significaba únicamente que sus integrantes pertenecían a aquella Federación o si esta intervenía realmente en la organización y las decisiones de la tuna.

Antes de volver a ese año algo que encontré me obligó a detenerme en diciembre del año anterior.

Esta vez no era la prensa la que había confundido los nombres.

Había dos tunas.

La noticia reproducía una carta de la comisión organizadora de la Tuna Universitaria Murciana. Sus integrantes protestaban porque habían sabido que se estaba formando otra agrupación con el nombre de *Tuna Escolar Murciana*. La diferencia no parecía preocuparles únicamente por el nombre. Afirmaban que la suya era la única que contaba con la conformidad del rector de la Universidad y negaban que este hubiese tenido conocimiento de la formación de la otra.

Aquello sí respondía a una de mis preguntas.

La Universidad ya no aparecía solamente en el nombre de la tuna ni como escenario de una fotografía. Según aquella carta, los estudiantes que quisieran organizar una agrupación debían comunicarlo a la autoridad académica. Los firmantes iban todavía más lejos: sostenían que quienes pertenecían a un centro docente debían acudir primero al rector para realizar aquellas actividades y cuestionaban que la otra agrupación pudiera utilizar distintivos estudiantiles o de Facultad.

Volví a pensar en nuestra estudiantina de 1928.

Habían transcurrido apenas siete años y, sin embargo, yo no recordaba haber sentido que la Universidad decidiera por nosotros. Ahora encontraba a unos estudiantes reclamando públicamente la aprobación del rector como aquello que distinguía su tuna de otra que pretendía presentarse también como escolar.

No era todavía lo mismo que depender de la Universidad.

Pero tampoco era únicamente recibir su apoyo.

La frontera empezaba a resultarme menos clara.

Miré los nombres de quienes firmaban la carta: estudiantes de Derecho, Magisterio y Ciencias Químicas. No hablaba el rector. Hablaban los propios estudiantes que componían la comisión organizadora.

Ese detalle era importante. La iniciativa continuaba apareciendo en manos de los estudiantes, aunque ellos mismos reconocían ahora una autoridad exterior capaz de legitimar cuál de las agrupaciones podía presentarse como universitaria.

Anoté al margen:

Iniciativa estudiantil. Autorización académica.

No eran necesariamente lo mismo.

Regresé entonces a la denominación que había encontrado en 1936.

Tuna Universitaria de la FUE.

Ahora la pregunta era más precisa. Ya no se trataba únicamente de saber quién había formado aquella tuna. Necesitaba averiguar quién podía decidir lo que hacía una vez constituida.

Busqué una respuesta en las noticias de los años anteriores.

No la encontré.

Había referencias a la Tuna Universitaria Murciana, a sus viajes, actuaciones y cuestaciones, pero ninguna de las que tenía delante me permitía establecer en qué momento había pasado a depender de la FUE ni, siquiera, asegurar que aquella dependencia hubiese existido en los términos que yo intentaba averiguar.

Aquello era importante.

Podía escribir que en 1936 la prensa había utilizado la denominación *Tuna Universitaria de la FUE*. No podía convertir esas palabras en una historia que los documentos no me contaban.

Dejé la cuestión abierta y volví a lo que sí podía comprobar.

La actividad de las tunas continuaba.

En febrero de aquel año encontré nuevamente a una agrupación murciana viajando y postulando. Había salido de Murcia, pasado por otras ciudades y recaudaba dinero para la Tienda-Asilo. En Córdoba visitó la redacción de un periódico y recorrió distintos centros mientras continuaba la cuestación.

La noticia me resultó familiar.

Ocho años antes yo había recorrido otras ciudades con una estudiantina murciana recogiendo dinero para el sanatorio de Sierra Espuña. Ahora otros estudiantes hacían algo semejante para la Tienda-Asilo.

Habían cambiado los nombres, los muchachos y también el país. Incluso comenzaban a aparecer organizaciones estudiantiles detrás de algunas agrupaciones. Pero la vieja práctica de salir con los instrumentos y pedir dinero para ayudar a otros seguía allí.

Eso sí podía afirmarlo.

Empecé a comprender que estaba siguiendo dos historias que no avanzaban necesariamente al mismo ritmo. Una era la de las costumbres de aquellas agrupaciones: reunirse, tocar, viajar, postular y destinar lo obtenido a una finalidad benéfica. La otra era la de las instituciones y organizaciones que comenzaban a aparecer a su alrededor.

Durante mucho tiempo había prestado atención sobre todo a la primera.

Ahora tenía que vigilar también la segunda.

Porque podían encontrarse.

Y, cuando lo hicieran, quizá cambiaría algo más que el nombre de la tuna.

Dejé los periódicos sobre la mesa.

El monográfico que me había encargado el director empezaba a parecerse poco al que yo había imaginado aquella mañana de junio.

Ahora sabía que no era tan sencillo.

Había encontrado agrupaciones que no eran de estudiantes, otras que sí lo eran y habían querido dejarlo claro en sus nombres, trajes y distintivos. Había visto cómo *tuna* y *estudiantina* convivieron durante décadas y cómo la primera fue ganando terreno entre las agrupaciones académicas a medida que finalizaba el siglo XIX. También había seguido una costumbre que parecía resistir mucho mejor que los nombres: salir a pedir para quienes necesitaban ayuda.

Pero en los últimos años había aparecido algo nuevo en mis notas.

Al lado de algunos nombres empezaban a escribirse otros: Universidad, Facultad, Federación, autoridad académica.

Miré el recorte de junio de 1939 que había dejado apartado desde el comienzo de la investigación.

Tuna del SEU de Murcia.

Hasta entonces aquellas palabras habían sido solamente el punto de partida.

Ahora las leía de otra manera.

No era *Tuna Universitaria Murciana*. Tampoco *Estudiantina de la Universidad de Murcia*. Era *Tuna del SEU de Murcia*.

La preposición parecía insignificante.

Ya no me lo parecía.

Había encontrado un *de* semejante en 1936: *Tuna Universitaria de la FUE*.

Coloqué las dos noticias una junto a otra.

1936. Tuna Universitaria de la FUE.

1939. Tuna del SEU de Murcia.

Tres años separaban aquellas denominaciones.

Y una guerra.

Que ambas agrupaciones aparecieran vinculadas en su nombre a una organización estudiantil no demostraba que la relación fuese la misma. Tampoco podía suponer que una procediera de la otra. Precisamente llevaba demasiadas páginas aprendiendo lo peligroso que resultaba dejarse engañar por los nombres.

Pero la comparación planteaba una pregunta que ya no podía ignorar.

¿Qué significaba, en cada caso, aquel *de*?

Regresé a los periódicos de 1936.

Los primeros meses no me dieron una respuesta sencilla.

En Murcia continuaban apareciendo tunas. Una Tuna Escolar Murciana, presidida por Camilo Agra, que postuló en Alicante y su ciudad a beneficio de la Cruz Roja murciana. Los periódicos también la llamaron *Estudiantina de la Universidad de Murcia*. Otra vez los nombres se cruzaban y otra vez la actividad benéfica seguía ocupando un lugar central.

Hasta ahí, nada rompía claramente con lo que llevaba décadas encontrando.

Después llegué al verano.

Dejé los periódicos de los primeros meses a un lado.

Sabía perfectamente lo que había ocurrido entre unos y otros.

Cuando volví a encontrar una tuna murciana, España estaba en guerra y Murcia se encontraba aún en territorio republicano.

Esta vez el nombre era inequívoco:

Tuna Universitaria de la FUE.

En septiembre ofreció una función benéfica en Murcia. Un mes después volvió a aparecer realizando una cuestación por las calles.

Me interesó especialmente la segunda noticia. No procedía de un periódico que hubiese decidido llamarla de aquella manera. La encontré en una publicación de la propia FUE.

Aquello daba al *de* un peso diferente.

Ya no podía atribuirlo únicamente a la imprecisión con que los periódicos habían llamado tantas veces a las estudiantinas. Al menos en octubre de 1936, la denominación *Tuna Universitaria de la FUE* circulaba en el ámbito de la propia Federación.

Pero seguía faltándome algo.

Que la tuna perteneciera o estuviera vinculada a la FUE no me decía todavía quién escogía su repertorio, quién decidía sus actuaciones ni quién determinaba el destino de sus cuestaciones. El nombre me permitía avanzar un paso, no recorrer todo el camino.

Y había otra cosa que me inquietaba.

La práctica continuaba siendo reconocible.

Incluso después de comenzar la guerra, aquellos estudiantes seguían reuniéndose con sus instrumentos, ofreciendo funciones y saliendo a postular porque aún la contienda no les había alcanzado. Lo que no podía saber todavía era si seguían haciéndolo con la misma libertad con que nosotros lo habíamos hecho en 1928.

Esa era, finalmente, la pregunta que llevaba varias páginas intentando formular.

No cuándo había cambiado la *estudiantina* en *tuna*, sino cuándo había empezado a cambiar la relación de la tuna con su entorno.

Miré las fechas que había ido anotando.

Había seguido a aquellas agrupaciones durante los últimos años de la Monarquía, la Dictadura y la Segunda República. Los regímenes habían cambiado, pero ellas habían continuado saliendo a las calles y su actividad filantrópica había sobrevivido a esos cambios.

Sin embargo, al llegar a 1936 ya no podía limitarme a comprobar qué permanecía.

Tenía que prestar atención a lo que estaba empezando a cambiar.

Separé las noticias de aquel año de las demás.

Hasta entonces las había leído como parte de una continuidad que venía del siglo anterior. Pero 1936 ocupaba ahora demasiado espacio sobre la mesa. Había noticias de enero, febrero y marzo, todavía dentro de aquel mundo de tunas, viajes, cuestaciones y carnaval que llevaba meses reconstruyendo. Después estaban las otras.

Las de la guerra.

No podía leer unas a la luz de las otras sin correr el riesgo de encontrar en las primeras algo que quienes las protagonizaron todavía no podían conocer.

Volví, por eso, al comienzo del año.

Febrero de 1936.

Recordaba aquel carnaval.

Entonces ninguno de nosotros sabía que sería el último.

Capítulo 12. El último carnaval

En febrero de 1936 nadie sabía que aquel sería el último.

Las calles volvieron a llenarse como todos los años. Había máscaras, comparsas, músicas y gente que salía únicamente para mirar. Durante unos días se repetía aquel antiguo desorden permitido que mis mayores habían conocido desde mucho antes de que yo naciera.

Yo tenía cuarenta y cinco años y había visto suficientes carnavales para no encontrar nada extraordinario en aquel.

Quizá por eso lo recuerdo ahora.

No hubo ninguna señal que anunciara que una costumbre pudiera terminar. Nadie salió aquella mañana pensando que debía mirar mejor, escuchar con más atención o guardar en su memoria lo que estaba viendo. El carnaval era una de esas cosas que parecían haber estado siempre allí y que, precisamente por eso, uno suponía que continuarían siempre.

Pasaron máscaras por delante de nosotros. Algunas estaban cuidadosamente preparadas; otras apenas eran cuatro prendas reunidas para la ocasión. Había quien se había disfrazado para no ser reconocido y quien parecía desear exactamente lo contrario. Sonaban músicas aquí y allá y, entre la gente, aparecieron también los estudiantes.

Los observé durante un rato.

Habían cambiado mucho desde las historias que había escuchado en mi familia. Ya nadie habría confundido aquellas agrupaciones con las que recorrían las calles cien años atrás. Hasta el nombre estaba cambiando. Cada vez se hablaba más de tunas donde antes se había dicho estudiantinas.

Pero algunas cosas permanecían.

La música.

La calle.

Y aquella costumbre de acercarse a los demás esperando que una moneda cayese en una pandereta.

Entonces parecía natural.

El carnaval terminó y la ciudad volvió a su vida muda y ordinaria, diría que vulgar.

Nadie dijo que no habría otro.

Guardé algunas cosas de aquellos días sin concederles demasiada importancia. Un programa, un recorte de periódico, alguna fotografía. Hacía años que había adquirido aquella costumbre. Quizás la heredé de mi abuelo, que había llenado el viejo arcón antes que yo.

Conservaba papeles porque me costaba desprenderme de ellos, no porque creyera que algún día servirían para contar una historia.

Después llegó el verano.

Y con él llegaron otras noticias.

Durante los primeros días todavía tratábamos de comprender qué estaba ocurriendo. Las conversaciones cambiaron. También cambiaron los periódicos. Las noticias que antes ocupaban unas pocas columnas comenzaron a llenar las primeras páginas y pronto hubo nombres de ciudades que dejaron de parecernos lugares para convertirse en frentes, avances o derrotas.

El carnaval quedó muy lejos.

Cuando terminó aquel año y comenzó 1937, nadie necesitó recordarnos que las cosas habían cambiado. Bastaba salir a la calle.

Fue entonces cuando comprendí que se acercaba febrero.

No sé por qué pensé en ello. Quizá porque durante toda mi vida febrero había traído consigo los mismos preparativos. Antes de que llegasen los días señalados comenzaban los comentarios. Se hablaba de bailes, de disfraces, de comparsas. Aparecían telas guardadas desde el año anterior y alguien desempolvaba una máscara. Los estudiantes se organizaban. Los músicos ensayaban. Hasta quienes aseguraban detestar el carnaval terminaban preguntando qué habría aquel año.

En 1937 no ocurrió nada de aquello.

Los días avanzaron y nadie habló de máscaras.

Una mañana encontré la noticia.

El carnaval quedaba suspendido.

Volví a leerla.

No recuerdo que me sorprendiera. En medio de una guerra había demasiadas cosas más graves que lamentar. Había familias separadas, hombres que no regresaban, noticias que se esperaban durante días y cartas que podían cambiar una casa entera al ser abiertas.

Comparado con todo aquello, que no hubiese carnaval parecía poca cosa.

Y seguramente lo era.

Pero había algo en aquella prohibición que iba más allá de unos días de fiesta.

Pensé en las historias de mi familia.

En aquellos jóvenes que habían salido a la calle vestidos de estudiantes cuando todavía reinaba Fernando VII. En las primeras músicas estudiantinas. En las cuestaciones. En las máscaras de papel. En las comparsas que durante generaciones habían recorrido las ciudades haciendo ruido, pidiendo monedas o simplemente buscando unas horas de diversión.

Habían cambiado los trajes.

Habían cambiado las músicas.

Hasta habían cambiado las palabras.

Pero febrero siempre había vuelto.

Aquella vez no.

Durante los días en que otros años las calles se llenaban de máscaras, la ciudad continuó viviendo como cualquier otra semana.

No hubo disfraces.

No hubo comparsas.

No hubo aquella multitud que durante unas horas se apropiaba de las calles.

Y tampoco escuché acercarse ninguna estudiantina.

Aquello fue lo que más me impresionó.

No porque las estudiantinas hubieran desaparecido. Por los datos que había reunido, sabía de su constante transformación y suponía que volvería a encontrarlas de una forma u otra. Lo extraño fue el silencio.

Un silencio que sólo podía advertir quien recordase el bullicio del carnaval.

Entonces pensé en febrero del año anterior.

En 1936 no había pensado que pudiera ser el último.

Nadie lo sabía.

Tres años más tarde, mientras ordenaba los recortes y los apuntes para el trabajo que me había encargado el director, podía seguir en ellos el rastro de lo sucedido. La agitación política ocupaba cada vez más espacio, las elecciones estaban próximas y hasta el carnaval parecía obligado a abrirse paso entre noticias de un país cada vez más dividido.

Resultaba difícil leerlas ahora sin buscar en ellas señales de lo que vino después.

Entre aquellos papeles encontré una noticia que entonces apenas había llamado mi atención. En los primeros días de febrero de 1936, el Gobierno de la Segunda República había suspendido el carnaval en el Protectorado español de Marruecos.

La guerra todavía no había comenzado.

Mientras nosotros seguíamos preparando disfraces, organizando bailes y esperando la salida de las estudiantinas, en el Protectorado las máscaras ya habían dejado de salir a la calle.

No podía saber entonces que aquella suspensión sería apenas un antecedente.

Entre los documentos del año siguiente encontré otra disposición. Para entonces, la guerra ya había comenzado. Estaba fechada el 3 de febrero de 1937.

La releí con atención. Procedía de Valladolid, zona controlada por los sublevados, y llevaba la firma del gobernador general. Ordenaba suspender las fiestas de carnaval en los territorios bajo su autoridad. La guerra, venía a decir, no era tiempo para exteriorizar alegrías mientras otros sufrían y combatían en el frente.

Dejé el documento sobre la mesa.

Dos suspensiones en dos febreros consecutivos. Distintos gobiernos, distintas circunstancias y la misma fiesta comenzaba a desaparecer por la misma guerra.

Volví a mis apuntes. Había empezado aquel trabajo buscando noticias sobre bailes, máscaras, comparsas y estudiantinas, convencido de que bastaría con ordenar lo que había ocurrido durante los carnavales de otros tiempos. Sin embargo, cuanto más retrocedía en los periódicos, más difícil me resultaba entender por qué una fiesta que había sobrevivido a tantas convulsiones había terminado por desaparecer de las calles.

Las guerras tampoco eran una novedad.

En tiempos de Isabel II las hubo y, lejos de los lugares donde se combatía, el carnaval había seguido celebrándose. Las máscaras volvieron cada febrero, las comparsas salieron a las calles y, con los años, también lo hicieron aquellas músicas estudiantinas que ahora aparecían una y otra vez entre mis notas.

¿Qué había ocurrido esta vez?

Busqué la respuesta entre los recortes.

No la encontré de inmediato.

Había noticias de carnavales celebrados en años difíciles, de bailes autorizados en medio de crisis políticas y de máscaras que habían vuelto a las calles después de revoluciones, pronunciamientos y guerras. A veces con restricciones, otras con menos alegría, pero siempre regresaban.

Empecé a comprender que quizá había formulado mal la pregunta.

No se trataba de saber por qué la guerra había acabado con el carnaval. Otras guerras no lo habían hecho.

Había que averiguar por qué esta guerra había conseguido que dos gobiernos enfrentados coincidieran en suspenderlo, con apenas un año de diferencia.

Aparté los recortes que ya había leído y abrí una nueva hoja de mis apuntes.

Escribí arriba una sola palabra:

Carnaval.

Debajo anoté dos fechas:

1936.

1937.

Y seguí buscando.

Cuanto más avanzaba, menos se parecía aquel trabajo al que había imaginado cuando me lo encargó el director. Pensé que reuniría algunas historias de máscaras, bailes y comparsas, quizá alguna anécdota de las estudiantinas que durante tantos años habían recorrido las calles en

aquellos días. Pero los recortes me llevaban una y otra vez a prohibiciones, permisos y disposiciones.

El carnaval siempre había necesitado permiso para desobedecer un poco.

Aquella idea me hizo sonreír.

Desde que había comenzado a revisar los papeles antiguos encontraba la misma contradicción: durante unos días se permitía ocultar el rostro, vestirse con ropas ajenas, burlarse, cantar, hacer ruido y comportarse de una manera que el resto del año habría resultado impropia. Pero aquella libertad nunca había sido completa. Siempre había una autoridad señalando hasta dónde podía llegar.

Recordé entonces la orden de 1834.

Todo mi recorrido había comenzado allí, más de un siglo atrás, con la autorización de los bailes y diversiones de máscaras y con otra disposición que castigaba a quien se atreviese a arrancar la máscara ajena.

En 1834 se protegía el derecho a llevarla.

En 1936 comenzaba a ordenarse que no se llevara.

Dejé el lápiz sobre la mesa.

Ciento dos años.

Tal vez allí estuviera el principio y el final de la historia.

Pero todavía quedaban tres años de periódicos sobre la mesa.

Volví a 1937.

La disposición de febrero seguía allí, entre mis notas. Después venían meses de guerra, noticias cada vez más alejadas de aquellas diversiones que al comenzarla mi búsqueda llenaban tantas columnas. Encontrar la palabra *carnaval* se hizo difícil. Encontrar *estudiantina*, todavía más.

Pasé a 1938.

Las ausencias también empezaban a parecerme noticias.

Durante semanas había buscado nombres, fechas, lugares, agrupaciones. Ahora comenzaba a detenerme precisamente allí donde no encontraba nada. Las máscaras que durante más de un siglo aparecían cada febrero se habían vuelto excepcionales. Las estudiantinas, que tantas veces habían salido a pedir para otros, apenas dejaban rastro.

Seguí hasta 1939.

La guerra terminó, pero mi búsqueda no.

El director esperaba su monográfico y yo todavía no sabía cómo cerrarlo. Tenía sobre la mesa más de un siglo de carnavales, disfraces, cuestaciones benéficas, músicas y estudiantes; tenía también dos suspensiones y tres años en los que la guerra había alterado todo aquello. Me faltaba saber qué quedaba al final.

Continué revisando periódicos.

Entonces encontré una noticia de junio.

La leí una vez.

Después otra.

Actuación de la Tuna Murciana en Radio Sevilla.

Leí de nuevo la noticia.

La Jefatura Provincial del SEU anunciaba que aquella tarde la Tuna Murciana actuaría ante los micrófonos de Radio Sevilla. Al día siguiente participaría también en la Gran Semana del SEU.

Me detuve en el significado de aquellas tres letras.

SEU, Sindicato Español Universitario.

Después de todo lo que acababa de leer sobre la FUE, la CECE, las huelgas universitarias y las disputas por quién tenía derecho a representar a los estudiantes, aquellas siglas adquirían ahora otro significado.

La guerra había terminado hacía apenas unos meses. Los vencedores habían impuesto una nueva organización de la vida universitaria y la afiliación al SEU era obligatoria para quienes quisieran ingresar en la Universidad.

Ya no estaba leyendo acerca de una estudiantina que buscaba la aquiescencia de un rector ni de estudiantes que discutían entre ellos quién tenía derecho a utilizar los colores de una Facultad.

La pertenencia había dejado de ser una cuestión que los propios estudiantes pudieran resolver entre ellos.

Miré otra vez el periódico.

Allí estaba una tuna.

Pero ahora la *Tuna Murciana*, única que entonces hubo universitaria, aparecía vinculada al SEU.

¡Era la Tuna del SEU de Murcia!

Me detuve en aquellas palabras.

La palabra *SEU* me hacía no verla de la misma manera.

Había estudiantes. Había instrumentos. Había música.

Todo parecía estar donde debía.

Y, sin embargo, algo había cambiado.



La Jefatura Provincial del SEU era la que anunciaba su y dirigía actividad. Con el tiempo supe que obligaba a incorporar en sus filas un tesorero nombrado por ellos cuando les organizaba una excursión para recaudar dinero, que también tenía al Sindicato como beneficiario de lo recaudado.

Volví a mirar la vieja pandereta de mi padre.

Durante años había sido para mí poco más que un objeto familiar. Ahora sabía lo que significaba. Mi padre había pertenecido a una estudiantina y aquella pandereta había recorrido las calles con él. Había servido para recoger monedas, como tantas otras que aparecían en los periódicos que acababa de revisar.

Pensé en todas aquellas cuestaciones benéficas.

Para los pobres. Para los damnificados de una inundación. Para los enfermos. Para los soldados heridos o enfermos que regresaban de África o de Cuba. Para quienes habían perdido una casa o no tenían qué comer. Para las viudas y los huérfanos de un naufragio. Cambiaban las desgracias y cambiaban los nombres de las agrupaciones, pero el gesto se repetía: salir a la calle, tocar y acercar una pandereta esperando que alguien dejara caer una moneda.

Miré de nuevo la noticia.

Allí estaba otra vez la tuna.

Pero ahora aparecía acompañada por tres letras que no figuraban en ninguno de aquellos viejos recortes.

SEU.

Las escribí en mi cuaderno.

No necesitaba averiguar qué significaban. Todo el mundo sabía ya qué era el Sindicato Español Universitario. Lo que necesitaba comprender era qué significaban aquellas tres letras junto a la palabra *tuna*.

Regresé a mis notas.

Estudiantina.

Tuna.

Tuna del SEU.

Tres nombres separados por muchos años y, quizá, por algo más que el tiempo.

Pensé en el trabajo sobre el carnaval y yo había terminado siguiendo el rastro de unos estudiantes que aparecían una y otra vez entre las máscaras.

No era una desviación.

Empezaba a comprender que ambas historias habían recorrido juntas buena parte del camino.

Durante más de un siglo, las estudiantinas habían encontrado en el carnaval una de sus calles. Ahora el carnaval había desaparecido y la tuna volvía a aparecer.

Pero ya no regresaba de la misma manera.

Hasta entonces, en los recortes que había reunido, las estudiantinas surgían de iniciativas muy distintas. Unas nacían entre estudiantes; otras ni siquiera estaban formadas por ellos. Se organizaban para divertirse, viajar, celebrar el carnaval o reunir dinero para alguna desgracia. Aparecían, actuaban y muchas veces desaparecían sin dejar más rastro que unas líneas en el periódico.

Aquella era diferente.

Su propio nombre lo decía: Tuna del SEU de Murcia.

Ya no bastaba con ser tuna. Ahora pertenecía a algo.

Durante toda mi investigación había visto a las autoridades vigilar el carnaval, autorizar las máscaras, establecer horarios, prohibir determinados disfraces, exigir permisos a las comparsas e incluso imponer tasas a quienes querían salir de estudiantina. El poder siempre había intentado poner límites a la calle.

Pero aquello me pareció distinto.

No estaba leyendo una prohibición.

Tampoco una autorización.

Estaba leyendo un nombre.

Y dentro de aquel nombre estaban juntos la tuna y el Sindicato Español Universitario.

Me quedé un momento mirando la pandereta de mi padre.

No sabía todavía cuánto había cambiado realmente. Una noticia no bastaba para afirmarlo y llevaba demasiados meses entre periódicos para confundir una impresión con una certeza.

Pero sí podía escribir una cosa.

La estudiantina que había seguido durante más de un siglo no había desaparecido.

Había vuelto.

La pregunta era en qué se había convertido.

Había vuelto.

Pero esta vez el control no venía de fuera.

Durante más de un siglo las autoridades habían autorizado o prohibido sus salidas, exigido permisos, fijado tasas y vigilado sus actuaciones. Aun así, eran los propios integrantes quienes decidían reunirse, escogían sus músicas y, cuando salían a postular, determinaban a quién entregarían lo recaudado.

Ahora la autoridad estaba dentro de su propio nombre.

Tuna del SEU de Murcia.

Aquellas tres letras volvieron a inquietarme.

Me pregunté cuánto quedaba de la libertad que había encontrado en los viejos recortes. ¿Seguirían siendo los estudiantes quienes decidirían cuándo salir y qué tocar? ¿Podrían elegir por quién pedir y entregar libremente el dinero recogido con sus panderetas? ¿O serían otros quienes decidieran desde entonces qué debía tocar una tuna, cuándo podía hacerlo y para qué servirían sus cuestaciones?

No tenía respuesta.

No debía inventarla, pero me inquietaba la posibilidad de que el SEU terminara por arrogarse la dirección de la tuna. Parecía insinuarse en su propio nombre: Tuna «del SEU de Murcia».

¿Qué quedaría entonces en manos de los estudiantes?

Hasta entonces habían sido ellos quienes decidían qué tocar, cuándo salir y, sobre todo, para quién pedir. Después de tantos recortes, sabía que la cuestación no era un detalle menor. Había acompañado a las estudiantinas durante más de un siglo y, muchas veces, explicaba su propia razón de salir a la calle.

Volví a mirar la pandereta de mi padre.

¿Quién decidiría ahora las músicas? ¿Quién señalaría cuándo podían salir? ¿Seguirían siendo los propios estudiantes quienes escogieran el destino de las monedas recogidas en la calle?

No lo sabía.

La noticia no decía nada de aquello.

Y precisamente por eso no podía responder.

Dejé el lápiz sobre la mesa y contemplé los papeles que había ido reuniendo. Había comenzado buscando la historia del carnaval y había terminado siguiendo también el rastro de aquellas agrupaciones que, durante más de un siglo, habían recorrido sus calles.

Las máscaras habían desaparecido.

La tuna, en cambio, estaba allí de nuevo.

Pero ya no regresaba de la misma manera.

Cerré el cuaderno.

El artículo podía esperar hasta el día siguiente.

Capítulo 14. La pandereta guardada

Durante meses había ido dejando papeles sobre la mesa.

Algunos procedían de los archivos del periódico. Otros habían salido del arcón. A ellos se habían sumado mis notas, fechas, nombres de agrupaciones y recortes que al principio no sabía cómo relacionar entre sí. Aunque pocas, también había algunas fotografías. Ahora que el trabajo estaba terminado, tenía que decidir qué hacer con todo aquello.

El director ya tenía el monográfico que me había encargado.

Yo tenía algo distinto.

Aparté los periódicos y dejé delante de mí los objetos que habían permanecido conmigo desde el comienzo.

El antifaz.

La pandereta.

Y mis apuntes.

Había aprendido cuanto podía aprender de las palabras y también dónde comenzaban sus silencios. No tenía sentido pedirle ahora una respuesta distinta.

La miré de otra manera.

Mi padre había tocado aquella pandereta. Eso era lo verdaderamente importante.

Hasta entonces había pensado en ella como una de las pocas cosas que conservaba de él y de sus años de estudiante. Ahora sabía que pertenecía también a una historia mucho más extensa. La misma que había ido reconstruyendo desde que el director puso en mis manos aquel encargo.

Pensé en todas las manos que habían sostenido instrumentos como aquel. En quienes salieron a las calles durante el carnaval, en quienes pidieron para enfermos, huérfanos, pobres o víctimas de alguna desgracia; en los estudiantes que viajaron de una ciudad a otra y en aquellos que, muchos años después, continuaron haciendo algo que quizá ninguno habría sabido explicar desde cuándo se hacía.

Mi padre había sido uno de ellos.

Y yo también.

Esa certeza resultaba extraña.

Había comenzado la investigación buscando el origen de una costumbre que creía ajena a mí y había terminado descubriendo que mi propia vida formaba parte de aquello que intentaba contar.

Hasta entonces había pensado en la tradición como algo que se transmitía entre generaciones de estudiantes. Unas enseñaban a otras su manera de vestir, repertorios, formas de organizarse o la costumbre de salir a postular. Ahora comprendía que también podía transmitirse sin que nadie se propusiera hacerlo.

Mi padre nunca me había dado una lección sobre las estudiantinas. Me había contado historias. Algunas eran suyas; otras las había escuchado de quienes le precedieron. Yo las recibí como se reciben las historias familiares, mezcladas con recuerdos de personas que no habíamos conocido y de lugares que ya no existían como ellos los recordaban.

Durante años no pensé que aquello pudiera tener ningún valor fuera de nuestra casa.

Después estudié Magisterio, entré en una estudiantina y salí a postular con mis compañeros. Tampoco entonces establecí relación alguna entre una cosa y otra. No necesitábamos explicar lo que hacíamos. Aquello formaba parte de la vida estudiantil y nos bastaba.

Solo muchos años después, sentado ante una mesa llena de periódicos, había descubierto que probablemente otras generaciones hablaran de sus costumbres con la misma naturalidad.

Esa idea me hizo regresar a una de las preguntas que había anotado al comienzo del trabajo.

¿Cuándo habían surgido las estudiantinas?

Ahora la pregunta me parecía demasiado sencilla.

Había encontrado fechas antiguas, nombres, cambios de indumentaria, nuevas denominaciones y formas distintas de organizar las agrupaciones. Podía contar todo aquello. Pero ninguna fecha, por remota que fuese, explicaba por sí sola cómo una práctica conseguía atravesar generaciones hasta llegar a personas que ya habían olvidado por qué había comenzado.

Quizá una tradición empezaba a serlo precisamente entonces: cuando quienes la recibían dejaban de preguntarse por su origen porque la encontraban ya formando parte de su mundo.

Eso había ocurrido conmigo.

En 1928 no había sentido que estuviera continuando nada.

Simplemente salí con mi estudiantina asumí sin cuestionarlas sus costumbres.

Miré nuevamente la pandereta.



Mi padre tampoco podía responder por todos los que habían venido antes que él.

Y mi bisabuelo, desde sus años de estudiante en Salamanca, había conocido un mundo todavía más distante.

Sin embargo, entre todos aquellos tiempos había sobrevivido algo que no necesitaba una sucesión perfecta de agrupaciones ni una cadena de nombres idénticos para existir.

No era la forma de los instrumentos ni el traje con que habían salido a la calle. Tampoco una palabra. Durante demasiado tiempo había perseguido *estudiantina* y *tuna* como si en sus nombres pudiera encontrarse la respuesta.

Lo que permanecía estaba en lo que hacían.

Reunirse. Tocar. Salir a la calle. Hacerse reconocer como estudiantes. Y, tantas veces, pedir para otros.

Habían cambiado los nombres, los trajes y los repertorios. También las ciudades, las universidades y los estudiantes que formaban aquellas agrupaciones. Algunas apenas sobrevivieron un carnaval; otras reaparecieron años después con integrantes distintos. Incluso una misma podía recibir varios nombres en los periódicos sin que resultara sencillo seguirle el rastro.

Sin embargo, ciertas prácticas habían conseguido atravesar todos aquellos cambios.

Pensé en las músicas estudiantinas que había encontrado entre máscaras y comparsas de los tiempos de Fernando VII. En aquellas agrupaciones que todavía no sabían que algún día otras serían llamadas tunas. En París y en la extraordinaria difusión de un traje que terminaría pareciendo antiguo sin haberlo sido. En las cuestaciones que se repetían tras epidemias, guerras, terremotos, incendios y todo tipo de desgracias. Después llegaron las agrupaciones que hicieron evidente su origen universitario, los lazos que permitían reconocer los estudios de quienes los llevaban y, poco a poco, la conformación de una identidad estudiantil cada vez más visible.

Nada de aquello había ocurrido de una vez.

Quizá ese había sido mi mayor error al comenzar.

Había buscado momentos precisos porque los periódicos enseñan a trabajar así. Una fecha permite ordenar un acontecimiento. Un nombre permite seguir a una persona. Un lugar permite comprobar dónde ocurrió algo. Pero una tradición no obedecía necesariamente a esa clase de orden.

Podía transformarse sin dejar de ser reconocible.

También se podía conservar una práctica mientras olvidaba la razón por la que había nacido.

Volví a pensar en nuestra estudiantina de 1928.

Ninguno de nosotros necesitó que le explicaran por qué una estudiantina podía salir a pedir para un sanatorio. Lo hicimos porque nos parecía natural que pudiera hacerlo. Habíamos recibido aquella costumbre sin conocer su historia, tampoco importaba. Lo hacíamos porque era necesario aportar fondos para su construcción y compartíamos la necesidad que había para que comenzara cuanto antes a prestar ayuda a los pacientes con tuberculosis.

Ahora sabía que otros estudiantes habían hecho algo semejante mucho antes de que nosotros nacióramos.

Pero también sabía algo que me parecía todavía más importante.

Aquello no convertía a unas agrupaciones en descendientes de las otras.

No había encontrado una genealogía.

Había encontrado una tradición.

Había tardado meses en comprender la diferencia.

Una genealogía habría exigido demostrar vínculos entre unas agrupaciones y otras, seguir nombres e integrantes hasta construir una cadena sin interrupciones. Los periódicos no me habían ofrecido nada semejante. Había encontrado agrupaciones que desaparecían, otras que volvían a formarse y nombres que cambiaban incluso para referirse a una misma estudiantina.

Pero entre las universitarias ocurría algo diferente.

Volvían a salir.

Lo habían hecho durante meses y años, mientras unos estudiantes terminaban sus estudios y otros ocupaban su lugar. Cambiaban los integrantes y podían cambiar los nombres, pero determinadas maneras de hacer las cosas continuaban: organizarse, reunirse para ensayar, salir por pura diversión, y, tantas veces, salir por a postular las calles para ayudar a quienes lo necesitaban.

No habían decidido crear una tradición.

Probablemente ni siquiera eran conscientes de estar transmitiéndola.

Cada generación había recibido unas costumbres que encontraba ya entre los estudiantes y las había hecho suyas. Posiblemente derivaran de los valores de la sociedad que vio nacer las primeras estudiantinas porque junto con ellas habían permanecido algunos de valores que les daban sentido y se parecía mucho a los de la sociedad del siglo XIX.

Las otras estudiantinas que había encontrado en los periódicos me ayudaban ahora a comprender mejor esa diferencia. Algunas agrupaciones populares habían surgido para realizar una cuestación concreta y desaparecieron después de entregar el fruto de su cuestación. Otras salían para divertirse, tocar o participar en el carnaval. Formaban parte de la historia de las estudiantinas, pero no por ello habían construido aquella continuidad.

La tradición se había construido gracias a la repetición.

Año tras año. Una promoción después de otra.

Pensé en mi padre.

Pensé en mi estudiantina.

Cuando llegábamos, sus costumbres ya estaban allí y las asumíamos con naturalidad.

Quizás por eso había resultado tan difícil reconocer la tradición mientras formaba parte de ella.

En 1928 nadie nos había reunido para darnos una charla sobre lo que debía ser una estudiantina. Sabíamos que había que organizarla, ensayar, preparar las salidas y decidir lo que íbamos a hacer. También sabíamos que podíamos divertirnos con ella y que, cuando existía una causa que lo necesitara, pondríamos nuestra música al servicio de quienes necesitaban ayuda.

Lo habíamos aprendido sin que nadie nos lo enseñara.

Esa era probablemente la forma más eficaz de transmisión que había encontrado durante toda mi investigación. Las costumbres pasaban de unos estudiantes a otros precisamente porque formaban parte de la vida universitaria. Quien llegaba encontraba a otros que ya las practicaban; después participaba en ellas y, cuando se marchaba, otros ocupaban su lugar.

No hacía falta conservar la memoria de quienes habían estado antes.

Bastaba con conservar la manera de hacer las cosas. Esa era la manera que, inadvertidamente, se transmitía la tradición.

Quizás por eso aquella palabra que había encontrado en los últimos recortes comenzaba a inquietarme más que cualquiera de los cambios anteriores.

Volví a buscarlos.

Tuna Universitaria de la FUE.

Tuna del SEU de Murcia.

El *de* estaba en ambos nombres, pero ya sabía que un nombre no bastaba para demostrar qué relación existía entre una tuna y la organización a la que aparecía vinculada. Había aprendido demasiado durante aquellos meses para sacar una conclusión únicamente de dos recortes.

En 1936 había intentado averiguar qué significaba aquella vinculación con la FUE. Las noticias me habían permitido comprobar que la tuna actuaba y postulaba durante la guerra, pero no quién decidía sus actuaciones, su repertorio o el destino de lo recaudado.

Tenía que aceptar ese límite.

Del SEU sabía todavía menos.

Miré la fecha del recorte.

Junio de 1939.

Era la noticia que había llevado al despacho del director y la que, sin saberlo entonces, me había obligado a recorrer más de un siglo. Aquella mañana solo había visto en ella una tuna que reaparecía después de la guerra. Ahora la leía de otra manera.

No podía saber qué sería de aquella agrupación.

Tampoco podía afirmar que el cambio de nombre hubiese alterado por sí mismo la tradición que acababa de reconstruir. Hacerlo habría significado cometer el mismo error que tantas veces había evitado durante la investigación: convertir una sospecha en un hecho porque encajaba bien con lo que esperaba encontrar.

Pero la pregunta sí era legítima.

Si durante décadas la tradición se había transmitido porque los propios estudiantes recibían unas costumbres, las hacían suyas y decidían cómo practicarlas, ¿qué ocurriría si algún día dejaban de ser ellos quienes tomaban esas decisiones?

No tenía respuesta.

Y esta vez tampoco debía inventarla.

Dejé juntos los dos recortes.

Quizá la historia que me había encargado el director no terminaba en junio de 1939.

Simplemente, yo ya no podía escribir lo que venía después.

Aparté los recortes y miré el resto de la mesa.

Durante meses había acumulado más noticias de las que podía utilizar. Al principio me preocupaba no encontrar suficientes. Después el problema había sido el contrario. Cada nueva búsqueda abría otra posibilidad y cada respuesta parecía traer consigo una pregunta distinta.

El encargo del director, sin embargo, seguía siendo el mismo.

El carnaval y las studentinas en provincias.

Sonreí al recordar aquel título. Entonces me había parecido suficientemente amplio. Ahora sabía que detrás de aquellas pocas palabras cabían más de cien años de cambios.

Tomé las primeras notas que había preparado para el monográfico.

Apenas las reconocí.

Había comenzado creyendo que tendría que averiguar cuándo aparecieron las studentinas y seguir después su evolución hasta las tunas que yo mismo había conocido. Parecía sencillo: buscar las noticias más antiguas, ordenarlas y dejar que las fechas construyeran el relato.

No había ocurrido así.

Las primeras noticias me llevaron al carnaval. Allí encontré comparsas de estudiantes, pero también comparsas que se vestían como ellos, otras músicas que, como ellos, pedían por las calles y agrupaciones que aparecían durante las fiestas de máscaras para desaparecer después. Durante algún tiempo había creído que bastaría con seguirlas.

Después tuve que aprender a diferenciarlas.

No todas las studentinas eran studentiles.

Aquella constatación, que ahora podía escribir en una sola frase, me había costado semanas de leer periódicos. El nombre no garantizaba quiénes formaban una agrupación. Tampoco el traje. Mucho menos después de que una determinada manera de vestir al estudiante que hubiera pasado del carnaval a las calles, de éstas a los escenarios y de los escenarios nuevamente a las calles.

Recordé entonces cuánto me había desconcertado París.

Lo que buscaba en España había cruzado una frontera, se había transformado ante un público que veía en aquellos hombres una imagen de lo español y había regresado convertido en otra cosa.

París había conseguido difundir la imagen de un traje que terminó extendiéndose a tal punto que, años después, podía parecer propio de los estudiantes aunque nunca hubiese sido su traje académico.

Y aquella imagen había resultado extraordinariamente poderosa.

Tanto que terminó ocultando parte de la historia anterior. Al verla repetida una y otra vez podía resultar fácil imaginar que los estudiantes siempre habían vestido así. Yo mismo había necesitado regresar a documentos anteriores para comprender que no era cierto.

Anoté otra advertencia para el monográfico:

No confundir la permanencia de una imagen con la antigüedad de una costumbre

Me pareció importante.

La tradición que intentaba explicar era anterior a aquella indumentaria y había sobrevivido después a su difusión. Por eso no podía residir en el traje.

Por iniciativa propia, los estudiantes se reunían. Se organizaban. Ensayaban. Salían juntos. Tocaban por las calles. Se divertían. Y, cuando encontraban una causa que consideraban digna de ayuda, postulaban.

Aquello sí aparecía una y otra vez.

No siempre todo a la vez ni de la misma manera. Tampoco en todas las agrupaciones. Pero con suficiente persistencia entre las estudiantinas universitarias para que una generación pudiera recibir aquellas prácticas de la anterior sin necesidad de conocer su historia.

Pensé que quizá ahí estaba la razón por la que durante tanto tiempo nadie había necesitado escribir unas reglas.

Nosotros tampoco las habíamos tenido en 1928.

Nadie nos entregó un papel que dijera qué debía hacer una estudiantina.

Lo sabíamos porque éramos estudiantes, otros estudiantes lo habían hecho antes y nosotros lo considerábamos correcto y justo.

Y precisamente por eso comenzaba a comprender que la tradición no estaba en las cosas.

Estaba en quienes decidían qué hacer con ellas.

Tampoco quería que el lector confundiera antigüedad con continuidad. Que una imagen pareciera antigua no demostraba que lo fuera. Que una palabra hubiera existido durante siglos tampoco significaba que hubiese designado siempre lo mismo.

Tuna era quizá el mejor ejemplo.

Durante siglos había encontrado aquella palabra relacionada con una forma de vida ligada a los vagabundos y holgazanes. A partir de 1914 comenzó a aparecer para significar lo mismo que a *estudiantina*, hasta terminar dando nombre a las agrupaciones académicas. Tampoco allí había encontrado un día preciso en el que una cosa hubiera terminado y comenzado la otra.

Fue todo un proceso de evolución para diferenciarse de las agrupaciones populares.

Me levanté y caminé hasta la ventana.

Desde allí podía ver una parte de la calle. Habían pasado pocos meses desde el final de la guerra y la ciudad todavía mostraba sus consecuencias. Pensé en todos aquellos carnavales que había encontrado en los periódicos, en las calles llenas de máscaras, músicas y comparsas, y en lo extraño que resultaba reconstruirlos precisamente entonces.

Mi abuelo había conocido aquel mundo.

Mi padre había conocido otro.

Yo había alcanzado a conocer todavía otro distinto.

Ninguno había vivido la misma estudiantina.

Y, sin embargo, algo había pasado de unos estudiantes a otros.

Regresé a la mesa.

Quizá ese debía ser el hilo del monográfico.

No se podía señalar un año en el que una tradición hubiese nacido de repente.

Podía contar algo más sencillo y, precisamente por eso, más difícil de demostrar: la manera en que unas costumbres estudiantiles habían conseguido permanecer mientras casi todo cambiaba a su alrededor.

Tomé nuevamente mis notas y escribí:

No buscar el origen de la tuna. Explicar cómo llegó a existir una tradición.

Me quedé mirando la frase.

Aquello se parecía mucho más a la historia que realmente había encontrado.

Volví a las páginas que había escrito al comienzo de la investigación. Algunas ya no me servían. En otras había afirmaciones que ahora me parecían demasiado seguras. Había intentado ordenar lo que encontraba como si cada cambio sustituyera al anterior y cada nombre nuevo señalara una etapa diferente.

Empecé a tachar.

No podía presentar la historia de las estudiantinas como una sucesión ordenada de transformaciones. Nunca había sido así. Durante años habían convivido agrupaciones distintas, denominaciones diferentes y maneras diversas de presentarse ante el público. Lo nuevo no había hecho desaparecer inmediatamente a lo anterior.

Tampoco podía comenzar por una fecha y anunciar que allí había nacido la tradición.

Cerré aquellas primeras páginas de apuntes y saqué papel limpio.

Esta vez no escribí ningún título.

Pensé en el lector del periódico. No conocería todos aquellos documentos. Probablemente tampoco le importarían muchos de los nombres que a mí me habían obligado a

pasar horas buscando un ejemplar antiguo o comparando dos noticias. Necesitaba contarle lo que había descubierto sin obligarlo a recorrer el mismo camino.

Y entonces comprendí que debía empezar por algo que cualquiera en Murcia conocía.
El carnaval.

Allí había comenzado también mi búsqueda.

Las máscaras permitían entender las comparsas; las comparsas, aquellas primeras músicas que recorrían las calles; y entre ellas habían aparecido los estudiantes. Después vendrían las cuestaciones, las agrupaciones académicas, París, los nuevos trajes, los distintivos, los viajes y, mucho más tarde, las tunas que yo mismo había conocido.

Pero esta vez sabía que no debía contarle como una cadena en la que cada eslabón procediera necesariamente del anterior.

Eran caminos que algunas veces se cruzaban y otras se separaban.

Escribí las primeras líneas.

Después de unas cuantas frases dejé la pluma.

Algo seguía incomodándome.

El director me había encargado una historia sobre el carnaval y las estudiantinas en provincias. Yo podía entregársela. Tenía documentación suficiente para hacerlo y sabía ya cómo organizarla.

Pero aquel trabajo había comenzado por otra razón.

Busqué entre los papeles el recorte de junio.

Tuna del SEU de Murcia.

Lo había leído tantas veces que casi podía repetirlo de memoria.

Aquella mañana me había preguntado de dónde venían las tunas que comenzaban a aparecer después de la guerra. Meses después podía responder a buena parte de esa pregunta.

Pero había otra que no figuraba en el encargo del director.

¿Qué parte de aquella tradición recibirían esos estudiantes?

No podía saberlo.

Sí podía saber, en cambio, qué habían recibido los que llegaron antes que ellos.

Y quizás ahí estaba lo último que todavía me quedaba por comprender.

Durante meses había intentado averiguar qué había cambiado.

Ahora comprendía que debía preguntarme qué había permitido que tantas cosas permanecieran.

Las agrupaciones universitarias habían seguido naciendo entre los propios estudiantes hasta los últimos años que pude reconstruir antes de la guerra. Ellos se reunían, se organizaban, ensayaban, elegían sus salidas y decidían sus cuestaciones. Podían buscar el apoyo de sus universidades, solicitar permisos o presentarse ante las autoridades. Incluso había encontrado disputas sobre quién podía utilizar legítimamente el nombre de una tuna universitaria.

Pero nada de aquello anulaba necesariamente la iniciativa estudiantil.

El ejemplo de 1935 me parecía ahora especialmente revelador.

Dos agrupaciones podían disputarse en Murcia la condición de tuna de estudiantes. Una de ellas invocaba la aprobación del rector y cuestionaba que la otra pudiera presentarse utilizando distintivos académicos. Aquello demostraba que la Universidad empezaba a intervenir en la legitimación de las agrupaciones.

Pero todavía eran estudiantes quienes discutían sobre sus tunas.

Esa diferencia comenzaba a parecerme fundamental.

La tradición que había encontrado no se había transmitido porque una institución hubiese dictado cómo debía conservarse. Había sobrevivido porque sucesivas generaciones de estudiantes la habían recibido y hecho suya.

Al hacerlo, unas costumbres habían permanecido, otras se habían transformado con el paso del tiempo y algunas terminaron desapareciendo. Por eso la tradición había podido cambiar sin dejar necesariamente de reconocerse en aquello que le daba sentido.

No existía un modelo que hubiese permanecido intacto.

Tampoco había hecho falta.

Miré nuevamente el recorte de junio de 1939.

Tuna del SEU de Murcia.

Meses atrás aquellas palabras habían puesto en marcha mi investigación. Ahora me devolvían al lugar del que había partido.

Pero yo ya no las leía de la misma manera.

Entonces había querido saber de dónde venían aquellas tunas. Ahora sabía que la pregunta estaba mal formulada. No procedían de una única agrupación ni podía trazar hasta ellas una cadena de nombres y de hombres. Procedían de una tradición construida durante generaciones por estudiantes que habían repetido unas prácticas sin necesidad de conocer a quienes las habían practicado antes.

Hasta ahí podía llegar.

Lo que aquellas tres letras añadidas al nombre pudieran significar para esa tradición pertenecía todavía al presente.

Y el presente no podía investigarlo como había investigado el pasado.

Quedaban todavía muchas páginas por escribir.

El director esperaba un monográfico y yo tenía sobre la mesa material suficiente para varios. Durante meses había perseguido noticias que en ocasiones apenas ocupaban unas líneas, había comparado nombres, fechas y lugares, y había regresado una y otra vez sobre documentos que creía haber comprendido. Ahora tenía que convertir todo aquello en una historia que pudiera leer alguien que no hubiese recorrido conmigo ese camino.

Cogí las primeras páginas.

El carnaval debía permanecer al principio. De eso ya no tenía dudas. Sin aquellas fiestas de máscaras resultaba imposible entender el mundo en el que habían aparecido las primeras comparsas que encontré en los periódicos. También debía explicar por qué durante tanto tiempo había sido tan difícil distinguir a los estudiantes de quienes simplemente se vestían como ellos.

Después vendrían las estudiantinas.

Las agrupaciones populares formaban parte de aquella historia y no podía borrarlas de ella. Algunas habían postulado para socorrer una desgracia; otras habían salido únicamente para tocar y divertirse durante el carnaval; y unas pocas solo para denunciar algo que consideraban necesario cambiar.

Habían compartido calles, instrumentos, nombres e incluso indumentarias con las estudiantinas formadas por estudiantes. Pero la continuidad que yo había buscado durante tantos meses estaba en otra parte porque ninguna de ellas, por falta de continuidad, pervivió ni transmitió tradición alguna.

La tradición estaba en aquellos escolares que, curso tras curso, volvían a organizar sus agrupaciones cuando quienes las habían formado antes ya habían abandonado las aulas. Se transmitía de unos a otros sin que fueran conscientes de hacerlo.

Pensé en mi abuelo.

Después en mi padre.

Finalmente pensé en mí.

Ninguno de nosotros había necesitado saber que formaba parte de una historia.

Quizá eso era lo que más me sorprendía.

Yo había pasado meses intentando reconstruir algo que quienes lo habían construido nunca necesitaron conocer.

Cuando salí con mis compañeros en 1928 no pensé en los estudiantes del siglo anterior. Tampoco me pregunté quién había sido el primero en coger una guitarra o una pandereta para recorrer las calles. Ni siquiera se me ocurrió que hubiera un primero.

Éramos estudiantes.

Hicimos lo que otros estudiantes hacían.

Y nos pareció correcto y suficiente.

Miré la pandereta que seguía sobre la mesa.

Durante años había sido solamente una cosa de mi padre.

Recordaba haberla visto mucho antes de comprender qué podía contarme. Como tantos objetos familiares, había sobrevivido porque nadie encontró una razón suficiente para tirarla. Pasó

de unas manos a otras y terminó en aquel arcón junto a papeles cuyo valor tampoco debió de resultar evidente para quienes decidieron conservarlos.

Pensé en lo fácil que habría sido perderlo todo.

Un traslado. Una limpieza. La necesidad de hacer sitio.

Bastaba con que alguien hubiese decidido que una pandereta vieja no servía para nada.

Lo mismo podía haber ocurrido con los periódicos.

Sin ellos habría conocido una parte de las historias que mi padre me contó, pero nunca habría podido regresar a ellas de la misma manera. La memoria familiar habría conservado unos nombres, quizá alguna anécdota, y el resto se habría ido desdibujando con cada nueva repetición.

Ellos me habían enseñado algo parecido.

No conservaban la vida de aquellas estudiantinas., conservaban fragmentos.

Una salida.

Una cuestación.

Un concierto.

Una disputa.

Un viaje.

A veces, apenas un nombre.

Había sido yo quien, al reunirlos, había empezado a ver lo que ninguno de aquellos recortes podía contar por separado.

Me pregunté cuántas noticias no habría encontrado.

Seguramente muchas.

Y cuántas no habrían existido nunca porque nadie consideró necesario escribirlas.

Aquello también debía quedar claro en el monográfico. Los silencios de los periódicos no demostraban que durante esos años los estudiantes hubieran dejado de reunirse. Tampoco podía utilizarlos para afirmar que lo habían hecho. Había aprendido a convivir con esos vacíos sin llenarlos con lo que me habría gustado encontrar.

No tenía que completar la historia.

Tenía que contar hasta donde podía conocerla.

Volví a coger la pluma.

Esta vez escribí durante largo rato.

Ya no intenté colocar cada noticia que había encontrado. Algunas quedarían fuera. Otras ocuparían apenas una frase. Elegí aquellas que permitían comprender los cambios y, sobre todo, las que mostraban cómo determinadas costumbres reaparecían entre estudiantes separados por años y ciudades.

Cuando terminé, releí las últimas páginas.

Allí estaban el carnaval y las máscaras.

Estaban las estudiantinas.

Estaba París.

Estaban los estudiantes que habían salido a postular para ayudar a otros y los que simplemente habían querido llenar de música unas calles durante unos días.

Estaban también las tunas que yo había conocido.

No había una línea que uniera a todas aquellas agrupaciones.

Tampoco la necesitaba.

Por primera vez desde que el director me había hecho aquel encargo, sentí que sabía dónde terminaba mi trabajo.

No terminaba en una respuesta sobre lo que ocurriría después.

Terminaba allí donde acababan mis documentos.

Dejé los apuntes, la pluma y miré la mesa.

Durante meses había permanecido cubierta de periódicos, notas y papeles que iba cambiando de lugar a medida que avanzaba la investigación. Ahora podía empezar a recogerlos.

Separé los documentos del archivo del periódico de aquellos que había sacado del arcón. Ordené los primeros para devolverlos al día siguiente y fui reuniendo mis notas y las páginas del monográfico.

La pandereta seguía sobre la mesa.

La cogí.

Ya no necesitaba buscar nada más en ella.

Durante años había sido la pandereta de mi padre. Después, al encontrarla entre aquellos papeles, se había convertido en una de las razones por las que empecé a hacer preguntas que nunca se me habían ocurrido mientras él vivía.

Pensé en todas las cosas que habría podido preguntarle entonces.

No lo hice.

Tampoco podía reprochármelo. Cuando mi padre me contaba aquellas historias yo no sabía que algún día acabaría buscando en periódicos antiguos los nombres de las agrupaciones que él había conocido. Para mí eran historias familiares, como lo habían sido para él las que escuchó de mi bisabuelo.

Quizá por eso habían conseguido llegar hasta mí.

No fueron conservadas para explicar una tradición.

Simplemente fueron contadas.

Miré de nuevo la pandereta.

Con ella había ocurrido algo parecido.

Nadie la había guardado para que yo pudiera utilizarla muchos años después en una investigación. Había permanecido en la familia porque había pertenecido a mi padre.

Eso bastó.

La tuve un momento entre mis manos.

Pensé en mi padre tocándola cuando era estudiante. Durante años aquella imagen había pertenecido únicamente a las historias de familia. Ahora podía situarla entre otras muchas que había encontrado durante aquellos meses: estudiantes que se reunían, ensayaban, recorrían las calles, se divertían y, tantas veces, aprovechaban su afición por la música para ayudar a otros.

Mi padre había sido uno de ellos.

Después lo fui yo.

No porque él me hubiera enseñado a serlo.

Cuando llegó mi turno, aquellas costumbres seguían allí.

Dejé la pandereta sobre la mesa y recogí las últimas hojas del monográfico. Las ordené, igualé sus bordes y las coloqué en la carpeta que llevaría al director.

Había cumplido su encargo.

El carnaval y las estudiantinas en provincias.

Sonreí al recordar el título. Entonces me había parecido un asunto bastante concreto. No imaginaba que para escribirlo tendría que recorrer más de un siglo de periódicos ni que acabaría encontrando entre aquellas noticias una parte de mi propia historia.

Tampoco imaginaba que tendría que aprender a renunciar a algunas de las respuestas que buscaba y nunca encontré.

No podía afirmar cuál había sido la primera estudiantina.

Tampoco podía establecer una sucesión de agrupaciones que, cual árbol genealógico, llegara hasta las tunas que yo había conocido.

Y ya no me preocupaba.

Había aprendido que los documentos no estaban obligados a responder a las preguntas que yo les hacía, me bastaba con contar lo que me habían permitido conocer.

Cerré la carpeta.

Quedaban sobre la mesa los papeles de mi familia y la pandereta.

Los reuní.

Hacía meses que el arcón permanecía abierto más tiempo del que lo había estado en muchos años. Había ido sacando de él documentos, recuerdos y objetos sin demasiado orden, sabiendo que volvería a guardarlos allí cuando terminara.

Ahora había llegado ese momento.

Coloqué primero los papeles.

No intenté ordenarlos de nuevo. Durante la investigación había aprendido dónde estaba casi cada cosa y, por primera vez, aquel desorden me pareció parte de su historia. Allí habían permanecido antes de que yo empezara a hacerles preguntas y allí podían continuar.

La pandereta quedó para el final.
Antes de guardarla volví a mirarla.
Ya no era únicamente la pandereta de mi padre.
Tampoco se había convertido por ello en una prueba de todo cuanto acababa de escribir.
Seguía siendo lo que siempre había sido.
Una vieja pandereta que un estudiante había tocado muchos años atrás.
La deposité sobre los papeles.
Permanecí un instante junto al arcón.
Después bajé la tapa.
Esta vez sabía por qué quería conservar aquella pandereta.